

UN GIRO DECISIVO ANDREA CAMILLERI



Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Casi al límite del agotamiento, mientras nada en el mar con la furia de quien quiere liberarse de una noche de pensamientos obsesivos, el comisario Salvo Montalbano se topa, literalmente, con la investigación más difícil de cuantas ha llevado a cabo hasta la fecha. En efecto, su hallazgo de un cadáver medio descompuesto, con unos profundos cortes en las muñecas y los tobillos, desencadenará una serie de reacciones que harán que se sienta más aislado y superado por las circunstancias que nunca. La realidad política, la actitud de la policía hacia los inmigrantes, todo conspira contra su natural deseo de que se haga justicia con el cadáver anónimo, destinado si no, como tantos casos de clandestinos ahogados, a ser archivado sin más trámite y a perderse en un anonimato que, de un modo extrañamente macabro, parece armonizar con la acuciante sensación de soledad que padece Montalbano. Sin embargo, la iniquidad sacude por fin al comisario, borra del mapa cualquier intención de abandonar su profesión y lo empuja hacia el arriesgado camino de una doble investigación sobre unos delitos aparentemente independientes y solo equiparables por la infame violencia que se adivina. Dos misterios que, a pesar de estar destinados a confluír en un punto determinado, se niegan a hacerlo, conformando un enigma inquietante que desbarata una y otra vez el rompecabezas. Al final del camino, la verdad que aguarda a Montalbano es de esas cuyo horror inconmensurable transforma para siempre a una persona, incluso a alguien tan curtido en mil batallas como Salvo Montalbano.

En esta novela de su famoso personaje, Andrea Camilleri ha dejado traslucir, con la profunda dimensión humana que lo caracteriza, su enfado con un mundo que le disgusta, pero también con quienes se acomodan, entre falsamente resignados y ocultamente satisfechos, a una realidad que casi siempre está sujeta a la voluntad del hombre.

Andrea Camilleri

Un giro decisivo

Comisario Montalbano - 7

Título original: *Il giro di boa*

Andrea Camilleri, 2003

Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



Uno

Noche cochina e infame, un torbellino de vueltas en la cama, un constante dormir y despertarse, levantarse y volverse a acostar. Y no por culpa de un atracón de pulpos a la sal o de sardinas rellenas con pan rallado, anchoas, cebolla, perejil, pasas y piñones al horno preparadas la víspera, porque al menos, en tal caso, el angustioso insomnio habría tenido un motivo; no señor, ni siquiera podía darse esa satisfacción. La víspera había tenido el estómago tan encogido que no le habría pasado ni una brizna de hierba. La culpa había sido de los negros pensamientos que lo habían asaltado después de oír una noticia en el telediario. *All'annigatu, petri di 'ncoddru*. «Al que se ahoga, piedras al cuello». Era el dicho popular que se utilizaba cuando una serie insoportable de desgracias se abatía sobre algún desventurado. Y para él, que desde hacía unos meses navegaba a la deriva en un mar embravecido y a veces se sentía tan perdido como un naufrago, aquella noticia había sido como una auténtica pedrada; más aún, como una pedrada que le hubiera dado justo en la cabeza, dejándolo medio aturdido y haciéndole perder las últimas y debilísimas fuerzas que le quedaban.

Con expresión de absoluta indiferencia, la presentadora del telediario había señalado que la Fiscalía de Génova tenía el convencimiento de que los dos cócteles molotov que habían descubierto en la escuela Diaz durante las reuniones del G8 habían sido colocados por la propia policía para justificar la dureza de su intervención. Al parecer —había añadido la presentadora—, el agente que había declarado haber sido víctima de un intento de apuñalamiento por parte de un manifestante antiglobalización, había mentado: el desgarrón en el uniforme se lo había hecho él mismo para demostrar lo peligrosos que eran aquellos jóvenes, quienes, a juzgar por los datos que iban aflorando, lo único que hacían en la escuela Diaz era dormir tranquilamente.

Tras escuchar la noticia, Montalbano se pasó media hora sentado en el sillón, delante del televisor, incapaz de pensar, abrumado por una mezcla de rabia y vergüenza y empapado de sudor. Ni siquiera tuvo fuerzas para levantarse a contestar al teléfono, que estuvo sonando un buen rato. Bastaba con reflexionar un poco sobre la información que tanto la prensa como la televisión facilitaban con cuentagotas —cumpliendo las directrices gubernamentales— para hacerse una idea de la situación: a la chita callando, sus colegas de Génova habían perpetrado un acto de violencia ilegal, una especie de venganza a sangre fría y, por si fuera poco, presentando pruebas falsas. Aquello evocaba momentos pasados y olvidados de la policía fascista o de la del ministro del Interior Mario Scelba. Finalmente, decidió irse a la cama. Mientras se levantaba del sillón, el teléfono volvió a darle la lata con sus timbrazos. Casi sin darse cuenta, descolgó el auricular. Era Livia.

—¡Dios mío, Salvo! ¡Llevo horas llamándote! ¡Estaba empezando a preocuparme! ¿Es que no oías el teléfono?

—Sí, lo he oído, pero no me apetecía contestar. No sabía que eras tú.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada. Estaba pensando en lo que han dicho en la televisión.

—¿Sobre los acontecimientos de Génova?

—Exacto.

—Sí, yo también lo he visto.

Pausa. Y a continuación:

—Me gustaría estar ahí contigo. ¿Quieres que mañana coja el avión y vaya para allí? Podríamos hablar con calma de todo este asunto. Ya verás como...

—Livia, no hay mucho que decir. Ya hemos hablado demasiado de este tema. Esta vez he tomado una decisión muy seria.

—¿Cuál?

—Dimito. Mañana iré a ver al jefe superior y le presentaré mi dimisión. Bonetti-Alderighi estará encantado.

A Livia le costó reaccionar, hasta el punto de que Montalbano pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Livia? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí. Salvo, creo que cometes un gravísimo error al irte de esta manera.

—¿De qué manera?

—Enfadado y decepcionado. Tú quieres dejar la policía porque te sientes traicionado. Es como si te hubiera traicionado la persona en la que más confiabas y entonces...

—Livia, no es que «me sienta traicionado», es que «he sido traicionado». No se trata de sensaciones. Yo siempre he realizado mi trabajo con honradez. Siempre me he comportado como un caballero. Siempre que le he dado mi palabra a un delincuente, la he cumplido. Esa ha sido mi fuerza, ¿comprendes? ¡Pero ya estoy hasta las narices! ¡No aguanto más!

—No grites, por favor... —le rogó Livia con voz trémula.

Montalbano no la oyó. En su interior percibía un extraño rumor, como si su sangre hubiera alcanzado el punto de ebullición. Siguió adelante.

—¡Yo jamás me he inventado una prueba! ¡Ni siquiera contra el peor delincuente! ¡Nunca! De haberlo hecho, me habría puesto a su nivel. ¡Entonces sí que mi trabajo de policía se habría convertido en algo sucio! Pero ¿te das cuenta, Livia? El asalto a la escuela y la presentación de pruebas falsas no ha sido cosa de ningún agente ignorante y violento, sino que están implicados altos cargos de la policía, de la Brigada Móvil y demás fuerzas de seguridad.

De pronto se dio cuenta de que el extraño ruido que oía a través del auricular eran los sollozos de Livia. Respiró hondo.

—¿Livia?

—Sí.

—Te quiero. Buenas noches.

Colgó y se fue a dormir. Así empezó la noche infame.

La verdadera verdad era que la sensación de incomodidad de Montalbano se había iniciado tiempo atrás, cuando la televisión mostró al presidente del Consejo de Ministros colocando macetas de flores por las callejuelas de Génova, no sin antes haber ordenado retirar las bragas y los calzoncillos que hubiera tendidos en los balcones y en las ventanas. Mientras tanto, su

ministro del Interior adoptaba medidas de seguridad más propias de una inminente guerra civil que de una reunión de jefes de Estado: vallas que impedían el acceso a ciertas calles, precintado de alcantarillas, cierre de fronteras y de algunas estaciones, patrullas marítimas vigilando la costa e incluso la instalación de una batería de misiles. El excesivo despliegue de fuerzas —pensó el comisario— constituía en sí mismo una provocación. Después ocurrió lo que ocurrió: hubo un muerto entre los manifestantes, pero tal vez lo más grave fue la conducta de algunos miembros de las fuerzas del orden, que se cebaron contra unos pacíficos manifestantes, lanzándoles gases lacrimógenos, mientras dejaban que los violentos, los llamados black bloc, camparan a su antojo. Después se produjo el desagradable incidente del colegio Diaz, que no pareció una operación policial, sino un triste y violento atropello destinado a desahogar unos reprimidos instintos de venganza.

Tres días después del G8, mientras arreciaba la polémica en toda Italia, Montalbano llegó tarde a su despacho. Cuando se detuvo y bajó del coche, vio a dos pintores que estaban dando una mano de cal a la pared de la comisaría.

—¡Ah, dottori, dottori! —exclamó Catarella al verlo entrar—. ¡Barbaridades han escrito aquí esta noche!

Montalbano no entendió lo que decía:

—¿Quién ha escrito qué?

—No sé quién lo ha escrito en persona personalmente.

Pero ¿qué coño quería decir Catarella?

—¿Se trata de una carta anónima?

—No, señor dottori, anónima no, mural. Precisamente por esa muralidad Fazio ha mandado llamar esta mañana a los pintores para borrarla.

El comisario entendió finalmente la presencia de los dos pintores.

—¿Qué han escrito?

Catarella se ruborizó y trató de salirse por la tangente.

—Con unos frasquitos de espray negro han escrito palabrotas.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que han escrito?

—«Policías canallas» —contestó Catarella mirando al suelo.

—¿Eso es todo?

—No, señor. Bueno, habían escrito también «asesinos». «Canallas y asesinos».

—No te preocupes, Catarè, no te lo tomes tan a pecho...

—Aquí dentro no hay nadie que sea canalla ni asesino, empezando por usía, dottori, y terminando por mí, que soy el último mono.

Montalbano le apoyó una mano en el hombro para consolarlo y se dirigió a su despacho. Catarella lo volvió a llamar.

—¡Ah, dottori! Se me había olvidado. También han escrito «cornudos de mierda».

¡Como si en Sicilia, en un escrito ofensivo, pudiera faltar la palabra «cornudo»! Aquella palabra era una denominación de origen, una expresión típica de la llamada «sicilitud». Acababa de sentarse cuando entró Mimì Augello. Estaba fresco como una rosa y tenía el semblante relajado y sereno.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó.

—¿Sabes lo que han escrito esta noche en la pared?

—Sí, me lo ha dicho Fazio.

—¿Y eso no te resulta novedoso?

Mimì lo miró perplejo.

—¿Estás de broma o qué?

—No, hablo en serio.

—Oye, contéstame con la mano en el corazón. ¿Tú crees que Livia te pone los cuernos?

Esta vez fue Montalbano quien miró perplejo a Mimì.

—Pero ¿a qué coño viene eso?

—O sea, que no eres un cornudo... Y yo tampoco creo que Beba me los ponga. Pasemos ahora a la otra palabra, «canalla». A mí, dos o tres mujeres me han dicho que soy un canalla. En cuanto a ti, no creo que nadie te lo haya dicho jamás; por consiguiente, no estás incluido en esta palabra. Asesino, ni soñarlo. ¿Entonces?

—¡Estás muy ocurrente, Mimì, con esos razonamientos de crucigrama de periódico!

—Perdona, Salvo, ¿acaso es la primera vez que nos llaman hijos de putas y asesinos?

—No, aunque esta vez tienen razón, al menos en parte.

—Ah, ¿así que les das la razón?

—Sí, señor. Explícame, si no, por qué hemos actuado de esta manera en Génova, después de tantos años sin que ocurriera nada semejante.

Mimì lo miró con los ojos entornados y no abrió la boca.

—Contéstame con palabras, no con esa mirada de policía que pones — dijo el comisario.

—Está bien. Pero quiero dejar clara una cosa. No tengo ninguna intención de pelearme contigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Comprendo tu resquemor, pues todo eso ha ocurrido con un gobierno que te provoca desconfianza y aversión. Tú crees que el gobierno ha intervenido en el asunto.

—Perdona, Mimì. ¿Has leído los periódicos? ¿Has visto la televisión? Han dicho más o menos claramente que en las salas genovesas de toma de decisiones había gente que no debería estar. ¡Ministros y diputados, todos del mismo partido! Del partido que siempre ha apelado al orden y a la legalidad, pero, claro, ¡a su orden y a su legalidad!

—Y eso ¿qué significa?

—Significa que una parte de la policía, la más frágil aunque se crea la más fuerte, se ha sentido protegida y avalada. Y se han pasado. Eso en la mejor de las hipótesis.

—¿Hay alguna peor?

—Por supuesto. Que nosotros hemos sido manipulados como títeres de un teatro de marionetas por unas personas que querían llevar a cabo una especie de test.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo reaccionaría la gente ante una acción de fuerza. Por suerte, no les ha ido muy bien.

—¡En fin!... —dijo Augello, en tono dubitativo.

Montalbano decidió cambiar de tema.

—¿Cómo está Beba?

—Pues no muy bien. Su embarazo está siendo difícil. Tiene que pasar más tiempo tumbada que de pie, pero el médico dice que no hay por qué preocuparse.

A fuerza de kilómetros y más kilómetros de solitarios paseos por el muelle, de permanecer largo rato sentado en la roca habitual, pensando en los acontecimientos genoveses hasta echar humo por la cabeza, a fuerza de comerse hasta una tonelada de cucuruchos de semillas de calabaza saladas y de garbanzos tostados, a fuerza de conversaciones telefónicas nocturnas con Livia, la herida que el comisario tenía abierta estaba empezando a cicatrizar..., cuando recibieron la noticia de otra «oportuna» intervención de la policía, esta vez en Nápoles. Varios agentes habían sido detenidos por haberse llevado a unos presuntos manifestantes violentos del hospital en el que estaban ingresados. Una vez en la comisaría, la habían emprendido con ellos a patadas y guantazos en medio de un diluvio de palabrotas, ofensas e insultos. Pero lo que más había desconcertado a Montalbano había sido la reacción de algunos policías ante la noticia de la detención de sus compañeros: unos se encadenaron a la verja de la Jefatura Superior en gesto de solidaridad, otros organizaron manifestaciones en la calle, los sindicatos de la policía se pronunciaron de manera vehemente sobre el caso, y un oficial que en Génova la había emprendido a patadas con un manifestante que estaba caído en el suelo había sido aclamado en Nápoles como un héroe. Los mismos políticos que se encontraban en Génova durante el G8 habían encabezado aquella curiosa —aunque no tan curiosa para Montalbano— rebelión de una parte de las fuerzas del orden contra los magistrados que habían ordenado su detención. Y Montalbano ya no pudo más. Este nuevo amargo bocado ya no se lo pudo tragar. Una mañana, nada más entrar en el despacho, llamó al doctor Lattes, el jefe de gabinete de la Jefatura Superior de Montelusa. Al cabo de media hora, este hizo saber a Montalbano, a través de Catarella, que el jefe superior estaba dispuesto a recibirlo a las doce en punto del mediodía. Los hombres de la comisaría, que sabían cuál era el humor de su jefe cuando se encerraba en su despacho, comprendieron que el horno no estaba para bollos. Por eso, desde el despacho de Montalbano, la comisaría parecía desierta, no se oía el menor ruido. Catarella, que montaba guardia en la entrada, en cuanto veía aparecer a alguien abría enormemente los ojos, se acercaba el dedo índice a la nariz y le advertía:

—¡Chist!

Y todos entraban en la comisaría con cara de ir a velar a un muerto.

Hacia las diez, Mimì Augello, tras haber llamado discretamente a la puerta con los nudillos y haber recibido permiso, se presentó ante su jefe. Montalbano, al verlo, se preocupó.

—¿Cómo está Beba?

—Bien. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

—¿Puedo fumar?

—Claro, pero que no te vea el ministro.

Augello encendió un cigarrillo, dio una calada y retuvo el humo un buen rato.

—Oye, puedes soltarlo —dijo Montalbano—. Te doy permiso.

Mimì lo miró perplejo.

—Esta mañana pareces un chino —continuó el comisario—. Pides permiso para todo. ¿Qué pasa? ¿Se te hace difícil decirme lo que me quieres decir?

—Sí —reconoció Augello.

Apagó el cigarrillo, se removió en el asiento, respiró hondo y se lanzó:

—Salvo, tú sabes que yo siempre te he considerado mi padre...

—¿Quién te ha contado a ti eso?

—¿Qué?

—Eso de que soy tu padre. Si te lo ha dicho tu madre, te ha contado una trola. Solo te llevo quince años y, por más precoz que haya sido, a los quince años no...

—Pero, hombre, Salvo, no he querido decir que tú seas mi padre, sino que te considero como un padre.

—Pues ya has empezado con mal pie. Déjate de esas chorradas de padres, hijos y espíritus santos. Dime lo que tengas que decirme y quítate de mi vista, que hoy no tengo el día.

—¿Por qué has pedido ser recibido por el jefe superior?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Catarella.

—Después tendré unas palabritas con él.

—Él no tiene la culpa. Yo le ordené que me informara en caso de que te pusieras en contacto con Bonetti-Alderighi. Tarde o temprano, sabía que lo harías.

—¿Y qué tiene de extraño que yo, un comisario, quiera conversar con mi jefe?

—Pues que tú no tragas a Bonetti-Alderighi. Si fuera un cura que viniera a administrarte la extremaunción, te levantarías de la cama y lo echarías a patadas. ¿Puedo hablar con claridad?

—Habla como te salga de las narices.

—Tú quieres irte.

—Bueno, creo que unas pequeñas vacaciones me sentarían muy bien.

—Salvo, me das pena. Tú quieres dimitir.

—¿Acaso no soy libre de hacerlo? —replicó Montalbano, desplazándose hasta el borde de la silla como si fuera a levantarse de un salto.

Augello no se impresionó.

—Eres muy libre. Pero antes quiero terminar una conversación que tenemos pendiente. ¿Recuerdas cuando dijiste que tenías una sospecha?

—¿Cuál?

—La de que los acontecimientos de Génova habían sido provocados por cierta clase política, la cual había avalado de alguna manera la actuación de la policía. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Pues bien, lo que yo te quería decir es que lo de Nápoles ocurrió con un gobierno de centro-izquierda, antes del G8. Solo que se ha sabido después. ¿Cómo interpretas eso?

—Lo interpreto peor que antes. ¿Crees que no lo he pensado, Mimì? Significa que las cosas que están ocurriendo son mucho más graves de lo que parece.

—¿Qué quieres decir?

—Que toda esa porquería la tenemos dentro.

—¿Y ahora te enteras, tú que lees tanto? Si quieres irte, vete, pero no ahora. Vete por cansancio, por haber alcanzado la edad, porque te duelen las hemorroides, porque el cerebro ya no te funciona, pero no te vayas ahora.

—¿Por qué?

—Porque sería una ofensa.

—¿A quién?

—A mí, por ejemplo, que, aunque reconozco que soy un mujeriego, soy una persona de bien. A Catarella, que es un ángel. A Fazio, que es un caballero. A todos los de la comisaría de Vigàta. Al jefe superior Bonetti-Alderighi, que es un pelmazo y un formalista, pero una buena persona. A todos los compañeros a los que aprecias y que son tus amigos. A la inmensa mayoría de la gente que pertenece a la policía y que no tiene nada que ver con algunos sinvergüenzas tanto de abajo como de arriba. Tú te vas dándonos con la puerta en las narices. Piénsalo bien. Adiós.

Se levantó, abrió la puerta y salió. A las once y media, Montalbano le pidió a Catarella que lo pusiera en contacto con la Jefatura Superior y le comunicó al dottor Lattes que no iría a ver al señor jefe superior: lo que le quería decir no tenía la menor importancia, ninguna en absoluto.

Después de colgar, sintió la necesidad de ir a respirar el aire del mar. Cuando pasó por delante de la centralita, le dijo a Catarella:

—Y ahora corre a chivarte al dottor Augello.

—¿Por qué quiere ofenderme, dottorì?

¡Ofender! Todos se sentían ofendidos por él, y él no tenía ningún derecho a sentirse ofendido por nadie.

La verdad es que ya no aguantaba permanecer acostado, reflexionando sobre la conversación que había mantenido con Mimì. ¿No le había comunicado ya su decisión a Livia? Ahora ya estaba hecho. Miró hacia la ventana, a través de la cual se filtraba la luz. El reloj marcaba casi las seis. Se levantó y abrió los postigos. Hacia levante, la claridad del sol, que estaba a punto de salir, dibujaba unos arabescos de livianas nubes que no eran de lluvia. El mar estaba ligeramente agitado a causa de la brisa matutina. Se llenó los pulmones de aire y se percató de que cada respiración se llevaba una parte de la infame noche. Fue a la cocina, preparó café y, mientras esperaba el murmullo del hervor, abrió la galería.

La playa, al menos hasta donde la grisácea atmósfera del amanecer permitía ver, parecía desierta, tanto de hombres como de animales. Se bebió dos tazas de café seguidas, se puso el bañador y bajó a la playa. La arena estaba mojada y compacta. Tal vez había llovido un poco a primera hora de la noche. Al llegar a la orilla, metió un pie. El agua no estaba tan fría como imaginaba. Avanzó cautelosamente, sintiendo de vez en cuando escalofríos en la columna. «Pero ¿por qué me da a mí por realizar estas exhibiciones a los cincuenta y tantos años? —se preguntó—. Ya verás como pillo un resfriado y luego me paso una semana estornudando y con la cabeza atontada». Comenzó a nadar a brazadas lentas y amplias. El fuerte olor del mar le penetraba punzante por las ventanas de la nariz. Parecía champán. Y Montalbano estuvo casi a punto de emborracharse, pues siguió nadando sin descanso, con la cabeza finalmente libre de todo pensamiento y contento de verse convertido en una especie de muñeco mecánico. Lo que lo hizo transformarse de nuevo en hombre fue el repentino calambre que le dio en la pantorrilla de la pierna izquierda. Soltando maldiciones, se tendió boca arriba e hizo el muerto sobre el agua. El dolor era tan intenso que tenía que apretar los dientes..., pero tarde o temprano se le pasaría. Aquellos malditos calambres se habían hecho más frecuentes en los últimos dos o tres años. ¿Síntomas de la vejez que acechaba a la vuelta de la esquina? El oleaje lo arrastraba perezosamente. El dolor empezó a disminuir, hasta el punto de que pudo dar dos brazadas hacia atrás. A la segunda, la mano derecha golpeó contra algo.

En una fracción de segundo, Montalbano comprendió que aquel algo era un pie humano. Alguien estaba haciendo el muerto justo detrás de él, y ni se había enterado.

—Perdón —se apresuró a decir, girándose para mirar.

El propietario del pie no contestó porque no estaba haciendo el muerto. Estaba muerto de verdad. Y, a juzgar por su aspecto, desde hacía bastante tiempo.

Dos

Sorprendido, Montalbano rodeó el cadáver lentamente, procurando no chapotear. Había bastante luz y el calambre se le había pasado. Aquel muerto no era reciente. Debía de llevar tiempo en el agua porque apenas le quedaba carne pegada a los huesos y la cabeza se había convertido prácticamente en una calavera. Una calavera con una cabellera de algas. La pierna derecha estaba a punto de desprenderse del resto del cuerpo. Los peces y el mar se habían ensañado con aquel desgraciado, probablemente algún náufrago o algún inmigrante ilegal que, a causa del hambre o la desesperación, había intentado entrar en el país clandestinamente y había sido arrojado al mar por algún mercader de esclavos más cochino y miserable aún que los demás. Aquel cadáver debía de venir de muy lejos, ¿cómo era posible que durante todos los días que había permanecido flotando sobre el agua ningún barco de pesca o alguna otra embarcación hubiera reparado en él? Muy difícil. Seguramente alguien lo había visto, pero se había atenido a la nueva moral imperante, según la cual, si atropellas a alguien por la calle, tienes que seguir tu camino sin prestarle ayuda: ¿cómo iba a detenerse un barco pesquero por algo tan inútil como un muerto? Además, ¿no habían sido unos pescadores los que, para evitarse las molestias burocráticas, habían devuelto al mar unos restos humanos que habían cogido con las redes? «La piedad ha muerto», decía proféticamente una canción, o lo que fuera, muy antigua. Y poco a poco estaban agonizando también la compasión, la fraternidad, la solidaridad, el respeto a los ancianos, a los enfermos, a los niños... Estaban muriendo las normas de...

«No te hagas el moralista —le dijo Montalbano a Montalbano—. Huye de esa trampa».

Apartó sus reflexiones y miró hacia la orilla. ¡Virgen santísima, qué lejos estaba! ¿Cómo demonios había hecho para adentrarse tanto? ¿Y cómo coño se las arreglaría para llevar el cadáver hasta la playa? El cual, entre tanto, se había alejado unos metros, arrastrado por el oleaje. ¿Acaso estaba desafiándolo a una carrera de natación? Y justo en ese momento se le ocurrió la solución al problema. Se quitó el bañador, que, además del elástico, tenía alrededor de la cintura un cordón largo que no servía para nada, era un simple adorno. En dos brazadas se situó al lado del cadáver y, tras pensar un poco, le enrolló el bañador fuertemente en la muñeca izquierda y lo ató con un extremo del cordón. El otro extremo se lo ató con dos nudos al tobillo izquierdo. Si el brazo del cadáver no se desprendía durante el remolque, lo cual era muy posible, todo el asunto llegaría a buen puerto, y nunca mejor dicho, aunque fuera a costa de un enorme esfuerzo. Empezó a nadar, muy despacio, utilizando solo los brazos. De vez en cuando se detenía no solo para recuperar el resuello, sino para comprobar que el cadáver seguía atado a él. Cuando estaba a medio camino, se vio obligado a hacer una pausa más larga, pues su respiración se había vuelto tan agitada como la de un fuelle. Se volvió de espaldas para hacer el muerto, y entonces el muerto de verdad se volvió boca abajo, impulsado por el movimiento del cordón.

—Ten paciencia —se disculpó Montalbano.

Cuando notó que ya jadeaba un poco menos, reanudó la marcha. Al cabo de un rato, que le pareció interminable, vio que podía hacer pie. Se desató el cordón del tobillo y, sin soltar el otro extremo, se puso en pie. El agua le llegaba a la altura de la nariz. Saltando de puntillas avanzó unos metros hasta apoyar las plantas en la arena. Una vez que se sintió a salvo, se dispuso a dar el primer paso.

Lo hizo, pero no se movió. Volvió a intentarlo. Nada. ¡Dios mío, se había quedado parálítico! Parecía un poste plantado en medio del agua, un poste al que estaba amarrado un cadáver. En la playa no se veía ni un alma a quien pedir ayuda. ¿A que todo era un sueño, una pesadilla?

«Ahora voy a despertarme», se dijo.

Pero no se despertó. Desesperado, echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito tan fuerte que hasta él se quedó aturdido. El chillido tuvo dos efectos inmediatos: el primero fue que un par de gaviotas que volaban por encima de

su cabeza disfrutando de la escena huyeron despavoridas; el segundo, que los músculos, los nervios y, en resumidas cuentas, toda la envoltura de su cuerpo se volvieron a poner en movimiento, aunque con extrema dificultad. Los treinta pasos que lo separaban de la orilla fueron un auténtico vía crucis. Al llegar a la franja de arena donde morían las olas se dejó caer de culo en la playa y permaneció un rato así, sin soltar el extremo del cordón. Parecía un pescador que no consiguiera arrastrar a la orilla el enorme pez que acababa de pescar. Se consoló pensando que lo peor ya había pasado.

—¡Manos arriba! —gritó una voz a su espalda.

Montalbano giró la cabeza, estupefacto. Quien había hablado estaba apuntándolo con un revólver que debía de haber participado en la guerra ítalo-turca de 1911. Era un hombre de unos setenta años, delgado y vigoroso, de ojos extraviados y con cuatro pelos tiesos como alambres en la cabeza. A su lado había una mujer, también septuagenaria, tocada con un sombrero de paja y armada con una barra de hierro que agitaba no se sabía si a modo de amenaza o como consecuencia de un Parkinson avanzado.

—Un momento —dijo Montalbano—. Yo soy...

—¡Eres un asesino! —dijo la mujer con una voz tan estridente que hasta las gaviotas, que habían vuelto para disfrutar de la segunda parte del espectáculo, se alejaron chillando.

—Pero, señora, yo no...

—¡No lo niegues, asesino! ¡Llevo dos horas observándote con los prismáticos! —dijo la vieja en tono todavía más fuerte.

Montalbano se quedó perplejo. Sin pensarlo, soltó el cordón y se levantó.

—¡Oh, Dios mío! ¡Está desnudo! —gritó la vieja, retrocediendo dos pasos.

—¡Miserable! ¡Eres hombre muerto! —gritó el viejo, retrocediendo dos pasos a su vez.

Y abrió fuego. El ensordecedor disparo pasó a unos veinte metros del comisario, que se quedó aterrorizado, más que nada por la detonación. El obstinado anciano, que a causa del retroceso se había desplazado otros dos pasos hacia atrás, volvió a apuntar.

—Pero ¿qué hace? ¿Está loco? Soy el...

—¡Chitón y no te muevas! —le advirtió el viejo—. Ya hemos avisado a la policía. Llegará de un momento a otro.

Montalbano no se movió. Por el rabillo del ojo vio cómo el cadáver se alejaba poco a poco. Al cabo de un rato, cuando Dios quiso, llegaron dos vehículos a gran velocidad por la carretera y se detuvieron en seco. Lo primero que vio Montalbano fue a Fazio y Gallo bajando precipitadamente del coche, ambos vestidos de paisano. El alivio que sintió al verlos duró muy poco, pues del segundo coche descendió un fotógrafo que empezó a disparar su cámara a ritmo de ametralladora. Fazio, tras haber reconocido de inmediato al comisario, gritó al viejo:

—¡Policía! ¡No dispare!

—¿Y quién me dice a mí que no sois cómplices suyos? —replicó el hombre, al tiempo que apuntaba con su revólver a Fazio. Sin embargo, para ello tuvo que apartar su atención de Montalbano, el cual, tras haber perdido la paciencia, pegó un brinco hacia delante, sujetó al viejo por la muñeca y lo desarmó. Pero no pudo evitar el tremendo golpe que la vieja le asestó en la cabeza con la barra de hierro. De repente, no vio nada, dobló las rodillas y se desmayó.

Seguramente había pasado del desmayo al sueño, pues cuando se despertó en su cama y consultó el reloj, eran las once y media. Lo primero que hizo fue soltar un estornudo, después otro y, a continuación, un tercero. Se había resfriado y le dolía mucho la cabeza. Desde la cocina oyó la voz de Adelina, la asistenta.

—¿Ya se ha despertado, *dutturi*?

—Sí, pero me duele la cabeza. Creo que la vieja me la ha roto.

—A usía la cabeza no se la rompen ni a cañonazos.

Oyó el timbre del teléfono e intentó levantarse, pero una especie de vértigo lo obligó a dejarse caer de nuevo en la cama. ¡Qué fuerza tenía aquella maldita vieja en los brazos! Entre tanto, Adelina había atendido la llamada.

—Se acaba de despertar ahora mismo. Muy bien, ya se lo diré —oyó que decía.

Al poco se presentó con una humeante taza de café.

—Era el señor Fazziu. Dice que dentro de media hora como máximo lo viene a ver.

—Adelì, ¿a qué hora has llegado tú aquí?

—A las nueve como siempre, *dutturi*. A usía lo habían acostado en la cama y el señor Gallù lo atendía. Entonces le dije que ya estaba yo para cuidar de usía y se fue.

Adelina abandonó la habitación y regresó al poco rato con un vaso de agua en una mano y un comprimido en la otra.

—Le traigo una aspirina.

Montalbano se incorporó y la tomó dócilmente. Tiritaba de frío. Adelina lo advirtió, abrió el armario refunfuñando por lo bajo, sacó una manta escocesa y la extendió sobre la cama.

—A la edad de usía, estas exhibiciones no se tienen que hacer.

Montalbano la odió. Se cubrió la cabeza y cerró los ojos.

Oyó sonar el teléfono durante un buen rato. ¿Cómo era posible que Adelina no lo cogiera? Se levantó tambaleándose y se dirigió a la otra habitación.

—¿Tícame? —dijo con voz gangosa.

—*Dottore?* Soy Fazio. Por desgracia, no puedo ir, ha surgido un contratiempo.

—¿Grave?

—No, nada, una tontería. Me pasaré por ahí esta tarde. Cuídese el resfriado.

Colgó y se dirigió a la cocina. Adelina se había ido, sobre la mesa había solo una nota.

Usía dormía y no quise despertarlo. De todos modos ahora viene el señor Fazziu. Le he preparado la nebera. Adelina.

No tuvo ánimos para abrir la nevera, no tenía apetito. De pronto, se dio cuenta de que iba por la casa con el traje de Adán, como les gusta decir a los periodistas y a los que se creen graciosos. Se puso una camisa, unos calzoncillos y unos pantalones y se sentó en su sillón de costumbre frente al

televisor. Era la una menos cuarto, la hora del primer telediario de Televigata, canal tradicionalmente progubernamental, tanto si gobernaba la extrema izquierda como la extrema derecha. La primera imagen que vio fue la suya. Estaba completamente desnudo, con la boca abierta y los ojos como platos, cubriéndose las vergüenzas con una mano ahuecada. Parecía una casta Susana talludita y peluda. Sobreimpreso al pie de la imagen, apareció un texto que rezaba: «El comisario Montalbano (en la fotografía) salva a un muerto». Montalbano pensó en el fotógrafo que había llegado inmediatamente después de Fazio y Gallo y le envió mentalmente los más sinceros y cordiales deseos de larga vida y prosperidad. En ese momento apareció en pantalla la cara de culo de gallina del periodista Pippo Ragonese, enemigo jurado del comisario.

—Esta mañana, poco después del amanecer...

En la pantalla, por si alguien no lo había comprendido, apareció un amanecer cualquiera.

—... nuestro héroe el comisario Salvo Montalbano había salido a bañarse...

Apareció un retazo de mar con alguien irreconocible nadando a lo lejos.

—Ustedes dirán que no solo no es temporada de baños, sino, sobre todo, que esa no es precisamente la hora más apropiada para ello. Pero ¿qué le vamos a hacer? Nuestro héroe es así. Tal vez sintió la necesidad de bañarse para quitarse del cerebro ciertas ideas peregrinas de las cuales suele ser víctima. Mientras nadaba mar adentro, se tropezó con el cadáver de un desconocido. En lugar de telefonar a quien correspondía...

—... con el móvil que lleva incorporado en la polla —añadió por su cuenta Montalbano, dominado por la furia.

—... nuestro comisario decidió remolcar el cadáver a tierra sin ayuda de nadie, atándole al pie el bañador que llevaba. Su lema es: «Yo lo hago todo solo». Estos movimientos no pasaron inadvertidos a la señora Pina Bausan, que observaba el mar con sus prismáticos.

Entonces apareció el rostro de la señora Bausan, la vieja que le había roto la cabeza con una barra de hierro.

—¿De dónde es usted, señora?

—Yo y mi marido Angelo somos de Treviso.

Al lado del rostro de la mujer apareció el del marido, el que había disparado.

—¿Llevan mucho tiempo en Sicilia?

—Cuatro días.

—¿Están de vacaciones?

—¿De vacaciones? No, no, es que yo padezco de asma y el médico me ha dicho que el aire del mar me sentaría bien. Mi hija Zina, que está casada con un siciliano que trabaja en Treviso...

El relato fue interrumpido por un prolongado suspiro de pena de la señora Bausan, a quien el cruel destino había deparado un yerno siciliano.

—... me dijo que viniera a pasar una temporada a la casa de su marido, pues ellos solo la utilizan un mes en verano. Y vinimos.

Esta vez el suspiro de pena fue mucho más hondo: ¡qué dura y peligrosa era la vida en aquella isla salvaje!

—Dígame, señora, ¿por qué escudriñaba el mar a una hora tan temprana?

—Me levanto muy pronto, y algo hay que hacer, ¿no?

—Y usted, señor Bausan, ¿siempre lleva esa arma encima?

—No, no. Yo no tengo armas. Ese revólver me lo prestó un primo mío. Como comprenderá usted, teniendo que venir a Sicilia...

—¿Usted considera que hay que venir armado a Sicilia?

—Si aquí la ley no existe, me parece lógico, ¿no?

Volvió a aparecer el rostro de culo de gallina de Ragonese.

—Y de aquí surgió el grotesco equívoco. Creyendo que...

Montalbano apagó el televisor. Estaba furioso con Bausan, no por haberle disparado sino por lo que había dicho. Descolgó el teléfono.

—Oye, Gadarella.

—Óyeme tú a mí, cornudo de mierda e hijo de la gran puta...

—Gadarè, ¿es que no me reconoces? Soy Montalbano.

—Ah, ¿es usía, *dottori*? ¿Está resfriado?

—No, Gadarè, es que me apedece hablar así. Pázame a Fazio.

—Ahora mismo, *dottori*.

—Dígame, *dottore*.

—Fazio, ¿atonte ha ito a parar el revólver tel viejo?

—¿Se refiere a Bausan? Se lo he devuelto.

—¿Diene licencia de armaz?

Se produjo una embarazosa pausa.

—No lo sé, *dottore*. En medio de todo aquel jaleo, se me olvidó preguntárselo.

—Muy bien. Mejor dito, muy mal. Ahora mizmo vaz a ver a ezte zeñor y lo compruebaz. Zi no eztá en regla, actúa zegún la ley. No ze puede dejar zuelto por ahí a un viejo chocho que anda dizparando contra todo quizque.

—Entendido, *dottore*.

Listo. Así el señor Bausan y su amable esposa aprenderían que en Sicilia también había algunas leyes. Poquitas, pero las había. Estaba tumbándose en la cama cuando sonó el teléfono.

—¿Tica?

—Salvo, cariño, ¿por qué hablas con esa voz? ¿Estabas durmiendo o es que te has resfriado?

—Lo zegundo.

—Te he llamado al despacho, pero me han dicho que estabas en casa. Cuéntame qué ha pasado.

—¿Qué quieres que te tica? Ha zido una coza muy divetida. Yo eztaba deznudo y él me ha pegado un diro. Y por ezo me he resfiado.

—¿Que tú te...? ¿Qué tú te...?

—¿Qué zignifiga que tú te, que tú te?

—Tú... ¿tú te has desnudado en presencia del jefe superior y él te ha pegado un tiro?

Montalbano se quedó perplejo.

—Livia, ¿po qué iba a deznudame yo en pezencia del jefe zuperior?

—¡Porque anoche me dijiste que esta mañana, aunque se hundiera el mundo, irías a presentar tu dimisión!

Montalbano se dio un fuerte manotazo en la frente con la mano que tenía libre. ¡La dimisión! ¡Se había olvidado por completo!

—Veraz, Livia, a primera hora te la mañana, mientraz hacía el muezto, había un muerto gue...

—Adiós —lo interrumpió Livia, enfurecida—. Tengo que irme al despacho. Cuando recuperes el uso de la palabra, me llamas.

Lo único que podía hacer era tomarse otra aspirina, acostarse y sudar como un animal.

Antes de adentrarse en el país de los sueños, repasó, de manera involuntaria, su encuentro con el cadáver.

Cuando llegó al momento en que le levantó el brazo y le enrollaba el bañador alrededor de la muñeca, su película mental se detuvo y retrocedió como en una mesa de montaje. Brazo levantado, bañador enrollado... *Stop*. Brazo levantado, bañador enrollado... Y el sueño ganó la partida.

Se levantó a las seis de la tarde. Había dormido como un niño y estaba mucho mejor del resfriado. Pero debía tener paciencia y quedarse en casa el resto del día.

Aún se encontraba un poco cansado, pero comprendía el motivo: era la suma de factores de una noche infame: el baño, el esfuerzo de remolcar el cadáver hasta la playa, el golpe de la barra de hierro contra la cabeza y, sobre todo, la bajada de tensión por no haber ido a ver al jefe superior. Se encerró en el cuarto de baño, se dio una ducha larga, se afeitó cuidadosamente y se vistió como para ir al despacho. Pero, en vez de eso, tranquilo y firmemente decidido, llamó a la Jefatura Superior de Montelusa.

—¿Oiga? Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con el señor jefe superior. Es urgente.

Tuvo que esperar unos cuantos segundos.

—¿Montalbano? Soy Lattes. ¿Cómo está? ¿Qué tal la familia?

¡Vaya por Dios! El *dottor* Lattes, el jefe del gabinete, llamado «Lattes y mieles» por su empalagoso carácter, era lector asiduo de «L'Avvenire» y «Famiglia Cristiana». Estaba convencido de que todo hombre de bien debía tener mujer y numerosa prole. Y puesto que, a su manera, apreciaba a Montalbano, nadie conseguía quitarle de la cabeza la idea de que el comisario no estaba casado.

—Todos bien, gracias a la Virgen —contestó Montalbano.

Sabía que lo de «gracias a la Virgen» facilitaba la máxima disponibilidad por parte de Lattes.

—¿En qué puedo servirle?

—Quisiera departir con el señor jefe superior.

¡Departir! Montalbano se despreció. Pero, cuando uno tenía que habérselas con los burócratas, lo mejor era hablar como ellos.

—El caso es que el señor jefe superior no está. Ha sido convocado en Roma (*pausa*) por Su Excelencia el ministro.

Montalbano sabía a qué se había debido esa pausa, a la respetuosa puesta en pie del *dottor* Lattes al mencionar, aunque no en vano, a Su Excelencia.

—¡Ah! —se lamentó Montalbano, desinflándose—. ¿Y sabe cuánto tiempo permanecerá ausente?

—Dos o tres días, creo. ¿Puedo yo ayudarlo en algo?

—Se lo agradezco, *dottore*. Esperaré a que vuelva... «Y pasarán los días...» —canturreó con rabia, mientras colgaba violentamente el teléfono.

Se sentía como un globo deshinchado. Ahora que había tomado la decisión de dimitir, mejor dicho, de presentar la dimisión, porque así era como había que decirlo, algo se interponía en su camino. De pronto notó que, a pesar del cansancio, acentuado por la llamada telefónica, tenía un hambre canina.

Eran las seis y diez. Aún no era hora de cenar. Pero ¿quién dice que haya que comer siguiendo un horario establecido? Fue a la cocina y abrió el frigorífico. Adelina le había preparado un plato de enfermo: pescadilla hervida. Solo que eran enormes, frescas y nada menos que seis. No le apetecían, le gustaban fritas y aliñadas con unas gotas de limón y sal. Adelina había comprado por la mañana una barra de pan cubierta de *giuggiulena*, esas semillas de sésamo que tan a gusto se comen recogéndolas una a una del mantel con la yema del dedo índice ligeramente mojada de saliva. Puso la mesa en la galería y se comió el pan saboreando cada bocado como si fuera el último de su existencia.

Cuando acabó ya eran más de las ocho. Y ahora ¿cómo pasaba el rato hasta que se hiciera de noche? El problema se lo resolvió Fazio de golpe llamando a la puerta.

—Buenas tardes, *dottore*. Vengo a informarle. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor, gracias. Pasa. ¿Qué has hecho con Bausan?

Fazio se acomodó en una butaca, sacó del bolsillo un trozo de papel y empezó a leer.

—Angelo Bausan, hijo de Angelo y de Angela Crestin, nacido en...

—Los de por allí son todos unos ángeles —lo interrumpió el comisario—. Y ahora, elige. O guardas ahora mismo ese papel en el bolsillo o te echo a patadas.

Fazio reprimió su «complejo de registro civil» —como lo llamaba el comisario—, guardó el papel en el bolsillo con mucha prosopopeya y dijo:

—*Dottore*, después de su llamada he ido de inmediato a la casa donde vive este Angelo Bausan. La vivienda, situada a unos cientos de metros de aquí, pertenece a su yerno Maurizio Rotondò. Bausan no tiene licencia de armas. No puede imaginarse lo que he tenido que sufrir para conseguir que me entregara el revólver. Entre otras cosas, he recibido un golpe en la cabeza que me ha propinado su mujer con la escoba. La escoba de la señora Bausan no es cualquier cosa y la vieja tiene una fuerza que... Bueno, usted ya sabe algo de eso.

—¿Por qué no quería entregarte el revólver?

—Porque, según él, tenía que devolvérselo al amigo que se lo había prestado, un tal Roberto Pausin. He transmitido sus datos a la Jefatura Superior de Treviso, y lo han detenido. Ahora el caso está en manos del juez.

—¿Hay alguna novedad sobre el cadáver?

—¿El que usted ha encontrado?

—¿Cuál si no?

—Mire, *dottore*. Mientras usted estaba aquí han encontrado otros dos muertos en Vigàta y alrededores.

—A mí me interesa el que he encontrado yo.

—Ninguna novedad, *dottore*. Seguramente se trata de algún inmigrante ilegal que se ha ahogado durante la travesía. En cualquier caso, a estas horas el doctor Pasquano ya le habrá practicado la autopsia.

Como si lo hicieran a propósito, sonó el teléfono.

—Ponte tú —dijo Montalbano.

Fazio alargó la mano y descolgó el auricular.

—Casa del *dottor* Montalbano. ¿Que quién soy yo? Soy el inspector Fazio. Ah, ¿es usted? Disculpe, no lo había reconocido. Se lo paso ahora mismo.

Entregó el auricular al comisario.

—Es el doctor Pasquano.

¡¿Pasquano?! ¿Cuándo se había visto que el doctor Pasquano lo llamara a casa? Algo muy gordo tenía que ser.

Tres

—¿Sí? Soy Montalbano. Dígame, doctor.

—¿Quiere explicarme una cosa?

—A sus órdenes.

—¿Cómo es que, siempre que me envía un cadáver, no deja de tocarme las pelotas para que le dé el resultado de la autopsia, y esta vez en cambio le importa un carajo?

—Verá, lo que ha ocurrido ha sido que...

—Yo le diré lo que ha ocurrido. Usted pensaba que el cadáver que ha rescatado era el de un pobre inmigrante ilegal, uno de los más de quinientos que flotan en el canal de Sicilia; pronto podremos ir a Túnez caminando sobre ellos. Total, uno más uno menos, ¿qué más da?

—Doctor, si tiene ganas de desahogarse conmigo por algo, no se prive. Pero usted sabe muy bien que yo no pienso así. Esta mañana...

—¡Ah, sí! Esta mañana usted estaba ocupado exhibiendo sus atributos viriles en el concurso de «Míster Comisario». Lo he visto en Televigata. Al parecer ha tenido, ¿cómo se dice?..., una audiencia muy alta. Enhorabuena y que sea para bien.

Pasquano era así: insulso, antipático, agresivo, irritante. Pero el comisario sabía que se debía a su permanente enfado contra todo y contra todos. Pasó al contraataque, utilizando el tono que la ocasión requería.

—Doctor, ¿puede decirme por qué me llama a mi casa a estas horas para tocarme las pelotas?

Pasquano lo agradeció.

—Porque creo que las cosas no son lo que parecen.

—¿Y eso?

—Ante todo, el muerto es de aquí.

—Ah.

—Y, además, a mi juicio lo han matado. He hecho tan solo un reconocimiento superficial, todavía no lo he abierto.

—¿Tiene heridas de arma de fuego?

—No...

—¿De objetos cortantes?

—No...

—¿De explosión atómica? —preguntó Montalbano, que ya estaba hasta el gorro—. ¿Qué es esto, doctor, un concurso? ¿Quiere explicarse de una vez?

—Pásese por aquí mañana por la tarde y mi ilustre colega Mistretta, que será quien practicará la autopsia, le expondrá mi opinión, que, debo decir, él no comparte.

—¿Mistretta? ¿No estará usted?

—No. Mañana a primera hora me voy a ver a mi hermana. No se encuentra bien.

Entonces Montalbano comprendió por qué lo había llamado Pasquano. Era un gesto de cortesía, de amistad. El doctor sabía hasta qué extremo Montalbano detestaba al doctor Mistretta, un hombre irritante y presuntuoso.

—Mistretta, como ya le he dicho —prosiguió Pasquano—, no está de acuerdo conmigo. Por eso quería decirle en privado lo que pienso.

—Voy ahora mismo —dijo Montalbano.

—¿Adónde?

—A su despacho.

—No estoy en el despacho, sino en mi casa. Estoy haciendo las maletas.

—Pues voy a su casa.

—No, verá, es que está todo patas arriba. Mejor nos vemos en el primer bar de la avenida Libertà, ¿le parece? No quiero entretenerme mucho. Mañana tengo que levantarme temprano.

Despachó a Fazio, que estaba muerto de curiosidad, se lavó por encima, subió al coche y se dirigió a Montelusa. El primer bar de la avenida Libertà era más bien cutre. Montalbano había estado allí una sola vez, y ya había tenido bastante. Cuando entró, el doctor Pasquano estaba sentado a una mesita.

Él también se sentó.

—¿Qué le apetece? —preguntó Pasquano, que estaba tomando un café.

—Lo mismo que usted.

Permanecieron en silencio hasta que llegó el camarero con la segunda taza.

—¿Y bien? —dijo Montalbano.

—¿Ha visto en qué condiciones se encontraba el cadáver?

—Sí, mientras lo remolcaba, creí que se le iba a desprender el brazo.

—De haberlo arrastrado un poco más, habría ocurrido —dijo Pasquano

—. El pobrecillo llevaba más de un mes en el agua.

—Un mes...

—Más o menos. Dado el estado del cadáver, resulta difícil...

—¿Conserva alguna señal característica?

—Le pegaron un tiro.

—Entonces, ¿por qué me ha dicho que...?

—Montalbano, ¿me deja terminar? Presentaba una herida antigua de arma de fuego en la pierna izquierda. El proyectil le astilló el hueso. Pero eso se remonta a hace unos años. Me di cuenta porque el mar le había descarnado allí la pierna. Es posible que cojeara un poco.

—En su opinión, ¿cuántos años tenía?

—Unos cuarenta. Y con toda certeza, no es un inmigrante clandestino. Pero será difícil identificarlo.

—¿No hay huellas dactilares?

—¿Bromea, inspector?

—¿Por qué está convencido de que se trata de un homicidio?

—Es una opinión personal, que conste. Verá, el cuerpo está lleno de heridas causadas por las rocas, contra las cuales se golpeó repetidamente.

—No hay rocas en la zona donde yo lo he recogido.

—¿Y qué sabe usted de dónde viene? El cuerpo ha ido a la deriva durante mucho tiempo antes de que usted lo encontrara. Entre otras cosas, fue picoteado por cangrejos. Aún tenía dos en la garganta, muertos... Le decía que está lleno de heridas, naturalmente asimétricas, todas *post mortem*. Pero hay cuatro simétricas y perfectamente definidas, de forma circular.

—¿Dónde?

—En las muñecas y en los tobillos.

—¡Claro, era eso! —exclamó Montalbano, sobresaltado. Antes de quedarse dormido por la tarde le había acudido a la mente un detalle que no había sabido descifrar: el brazo, el bañador enrollado alrededor de la muñeca...—. Tenía un corte alrededor de la muñeca izquierda... —dijo muy despacio.

—¿Usted también lo observó? Y lo había también alrededor de la otra muñeca y de los tobillos. Eso a mi juicio solo significa una cosa...

—Que lo mantenían atado —terminó por él Montalbano.

—Exactamente. ¿Y sabe con qué lo habían atado? Con alambre, y apretado hasta el punto que le había cortado la carne. Si lo hubieran hecho con una cuerda o con hilo de nailon, las heridas no habrían sido tan profundas, y seguramente no habríamos descubierto las marcas. Antes de tirarlo al agua, le quitaron los alambres. Querían que pareciera un ahogamiento.

—¿No hay ninguna esperanza de poder encontrar alguna prueba científica?

—Podría haberla, pero eso depende del doctor Mistretta. Habría que mandar hacer unos análisis especiales en Palermo para ver si en algún punto de las marcas quedan restos de metal o herrumbre, pero es un proceso muy largo. Y eso es todo. Se me está haciendo tarde.

—Muchas gracias, doctor.

Se estrecharon la mano. El comisario regresó al coche y emprendió el camino de vuelta. Circulaba muy despacio, enfrascado en sus pensamientos, cuando un vehículo que venía por detrás le puso las largas, reprochándole su lentitud. Montalbano se apartó para dejarlo pasar, y el otro coche, una especie de torpedo plateado, lo adelantó y se detuvo de golpe. Soltando una sarta de maldiciones, el comisario frenó. A la luz de los faros, vio asomar por la ventanilla una mano que le hacía la señal de los cuernos. Fuera de sí, bajó del coche dispuesto a buscar pelea. Entonces el piloto del torpedo bajó también. Montalbano se quedó petrificado. Era Ingrid, que le sonreía con los brazos extendidos.

—He reconocido tu coche —dijo la sueca.

¿Cuánto hacía que no se veían? Por lo menos un año, seguro. Se abrazaron con fuerza. Ingrid le dio un beso y después extendió los brazos y lo apartó para verlo mejor.

—Te he visto desnudo en la televisión —dijo entre risas—. Todavía estás muy bueno...

—Y tú cada vez estás más guapa —replicó con toda sinceridad el comisario.

Ingrid volvió a abrazarlo.

—¿Está Livia aquí?

—No.

—Pues entonces me apetecería sentarme un ratito contigo en la galería.

—De acuerdo.

—Espera..., que voy a quitarme de encima un compromiso.

Charló por el móvil y después preguntó:

—¿Tienes *whisky*?

—Una botella sin estrenar. Mira, Ingrid, toma las llaves de casa y adelántate. Yo no puedo seguirte.

La sueca se rio, cogió las llaves y desapareció cuando el comisario aún no se había puesto en marcha. Se alegraba de aquel encuentro, que le permitiría, aparte del placer de pasar unas cuantas horas con una vieja amiga, interponer la distancia necesaria para reflexionar con la mente fría sobre lo que le había revelado el doctor Pasquano.

Cuando llegó a Marinella, Ingrid le salió al encuentro y lo abrazó con fuerza.

—Estoy autorizada —le dijo al oído.

—¿Por quién?

—Por Livia. Nada más entrar, ha sonado el teléfono y he contestado. No debería haberlo hecho, lo sé, pero me ha salido espontáneamente. Era ella. Le he dicho que estabas a punto de llegar, pero ha contestado que no volvería a llamar. Ha dicho que no te encontrabas muy bien y que, como enfermera, me autorizaba a cuidarte y consolarte.

¡Mierda! Livia debía de haberse cabreado en serio. Ingrid no había comprendido, o fingía no haber comprendido, la venenosa ironía de Livia.

—Disculpa —dijo Montalbano, librándose del abrazo.

Marcó el número de Boccadasse, pero la línea estaba ocupada. Seguramente Livia había descolgado el teléfono. Mientras Ingrid trajinaba por la casa, buscando la botella de *whisky*, sacando del congelador los cubitos de hielo y llevándolo todo a la galería, volvió a intentarlo. La línea seguía ocupada y el comisario se rindió y fue a sentarse al lado de Ingrid. Era una noche muy agradable, el cielo estaba cubierto por tiras de nubes deshilachadas y se oía el leve susurro de un arrullador oleaje. Un pensamiento, mejor dicho, una pregunta, surgió en la mente del comisario, haciéndolo sonreír. ¿Habría sido aquella noche tan idílica, la habría visto de la misma manera, si no hubiera tenido a Ingrid a su lado, la cual, después de haberle servido una generosa dosis de *whisky*, había apoyado la cabeza contra su hombro? La sueca se puso a hablar de sí misma y terminó tres horas y media más tarde, cuando a la botella le faltaban solo cuatro dedos para que quedara certificada oficialmente su defunción. Le contó que su marido era el típico cabrón. Después de separarse, había estado un tiempo en Suecia porque sentía añoranza de su familia («vosotros los sicilianos me la habéis contagiado») y también le reveló que había tenido dos amantes. El primero, un diputado de estricta observancia eclesiástica que se apellidaba Frisella, o Grisella —el comisario no lo entendió muy bien—, el cual, antes de acostarse con ella, se arrodillaba y pedía perdón a Dios por el pecado que estaba a punto de cometer; el segundo, el capitán de un petrolero que se había jubilado antes de tiempo gracias a una herencia. Con este, la cosa habría podido convertirse en algo más serio, pero ella decidió cortar. Aquel hombre, que se apellidaba Lococo o Lococco —el comisario no lo entendió muy bien—, la inquietaba y la ponía nerviosa. Ingrid tenía una capacidad extraordinaria para describir los aspectos cómicos y grotescos de sus hombres y Montalbano se lo pasó muy bien con ella. Fue una velada más relajante que un masaje.

A pesar de una ducha eterna y de cuatro cafés seguidos, cuando se sentó al volante de su coche aún tenía la cabeza aturdida por el exceso de *whisky* de la víspera. Por lo demás, se sentía completamente restablecido.

—*Dottori*, ¿se ha recuperado de la molestia? —le preguntó Catarella.

—Me he recuperado, gracias.

—*Dottori*, lo vi en la tele. ¡Virgen santa, qué corporación tiene!

Una vez en su despacho, llamó a Fazio, que se presentó de inmediato, devorado por la curiosidad de saber qué había dicho el doctor Pasquano. Sin embargo, no preguntó ni dijo nada. Sabía que el comisario estaba viviendo unos días muy negros y a la mínima prendería como una cerilla. Montalbano esperó a que se sentara, fingiendo que estudiaba unos papeles. Lo hacía por pura y simple perversidad, pues había visto la pregunta dibujada en los labios de Fazio. Quería tenerlo en ascuas. De pronto, sin levantar la vista de los papeles, dijo:

—Homicidio.

Pillado por sorpresa, Fazio pegó un brinco en la silla.

—¿Le pegaron un tiro?

—No.

—¿Lo apuñalaron?

—No. Lo ahogaron.

—¿Y cómo ha podido el doctor Pasquano...?

—Pasquano ha echado un simple vistazo al cadáver y se ha formado una opinión. Pero es muy difícil que Pasquano se equivoque.

—¿Y en qué se basa?

El comisario se lo contó todo, y añadió:

—El hecho de que *Mistretta* no esté de acuerdo con Pasquano puede sernos de mucha ayuda. En el informe, en el apartado «causa de la defunción», *Mistretta* seguramente escribirá «ahogamiento», aunque utilizando terminología científica, naturalmente. Y eso nos protegerá. Podremos trabajar en paz sin que el jefe superior, la Brigada Móvil y compañía nos toquen los cojones.

—Y yo ¿qué tengo que hacer?

—En primer lugar, pide que te envíen una ficha con todos los datos personales de los que dispongan: estatura, color del cabello, edad, cosas de ese tipo.

—Y también una fotografía.

—Fazio, ¿tú viste en qué estado se encontraba? ¿A tu juicio aquello era un rostro?

Fazio puso cara de decepción.

—Puedo decirte, si te sirve de consuelo, que es posible que cojeara, pues tenía una antigua herida de bala en la pierna.

—Aun así, será difícil identificarlo.

—Tú inténtalo. Y comprueba las denuncias de desaparición. Pasquano dice que el muerto llevaba por lo menos un mes de crucero.

—Lo intentaré —dijo Fazio en tono dubitativo.

—Tengo que salir. Estaré fuera un par de horas.

Se dirigió al puerto, se detuvo, bajó del coche y se encaminó hacia el muelle donde permanecían amarradas dos embarcaciones de pesca, las otras ya llevaban un buen rato faenando. Tuvo suerte, la «Madre di Dio» aún se encontraba allí, pues estaban revisando el motor. Se acercó y vio al patrón, Ciccio Albanese, que estaba en la cubierta dirigiendo las operaciones.

—¡Ciccio!

—Comisario, ¿es usted? Voy ahora mismo.

Se conocían desde hacía tiempo y congeniaban. Albanese tenía más de sesenta años y el rostro curtido por el aire salado. Llevaba faenando desde los seis y se decía que nadie conocía como él la mar entre Vigàta y Malta y entre Vigàta y Túnez. Era capaz de corregir cartas náuticas y portulanos. En el pueblo se rumoreaba que, en épocas de escasez de trabajo, no había desdeñado dedicarse al contrabando de cigarrillos.

—¿Te molesto, Ciccio?

—No, señor comisario. Usía nunca molesta.

Montalbano le explicó lo que quería de él. Albanese se limitó a preguntar cuánto tiempo le llevaría. El comisario se lo dijo.

—Chicos, vuelvo dentro de un par de horas.

Y siguió a Montalbano, que ya estaba dirigiéndose a su coche. Efectuaron el trayecto en silencio. El vigilante del depósito de cadáveres le dijo al comisario que el doctor Mistretta aún no había llegado y que solo estaba su ayudante Jacopello. Montalbano lanzó un suspiro de alivio. El posible encuentro con Mistretta le habría estropeado el resto del día. A Jacopello, que era un fidelísimo colaborador de Pasquano, se le iluminó el rostro al ver al comisario.

—¡Dichosos los ojos!

El comisario sabía que con Jacopello no era necesario ir con tapujos.

—Este es mi amigo Ciccio Albanese, un hombre de mar. Si hubiera estado aquí Mistretta, le habríamos dicho que mi amigo deseaba ver el cadáver porque temía que fuera un marinero suyo que había caído al agua. Pero contigo no hace falta hacer comedia. Si Mistretta te pregunta, ya sabes la respuesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Acompáñenme.

Con el paso del tiempo, la palidez del cadáver se había acentuado. Su piel parecía la de una cebolla extendida sobre un esqueleto. Había trozos de carne adheridos aquí y allá, a la buena de Dios. Mientras Albanese lo estudiaba, Montalbano le preguntó a Jacopello:

—¿Tú conoces la opinión del doctor Pasquano sobre cómo murió este pobre hombre?

—Por supuesto. Estuve presente en la discusión. Mistretta se equivoca. Mire usía mismo.

Los surcos circulares y profundos alrededor de las muñecas y los tobillos habían adquirido, entre otras señales, una especie de color grisáceo.

—Jacopè, ¿conseguirás convencer a Mistretta de que mande realizar el examen de los tejidos?

Jacopello soltó una carcajada.

—¿Qué se apuesta a que lo logro?

—¿Apostar contigo? Jamás.

Jacopello era famoso por su afición a las apuestas. Apostaba sobre toda suerte de cosas, desde las previsiones meteorológicas a cuántas personas fallecerían de muerte natural en una semana; pero lo bueno era que raras veces perdía.

—Le diré que, por si acaso, es mejor realizar el análisis. ¿Qué sucedería si el comisario Montalbano descubría más tarde que no había sido una desgracia, sino un homicidio? Mistretta prefiere ir de culo antes que hacer el ridículo. Pero se lo advierto, comisario, los análisis llevarán tiempo.

Solo durante el camino de regreso, Albanese decidió abandonar su mutismo. Abrió la boca y musitó:

—¡En fin!...

—En fin ¿qué? —replicó, molesto, el comisario—. ¿Te pasas media hora mirando el cadáver y lo único que se te ocurre decir es «en fin»?

—Todo esto es muy raro —dijo Albanese—. Con la de ahogados que yo he visto... Pero este es...

Dejó la frase sin terminar, distraído por un pensamiento.

—Según el doctor, ¿cuánto tiempo llevaba en el agua?

—Aproximadamente un mes.

—No, señor comisario. Como mínimo, dos meses.

—Si llevara dos meses, no habríamos encontrado el cadáver, sino solo trozos.

—Eso es lo raro.

—Explícate mejor, Ciccio.

—Mire, no me gusta decir chorradas, pero...

—¡Si supieras las que digo y hago yo! ¡Ánimo, Ciccio!

—¿Ha visto las heridas causadas por las rocas?

—Sí.

—Son superficiales, *dottore*. Hace un mes hubo diez días seguidos de mar gruesa. Si el cuerpo hubiera golpeado contra las rocas, no habría sufrido ese tipo de heridas. Lo más probable es que se le hubiera desprendido la cabeza, que se le hubieran roto las costillas y que un saliente de roca lo hubiera traspasado.

—A lo mejor, durante esos días malos que tú dices, el cadáver se encontraba en mar abierto y no tropezó con ninguna roca.

—¡Comisario, usía lo ha encontrado en una zona donde las corrientes van a la inversa!

—¿Qué quieres decir?

—¿Lo ha encontrado delante de Marinella?

—Sí.

—Pues allí hay unas corrientes que o llevan a mar abierto o siguen paralelas a la costa. En cuestión de dos días el cadáver habría llegado a cabo Russello. Usía puede poner la mano sobre el fuego.

Montalbano se calló y se puso a pensar. Después dijo:

—Eso de las corrientes tendrías que explicármelo mejor.

—Cuando quiera usía.

—¿Tienes tiempo esta noche?

—Sí, señor. ¿Por qué no viene a cenar a mi casa? Mi mujer nos preparará unos salmonetes de roca como solo ella sabe.

¡De pronto, más que hacérsele la boca agua, la lengua de Montalbano se ahogó en saliva!

—Gracias. Pero dime, Ciccio, ¿tú qué piensas?

—¿Le puedo hablar en confianza? En primer lugar, las rocas no dejan heridas como las que el muerto tenía alrededor de las muñecas y los tobillos.

—De acuerdo.

—A este hombre lo ahogaron tras haberlo atado de pies y manos.

—Utilizando alambre, según Pasquano.

—Exactamente. Después pusieron el cadáver a macerar en agua de mar, en algún lugar protegido. Cuando les pareció que ya había alcanzado el punto de salmuera necesario, lo botaron.

—¿Y por qué esperaron tanto?

—Comisario, quien lo haya hecho quería hacer creer que el muerto venía de muy lejos.

Montalbano lo estudió con admiración. Ciccio Albanese, hombre de mar, no solo había llegado a las mismas conclusiones que Pasquano, hombre de ciencia, y que Montalbano, hombre de lógica policíaca, sino que, además, había dado un gran paso adelante.

Cuatro

Pero estaba escrito que el comisario no podría percibir ni de lejos los efluvios de los salmonetes de roca que había preparado la mujer de Ciccio Albanese. Hacia las ocho de la tarde, cuando ya se disponía a abandonar su despacho, recibió una llamada del subjefe Riguccio. Se conocían desde hacía años y, a pesar de que se caían bien, la relación entre ellos era puramente de trabajo. Faltaba poco para llegar a la amistad, pero no se decidían a dar el paso.

—¿Montalbano? Perdona, ¿hay alguien en tu comisaría que use gafas con cristales de tres dioptrías?

—Pues... no sé —contestó el comisario—. Aquí hay dos agentes que llevan gafas, Cusumano y Torretta, pero ignoro la graduación de sus lentes. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Es un censo ordenado por tu querido y amado ministro del Interior?

Las ideas políticas de Riguccio, muy cercanas al nuevo gobierno, eran bien conocidas.

—No tengo tiempo para bromas, Salvo. Mira a ver si me encuentras unas gafas que puedan servirme y me las mandas cuanto antes. Las mías se me han roto, y sin ellas me siento perdido.

—¿No tienes un par de recambio en el despacho? —preguntó Montalbano mientras llamaba a Fazio.

—Sí, pero en Montelusa.

—¿Dónde estás entonces?

—Aquí en Vigàta, en la zona del puerto. Servicio turístico.

El comisario le explicó a Fazio la petición del subjefe.

—¿Riguccio?... He mandado que busquen unas. ¿Cuántos turistas habéis cogido esta vez?

—Por lo menos ciento cincuenta, en dos de nuestras patrulleras. Navegaban en dos barcazas que hacían agua y estaban a punto de embarrancar contra las rocas de Lampedusa. Por lo que he podido entender, los patrones los han abandonado en alta mar. Casi se ahogan todos. ¿Sabes una cosa, Montalbà? No aguanto ver a todos estos desgraciados que...

—Díselo a tus amigos del Gobierno.

Fazio regresó con unas gafas.

—El cristal izquierdo tiene tres dioptrías, y el derecho dos y medio.

Montalbano comunicó la información.

—Perfecto —dijo Riguccio—. ¿Puedes enviármelas? Las patrulleras están a punto de atracar.

Montalbano decidió, quién sabe por qué, llevarle él mismo las gafas en persona personalmente, como decía Catarella. En el fondo, Riguccio era todo un caballero. No importaba si llegaba con un poco de retraso a casa de Ciccio Albanese.

Se alegraba de no encontrarse en el lugar de Riguccio. El jefe superior se había puesto de acuerdo con la Capitanía, la cual comunicaba a la Jefatura Superior de Montelusa las llegadas de inmigrantes clandestinos. Entonces Riguccio se desplazaba a Vigàta con una caravana de autocares requisados, vehículos cargados de policías, ambulancias y *jeeps*. Y cada vez, tragedias y escenas de llanto y de dolor. Había que atender a mujeres que estaban a punto de dar a luz, a chiquillos extraviados en medio de todo aquel jaleo, a personas que habían perdido el juicio o se habían puesto enfermas durante la interminable travesía transcurrida en cubierta, expuestas al agua y al viento. Cuando desembarcaban, la fresca brisa del mar no conseguía disipar el insoportable olor que despedían, que no era de gente que no se lava, sino olor de miedo, de angustia, de sufrimiento, de desesperación llevada hasta aquel límite más allá del cual queda solo la esperanza de la muerte. Imposible permanecer indiferente. Por eso Riguccio le había confesado que no aguantaba más.

Cuando el comisario llegó al puerto, la primera patrullera ya había colocado la pasarela. Los policías estaban dispuestos en dos filas, formando una especie de pasillo humano hasta el primer autocar, que esperaba con el motor en marcha. Riguccio, que se encontraba al pie de la pasarela, se puso

las gafas sin apenas darle las gracias a Montalbano. El comisario tuvo la impresión de que su compañero ni siquiera lo había reconocido de tan ocupado como estaba controlando la situación.

Después Riguccio dio la orden de desembarco. La primera en bajar fue una negra con una tripa tan voluminosa que parecía que fuera a dar a luz de un momento a otro. No podía dar ni un paso. La ayudaban un marinero de la patrullera y un negro. Cuando llegaron a la ambulancia, se produjo cierto alboroto porque el negro quería subir con la mujer. El marinero trató de explicarles a los agentes que seguramente era el marido, pues se había pasado la travesía abrazado a ella. No hubo manera, no era posible. La ambulancia se alejó con la sirena encendida. El marinero cogió del brazo al negro, que se había echado a llorar, y lo acompañó hasta el autocar, intentando consolarlo. Dominado por la curiosidad, el comisario se acercó. El marinero hablaba en dialecto —debía de ser veneciano o de por allí—, y el negro no entendía nada, pero se sentía reconfortado por el tono afectuoso de sus palabras.

Montalbano había decidido regresar a su coche, cuando vio a cuatro jóvenes inmigrantes que se tambaleaban por la pasarela como si estuvieran borrachos. Por un instante, nadie comprendió lo que estaba ocurriendo, pero enseguida vieron aparecer por entre las piernas de los cuatro a un chiquillo de unos seis años. Con la misma rapidez con que había aparecido, se escabulló en un visto y no visto entre las dos filas de policías. Mientras dos agentes echaban a correr tras él, Montalbano vio fugazmente cómo el chiquillo, con el instinto de un animal acorralado, se dirigía hacia la zona menos iluminada del muelle, donde quedaban los restos de un viejo silo a cuyo alrededor, por motivos de seguridad, habían levantado un muro. Sin saber qué lo indujo a hacerlo, gritó:

—¡Quietos! ¡Soy el comisario Montalbano! ¡Yo me encargo de él!

Los agentes obedecieron. El comisario, mientras tanto, había perdido de vista al niño, pero la dirección que había tomado solo podía conducirlo a un lugar, a una especie de callejón sin salida entre la pared posterior del viejo silo y el muro del puerto. No tenía escapatoria. Por si fuera poco, estaba lleno de bidones y botellas vacías, había centenares de cajas de pescado rotas y por lo menos dos o tres motores averiados de embarcaciones de pesca. Si ya era difícil moverse en medio de todo aquel jaleo de día, podía uno imaginarse lo

que sería bajo la pálida luz de una farola. En la certeza de que el niño lo estaba observando, fingió tomárselo con calma, caminó despacio, colocando un pie detrás del otro, e incluso encendió un cigarrillo. Al llegar a la entrada del callejón, se detuvo y dijo en tono tranquilo:

—Sal, pequeño, no te haré nada.

No hubo respuesta. Pero, aguzando el oído por encima de los ruidos del muelle, un alboroto de voces, llantos, quejidos, maldiciones, pitidos de claxon, sirenas y derrapes, percibió con claridad el leve jadeo y la afanosa respiración del chiquillo, que debía de estar escondido a pocos metros de distancia.

—Venga, sal de ahí, te prometo que no te haré nada.

Oyó un crujido. Procedía de una caja de madera que estaba justo delante de él. Seguro que el pequeño estaba acurrucado detrás de ella. Hubiera podido pegar un brinco y atraparlo, pero prefirió permanecer inmóvil. Enseguida vio aparecer lentamente las manos, los brazos, la cabeza y el pecho. El resto del cuerpo quedaba oculto por la caja. El niño mantenía las manos levantadas en señal de rendición y sus ojos estaban enormemente abiertos a causa del terror, pero se esforzaba por no llorar ni dar muestras de debilidad.

Pero ¿de qué rincón del infierno procedía —se preguntó Montalbano, repentinamente turbado—, si ya a su edad había aprendido aquel terrible gesto de las manos levantadas, que con toda certeza no había visto ni en el cine ni en la televisión?

La respuesta le acudió de inmediato. De pronto, en su cabeza estalló una especie de relámpago, un auténtico *flash*. Y en el interior de aquel relámpago desaparecieron la caja, el callejón, el puerto, la propia Vigàta, todo desapareció y resurgió, reordenado en la magnitud de una vieja fotografía en blanco y negro que había visto hacía muchos años, tomada durante la guerra, antes de que él naciera, y en la que se veía a un niño judío, o polaco, con las manos en alto, los mismos ojos enormemente abiertos y la misma voluntad de no echarse a llorar mientras un soldado lo apuntaba con un fusil.

El comisario sintió una aguda punzada en el pecho, un dolor que lo dejó sin respiración. Cerró atemorizado los párpados y volvió a abrirlos. Finalmente todo recuperó sus proporciones normales bajo una luz real y el

pequeño dejó de ser judío o polaco y volvió a ser un niño negro. Montalbano dio un paso hacia delante, le tomó las manos heladas y las estrechó entre las suyas. Se quedó un rato así, esperando transmitir un poco de su calor a aquellos dedos negros como el carbón. Solo cuando notó que empezaba a relajarse, dio el primer paso, cogiéndolo de la mano. El pequeño lo siguió dócilmente. Entonces, a traición, a Montalbano le vino a la mente François, el pequeño tunecino que habría podido convertirse en su hijo, como quería Livia. Consiguió parar a tiempo la conmoción a costa de morderse el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar. El desembarco seguía.

A lo lejos vio a una mujer más bien bajita que se agitaba como una marea con dos chiquillos pegados a sus faldas. Gritaba palabras incomprensibles, mientras se tiraba de los pelos, golpeaba el suelo con los pies y se arrancaba la camisa. Tres agentes trataban infructuosamente de calmarla. De pronto, la mujer se percató de la presencia del comisario y del niño y entonces no hubo manera. Empujó con todas sus fuerzas a los agentes y corrió con los brazos extendidos hacia la pareja. En ese momento, ocurrieron dos cosas. La primera de ellas fue que Montalbano advirtió con toda claridad que el pequeño, al ver a su madre, se tensaba como si quisiera escaparse de nuevo. ¿Por qué se comportaba de aquella manera, en vez de correr a su encuentro? Montalbano lo miró y observó con asombro que el pequeño lo miraba a él, y no a su madre, con una desesperada súplica en los ojos. Quizá quería que lo dejara escapar de nuevo por temor a que su madre lo zurrara por su fuga. Lo segundo que ocurrió fue que, en su carrera, la mujer tropezó y cayó al suelo. Los agentes intentaron levantarla, pero no lo consiguieron. La mujer se tocaba la rodilla izquierda, gimiendo, al tiempo que hacía señas al comisario para que le acercara a su hijo. En cuanto el pequeño estuvo a su lado, lo abrazó y lo cubrió de besos. Pero no conseguía levantarse. Lo intentaba, pero volvía a caer. Entonces alguien avisó a una ambulancia. Bajaron dos auxiliares sanitarios y uno de ellos, muy delgado y con bigote, se inclinó sobre la mujer y le tocó la pierna.

—Creo que se la ha fracturado —dijo.

La subieron a la ambulancia con los tres niños y se fueron. En ese momento comenzaban a bajar los de la segunda patrullera, pero el comisario ya había decidido regresar a Marinella. Consultó el reloj: eran casi las diez.

Habría sido inútil presentarse en casa de Ciccio Albanese. Adiós salmonetes de roca... A esas horas ya no lo esperaban. Además, se le había cerrado el estómago y se le había pasado por completo el apetito.

En cuanto llegó a Marinella llamó por teléfono. Ciccio Albanese le dijo que lo habían esperado hasta que comprendieron que ya no iría.

—Pero sigo estando a su disposición para explicarle lo de las corrientes.

—Gracias, Ciccio.

—Mañana no salgo a faenar. Si quiere puedo pasarme por la comisaría para hablar con usía. Llevaré los cartapacios.

—De acuerdo.

Se pasó un buen rato bajo la ducha para lavarse las escenas que había presenciado y que sentía, reducidas a invisibles fragmentos, en el interior de sus poros. Se puso el primer par de pantalones que encontró a mano y se dirigió a la sala de estar para hablar con Livia. Alargó la mano hacia el auricular, y el teléfono se puso a sonar. Apartó de golpe la mano como si hubiera tocado fuego. Una reacción instintiva e incontrolada, por supuesto, pero servía para demostrar que, a pesar de la ducha, las imágenes del puerto aún le rondaban por la cabeza y le provocaban una honda desazón.

—Hola, cariño. ¿Estás bien?

De repente, sintió la necesidad de tener a Livia a su lado, de abrazarla y dejar que lo consolara. Pero, siendo como era, se limitó a contestar:

—Sí.

—¿Se te ha pasado el resfriado?

—Sí.

—¿Del todo?

Tendría que haberse dado cuenta de que Livia le estaba tendiendo una trampa, pero estaba demasiado nervioso y tenía la cabeza en otro sitio.

—Del todo.

—Eso quiere decir que Ingrid te ha cuidado muy bien. Dime qué te hizo. ¿Te metió en la cama? ¿Te arrebujó con la colcha? ¿Te cantó una nana?

¡Había caído como un tonto! Lo único que podía hacer era contraatacar.

—Mira, Livia, he tenido un día muy ajetreado. Estoy muy cansado y no tengo ganas de...

—¿Tan cansado estás?

—Sí.

—¿Por qué no llamas a Ingrid para que te reconforte?

Con Livia, siempre perdería ese tipo de guerras. Puede que fuera más conveniente utilizar una estrategia defensiva.

—¿Por qué no vienes tú?

Su intención era meramente táctica, pero le salió con tal sinceridad que Livia se quedó perpleja.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. ¿Qué día es hoy, martes? Bueno, pues mañana vas al despacho y dices que te adelanten unos días de vacaciones. Después coges un avión y te vienes.

—Es que...

—Nada de es que.

—Salvo, si dependiera de mí..., pero tenemos mucho trabajo en el despacho. De todos modos, lo intentaré.

—Entre otras cosas, quiero contarte algo que me ha ocurrido esta noche.

—Cuéntamelo ahora, anda...

—No, te quiero *taliare*, perdón, te quiero mirar a los ojos mientras hablo.

Se pasaron media hora hablando por teléfono. Y les habría gustado seguir más tiempo.

Pero la llamada le hizo perderse el telediario de Retelibera.

Pese a ello, encendió el televisor y sintonizó con Telegata.

En ese momento decían que, mientras ciento cincuenta inmigrantes clandestinos eran obligados a desembarcar en Vigàta, había ocurrido una tragedia en Scroglitti, en la parte oriental de la isla. Allí hacía mal tiempo, y una patera atestada de aspirantes a inmigrantes se había estrellado contra las rocas. De momento, se habían recuperado quince cadáveres.

—Pero el número de víctimas puede ser mayor —dijo un periodista, utilizando por desgracia una frase hecha.

Entre tanto, se mostraban imágenes de cuerpos de ahogados, de brazos que colgaban inertes, de cabezas echadas hacia atrás, de niños envueltos en inútiles mantas que ya jamás podrían dar calor a la muerte, de rostros desencajados de socorristas, de convulsas carreras hacia las ambulancias, de un cura que rezaba arrodillado. «Estremecedoras, sí, pero estremecedoras ¿para quién?», se preguntó el comisario. A fuerza de ver aquellas imágenes tan distintas y parecidas a la vez, uno acababa acostumbrándose a ellas. Uno las contemplaba, decía «pobrecitos» y seguía saboreando su plato de espaguetis con almejas.

Sobre el fondo de aquellas imágenes apareció la cara de culo de gallina de Pippo Ragonese.

—En casos como estos —dijo el redactor político estrella de la cadena— es absolutamente necesario recurrir a la frialdad de la razón y no dejarse dominar por la reacción instintiva de los sentimientos. Hay que reflexionar acerca de un hecho fundamental: nuestra civilización cristiana no puede desvirtuarse desde los cimientos a causa de las hordas incontroladas de desesperados y delincuentes que desembarcan a diario en nuestras costas. Esta gente representa un auténtico peligro para nosotros, para Italia, para todo el mundo occidental. La ley Cozzi-Pini, recientemente aprobada por nuestro gobierno, es, por más que diga la oposición, el único y verdadero baluarte contra la invasión. Pero oigamos a este respecto la opinión de un preclaro hombre político, el honorable diputado Cenzo Falpalà.

Falpalà era un sujeto con cara de pocos amigos.

—Solo tengo un breve comentario que hacer. La ley Cozzi-Pini está demostrando su eficacia, y, si mueren los inmigrantes, ello se debe a que la ley permite que se persiga a los patrones que, en caso de dificultad, no tienen el menor reparo en arrojar al mar a los desesperados para no correr el peligro de ser detenidos. Solo quisiera añadir que...

Montalbano se levantó de un salto y cambió de canal, más que enfurecido, abrumado por aquella presuntuosa estupidez. Los muy ilusos, a través de medidas policiales y decretos-ley, creían poder detener una migración que marcaría un período de la historia. De pronto recordó que una vez había visto, en un pueblo toscano, los goznes de la puerta de la iglesia vueltos del revés. Un lugareño al que había preguntado le contó que, en la

guerra, los nazis encerraron allí a los hombres del pueblo y empezaron a arrojar bombas de mano desde arriba. Los hombres, presa de la desesperación, forzaron la puerta y consiguieron abrirla en sentido contrario al habitual. Muchos habían logrado escapar.

Pues bien: aquella gente que llegaba de los lugares más pobres y devastados del mundo llevaba dentro de sí una fuerza y una desesperación capaces de hacer girar los goznes de la historia en sentido contrario, a despecho de Cozzi, Pini, Falpalà y compañía, que eran a un tiempo la causa y el efecto de un mundo habitado por terroristas que mataban a tres mil norteamericanos de golpe, por norteamericanos que calificaban de «efectos colaterales» los cientos de civiles que perdían la vida en sus bombardeos, por automovilistas que despanzurraban a personas y no se detenían a prestarles ayuda, por madres que mataban a sus hijos en la cuna sin motivo, por hijos que estrangulaban a madres, padres, hermanos y hermanas por dinero. Un mundo de falsos balances que, según las nuevas normas, ya no tenían que ser considerados falsos; un mundo donde gente que debería estar en la cárcel no solo gozaba de libertad sino que, encima, hacía y dictaba leyes.

Para serenarse un poco, siguió cambiando de canal hasta detenerse en la imagen de dos veleros muy rápidos que disputaban una regata.

—El esperado enfrentamiento entre las dos embarcaciones rivales de siempre, el «Stardust» y el «Brigadoon», está tocando a su fin, y todavía no conseguimos pronosticar cuál de ellas será la ganadora de esta interesantísima competición. La próxima virada será indudablemente decisiva —dijo el comentarista.

Apareció una vista panorámica desde un helicóptero. Detrás de las dos que navegaban en cabeza seguían otras diez embarcaciones.

—Están llegando a la boya —gritó el comentarista.

Uno de los dos veleros viró con suma elegancia, efectuó una trasluchada y cambió de bordada.

—Pero ¿qué le ocurre al «Stardust»? Aquí hay algo que no marcha —dijo el comentarista en tono alterado.

El «Stardust» no había dado la menor señal de querer efectuar el giro. Al contrario, navegaba con más fuerza que antes, con el viento de popa. ¿Cómo era posible que no hubiera reparado en la boya? Y entonces ocurrió lo nunca

visto. El «Stardust», evidentemente fuera de control, tal vez con el timón ingobernable, embistió con violencia contra una embarcación que se interponía en su camino.

—¡Es increíble! ¡Ha alcanzado de lleno al barco de los jueces de la regata! ¡Ambas embarcaciones se están hundiendo! ¡Ya se acercan los primeros auxilios! ¡Es increíble! Parece que no hay heridos. ¡Pueden creerme, amigos, en todos los años que llevo retransmitiendo competiciones náuticas, jamás había visto nada parecido!

Y aquí al comentarista le entró la risa. Montalbano también se rio mientras apagaba el televisor.

Durmió muy mal, acosado por pesadillas de las que se despertaba sobresaltado. Una le llamó especialmente la atención. Se encontraba en compañía del doctor Pasquano, que se disponía a practicarle la autopsia a un pulpo.

Nadie parecía sorprendido. Pasquano y sus ayudantes se comportaban como si se tratara de algo normal. Solo Montalbano estaba desconcertado.

—Perdone, doctor —preguntaba—, pero ¿desde cuándo se practica la autopsia a los pulpos?

—¿No lo sabe? Es una nueva disposición ministerial.

—Ah. Y después, ¿qué hacen con los restos?

—Se reparten entre los pobres para que se los coman.

Pero el comisario seguía sin entenderlo.

—No consigo comprender el porqué de esta disposición.

Pasquano lo miraba un buen rato y después contestaba:

—Porque las cosas no son lo que parecen.

Y entonces Montalbano recordaba que el médico había dicho aquella misma frase a propósito del cadáver que había encontrado en el mar.

—¿Quiere verlo? —preguntaba Pasquano, levantando el bisturí y abriendo.

De pronto, el pulpo se transformaba en un niño, un niño negro. Muerto, por supuesto, pero con los ojos todavía abiertos.

Mientras se afeitaba, volvió a recordar las escenas de la víspera en el muelle. Ahora, con la mente fría, tenía la sensación de que algo no cuadraba, un detalle fuera de lugar. Le sobrevino una sensación de malestar e incomodidad.

Repasó las escenas, una a una, intentando enfocarlas mejor. Nada. Se hundió en el desánimo. Aquello era un síntoma inequívoco de vejez. En otro tiempo habría detectado con toda certeza el fallo, el detalle que desentonaba en el conjunto.

Mejor no pensar más en ello.

Cinco

En cuanto entró en su despacho llamó a Fazio.

—¿Hay alguna novedad?

Fazio lo miró con asombro.

—*Dottore*, aún no he tenido tiempo de nada. He examinado, eso sí, las denuncias de desaparición, tanto aquí como en Montelusa.

—¡Ah, muy bien!... —dijo el comisario con el rostro enfurruñado.

—*Dottore*, ¿por qué se burla de mí?

—¿Tú crees que aquel cadáver regresaba a casa nadando a primera hora de la mañana?

—No, señor, pero había que probarlo. He preguntado por ahí, pero al parecer nadie lo conoce.

—¿Has pedido la ficha?

—Sí, señor. Unos cuarenta años de edad, uno setenta y cuatro de estatura, cabello negro, ojos marrones. Constitución robusta. Señales peculiares: una antigua cicatriz en la pierna izquierda, justo debajo de la rodilla. Probable cojera.

—No es como para echar las campanas al vuelo.

—Ya. Por eso he hecho una cosa.

—¿Qué has hecho?

—Bueno, teniendo en cuenta que a usía no le cae precisamente bien el *dottor* Arquà, he ido a la Científica y le he pedido un favor a un amigo.

—¿Cuál?

—Que me creara por ordenador el probable rostro del muerto. Esta misma tarde estará listo.

—Mira que yo no le pido un favor a Arquà ni aunque me maten...

—No se preocupe, *Dottore*, quedará entre mi amigo y yo.

—Y mientras tanto, ¿qué piensas hacer?

—El viajante de comercio. Ahora tengo que terminar unos asuntos pendientes que quiero quitarme de encima, pero después cogeré el coche, el mío, y recorreré los pueblos de la costa, tanto los de levante como los de poniente. A la primera novedad que descubra, se lo comunicaré de inmediato.

En cuanto salió Fazio, la puerta golpeó violentamente contra la pared. Pero Montalbano ni siquiera se movió, seguramente era Catarella. Ya estaba acostumbrado a sus entradas. ¿Qué podía hacer? ¿Pegarle un tiro? ¿Mantener la puerta del despacho siempre abierta? No le quedaba más remedio que tener paciencia.

—*Dottori*, perdone, se me ha ido la mano.

—Adelante, Catarè.

Una frase que por su entonación era perfectamente equiparable al legendario «adelante, imbécil» de los célebres cómicos los Hermanos De Rege.

—*Dottori*, como esta mañana de buena mañana tilifonó un periodista preguntando por usted en persona personalmente, yo quería avisarle de que dijo que volverá a tilifoniar.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—Poncio Pilato, *dottori*.

¿Poncio Pilato? ¡Como si Catarella fuera capaz de repetir con exactitud un nombre y un apellido!

—Catarè, cuando vuelva a llamar Poncio Pilato, le dices que estoy reunido con Caifás en el Sanedrín.

—¿Ha dicho Caifás, *dottori*? Seguro que no se me olvida.

Pero no se retiraba de la puerta.

—¿Qué ocurre, Catarè?

—Anoche nocturnamente muy tarde vi a usía en la televisión.

—Catarè ¿pero es que tú te pasas todo el tiempo libre viéndome en la televisión?

—No, señor *Dottori*, fue una casualidad.

—¿Qué era, una repetición de cuando estaba desnudo? ¡Por lo visto, he subido la audiencia!

—No, señor *Dottori*, estaba vestido. Lo vi pasada la medianoche en Retelibera. Estaba en el muelle y les decía a dos de los nuestros que se retiraran, que usía se encargaba de todo. ¡Virgen santa, qué bien mandaba, *dottori*!

—Bueno, Catarè. Gracias, puedes retirarte.

Catarella lo tenía muy preocupado. No porque dudara de su normalidad sexual, sino porque, si presentaba la dimisión, como ya tenía decidido, el pobre sufriría terriblemente, como un perro abandonado por su amo.

Ciccio Albanese se presentó sobre las once con las manos vacías.

—¿No traes los cartapacios que me habías dicho?

—Si le hubiera enseñado las cartas náuticas, ¿usía las habría entendido?

—No.

—Pues entonces, ¿para qué traerlas? Mejor que se lo explique de palabra.

—Permíteme una pregunta, Ciccio. ¿Los patrones de las embarcaciones de pesca utilizáis todas las cartas?

Albanese lo miró, estupefacto.

—¿Bromea usted? El trozo de mar que a nosotros nos interesa nos lo conocemos de memoria. En parte nos lo enseñaron nuestros padres y en parte lo hemos aprendido por nuestra cuenta. Cuando hay alguna novedad, nos ayuda el radar. Pero la mar siempre es la misma.

—Entonces, ¿tú por qué las utilizas?

—Yo no las utilizo, *dottore*. Las examino y las estudio porque me gusta. Las cartas no me las llevo a bordo. Confío más en la práctica.

—Bueno, ¿qué puedes decirme?

—*Dottore*, en primer lugar tengo que decirle que esta mañana, antes de venir aquí, he ido a ver a 'u zù *Stefanu*, el tío Stefanu.

—Perdona, Ciccio, pero yo no...

—Su nombre es Stefano Lagùmina, pero lo llamamos 'u zù *Stefanu*. Tiene noventa y cinco años, pero no hay cabeza más lúcida que la suya. Aunque ya no navega, es el pescador más veterano de Vigàta. Primero tuvo un bou y después una barcaza. Lo que él dice va a misa.

—Veo que has querido asesorarte...

—Sí, señor. Quería estar seguro de mi teoría, y 'u zù *Stefanu* está de acuerdo conmigo.

—¿Y a qué conclusiones habéis llegado?

—Ahora se lo explico. El cuerpo ha sido arrastrado por una corriente superficial que avanza siempre a la misma velocidad de este a oeste y que nosotros conocemos muy bien. El lugar donde usía se ha cruzado con el cadáver, delante de Marinella, es el punto en el que la corriente discurre más cercana a la costa. ¿Me explico?

—Perfectamente. Sigue.

—Esa corriente es lenta. ¿Sabe a cuántos nudos avanza?

—No, ni quiero. Ni siquiera sé, y esto que quede entre nosotros, a qué corresponde un nudo o una milla.

—La milla son mil ochocientos cincuenta y un metros, con ochenta y cinco. En Italia. Porque, en cambio, en Inglaterra...

—Dejémoslo correr, Ciccio.

—Como quiera usía. Esa corriente viene de muy lejos y no es nuestra. Piense que ya la encontramos delante de cabo Passero. Es por allí por donde entra en nuestras aguas y recorre toda la costa hasta Mazara. Después sigue su camino.

¡Lo que significaba que el cuerpo podía haber sido arrojado al mar desde cualquier punto de la costa meridional de la isla! Albanese leyó la decepción en el rostro del comisario y acudió en su ayuda.

—Ya sé lo que está pensando. Pero tengo que decirle una cosa muy importante. Esa corriente, poco antes de llegar a Bianconara, es cortada por otra corriente más fuerte que avanza en sentido contrario. Por lo cual un cadáver que fuera arrastrado desde Pachino hacia Marinella, jamás llegaría a Marinella porque la segunda corriente lo enviaría al golfo de Fela.

—Por consiguiente, eso quiere decir que el asunto de mi muerto ocurrió con toda seguridad después de Bianconara.

—¡Justamente, *dottore*! Usía lo entiende todo.

Lo cual significaba que el posible campo de investigación se reducía a unos setenta kilómetros de costa.

—Y ahora le tengo que decir —añadió Albanese— que hablé también con 'u zù *Stefanu* del estado en que se encontraba el muerto cuando usted lo

encontró. Yo lo vi: el hombre era un cadáver de por lo menos dos meses.
¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Pero ahora le diré otra cosa: un cadáver no tarda dos meses en recorrer la distancia entre Bianconara y Marinella. Como mucho puede tardar entre diez y quince días, dependiendo de la velocidad de las corrientes.

—¿Entonces?

Ciccio Albanese se levantó y le tendió la mano a Montalbano.

—*Dottore*, responder a esa pregunta no es cosa de un marinero, eso es cosa de usía, que es comisario.

Perfecta interpretación de los papeles. A Montalbano solo le quedaba darle las gracias y acompañarlo hasta la puerta. Después llamó a Fazio.

—¿Tienes un mapa de la provincia?

—Voy a buscarlo.

Cuando Fazio volvió con él, el comisario le echó un vistazo y después dijo:

—Te comunico, para tu consuelo e información, que, según los datos que me ha facilitado Ciccio Albanese, el cadáver seguramente estuvo recorriendo las aguas entre Bianconara y Marinella.

Fazio lo miró estupefacto:

—¿Y qué?

El comisario se molestó.

—¿Cómo que y qué? ¡Eso reduce considerablemente las investigaciones!

—¡*Dottore*, en Vigàta hasta los cerdos y los perros saben que esa corriente empieza en Bianconara! ¡Yo jamás habría ido a pedir información hasta Fela!

—De acuerdo. Pero ahora sabemos que solo hay que visitar cinco pueblos.

—¿Cinco?

—¡Cinco, sí, señor! Ven a contarlos en el mapa.

—*Dottore*, los pueblos son ocho. A esos cinco hay que añadir Spigonella, Tricase y Bellavista.

Montalbano inclinó la cabeza sobre el mapa y la volvió a levantar.

—Este mapa es del año pasado. ¿Por qué no aparecen?

—Son pueblos que han surgido de manera ilegal.

—¡Pueblos! Serán cuatro casas que...

Fazio lo interrumpió, negando con la cabeza.

—No, señor *dottore*. Son auténticos pueblos. Los propietarios de las casas pagan al municipio el impuesto sobre bienes inmuebles. Disponen de alcantarillado, agua, electricidad y teléfono. Y cada año son más grandes. Saben que esas casas jamás serán derribadas, ningún político quiere perder votos. ¿Me explico? Después viene la recalificación, la anulación de las sanciones, y todos encantados de la vida. ¡No sabe usted la cantidad de chalets y casitas que han construido en primera línea de mar! Cuatro o cinco de ellos disponen de un pequeño muelle particular.

—¡Apártate de mi vista! —le ordenó Montalbano, enfurecido.

—*Dottore*, yo no tengo la culpa... —dijo Fazio mientras se retiraba.

A última hora de la mañana recibió dos llamadas que contribuyeron a empeorar su mal humor. La primera fue de Livia para decirle que no había conseguido que le adelantaran las vacaciones. La segunda fue de Jacopello, el ayudante de Pasquano.

—Comisario —dijo este en un susurro—. ¿Es usía?

—Sí, soy yo —contestó Montalbano, bajando instintivamente la voz.

Parecían dos conjurados.

—Disculpe que le hable así, pero no quiero que me oigan mis compañeros. Quería decirle que el doctor Mistretta ha adelantado la autopsia a esta mañana. Insiste en que se trata de un ahogamiento, lo que significa que no mandará realizar los análisis que quería el doctor Pasquano. He intentado convencerlo, pero no ha habido manera. Si hubiera apostado conmigo, habría ganado.

Y ahora ¿qué? ¿Cómo hacía para actuar oficialmente? El informe del imbécil de Mistretta en el que excluía la posibilidad del homicidio cerraba la puerta a cualquier investigación. Y el comisario no disponía ni siquiera de una denuncia de desaparición. No había excusa. De momento, aquel muerto era un *nuddru ammiscatu cu nenti*, una nada mezclada con nada. Pero, como decía Eliot en su poema «Muerte por agua», a propósito de Flebas, un fenicio

que murió ahogado —«Gentil o judío, / oh, tú que das vueltas a la rueda y contemplas la dirección del viento, / piensa en Flebas...»—, él también seguiría pensando en aquel muerto sin nombre. Era un compromiso insoslayable, pues había sido el propio muerto el que había ido a su encuentro a primera hora de una fría mañana.

* * *

Ya era hora de ir a comer. Sí, pero ¿adónde? La confirmación de que su mundo se estaba yendo al carajo la recibió el comisario apenas un mes después del G8, cuando, al término de una comida de muy señor mío, Calogero, el propietario-cocinero-camarero de la *trattoria* San Calogero, le anunció que, muy a su pesar, se retiraba.

—¿Me estás tomando el pelo, Calò?

—No, señor *dottore*. Como sabe usía, me han hecho dos «baipás» y tengo setenta y tres años cumplidos. El médico no quiere que siga trabajando.

—¿Y yo? —se le escapó involuntariamente a Montalbano.

De repente, se sintió tan desgraciado como un personaje de las novelas populares, la seducida y abandonada a la que echan de casa llevando en sus entrañas al hijo de la culpa, la pequeña vendedora de cerillas andando bajo la nieve, el huérfano que busca entre la basura algo que llevarse a la boca...

A modo de respuesta, Calogero extendió los brazos en un gesto de desconsuelo. Y después llegó el terrible día en que Calogero le dijo en voz baja:

—Mañana no venga. Está cerrado.

Se abrazaron casi llorando. Y así dio comienzo su particular vía crucis por restaurantes, *trattorias* y tabernas. Probó media docena de ellos, pero ni punto de comparación. No es que pudiera decirse que cocinaran mal, pero a todos les faltaba el toque indefinible de Calogero. Durante un tiempo, decidió volverse casero y comer en Marinella, en lugar de irse a cualquier *trattoria*. Adelina podía prepararle una comida al día, sí, pero eso presentaba un problema: si se lo comía todo al mediodía, por la noche debía conformarse con un poco de queso, o aceitunas, o sardinas saladas, o salami; si en cambio lo guardaba para la noche, resultaba que al mediodía se tenía que conformar con un poco de queso, o aceitunas, o sardinas saladas, o salami. A la larga, la

solución resultaba un poco deprimente. Por tanto, prosiguió la búsqueda, hasta que encontró un buen restaurante en la zona de cabo Russello, en la playa. Los platos eran abundantes y no muy caros. El problema era que entre ir, comer y regresar tardaba como mínimo tres horas y él no siempre disponía de tanto tiempo.

Aquel día decidió probar una *trattoria* que le había recomendado Mimì.

—¿Tú has comido allí? —le había preguntado Montalbano con recelo, pues no se fiaba ni un pelo del paladar de Augello.

—Yo no, pero un amigo mío que es más tiquismiquis que tú me ha hablado muy bien de ella.

Como la *trattoria*, que se llamaba Da Enzo, estaba situada en la parte alta del pueblo, el comisario se resignó a coger el coche. Fuera había una terraza cubierta con una chapa ondulada, mientras que la cocina debía de estar en el interior de la casa que había al lado. Todo ofrecía un aire improvisado y provisional que fue muy del agrado de Montalbano. Entró y se sentó a una mesa. Un enjuto hombre de unos sesenta años, que vigilaba con ojos penetrantes los movimientos de los dos camareros, se le acercó y se le plantó delante sin tan siquiera abrir la boca para saludarlo. Solo sonreía.

Montalbano lo miró con expresión inquisitiva.

—Ya lo sabía... —dijo entonces el hombre.

—¿Qué es lo que sabía?

—Que después de tanto ir de un lado a otro acabaría aquí. Lo esperaba.

Estaba claro que en el pueblo se había corrido la voz de su vía crucis como consecuencia del cierre de su *trattoria* habitual.

—Pues bien, aquí me tiene —dijo fríamente el comisario.

Ambos se miraron a los ojos. El desafío a lo OK Corral ya estaba lanzado. Enzo llamó a un camarero.

—Pon la mesa para el *dottor* Montalbano y vigila la sala mientras voy a la cocina. Yo me encargaré personalmente del comisario.

De entremés, le sirvió unos pulpitos a la sal que parecían estar hechos de mar condensado. Se deshacían nada más entrar en la boca. La pasta con tinta de jibia podía codearse dignamente con la de Calogero. Y en la parrillada de

salmonetes, lubinas y doradas, el comisario recuperó aquel paradisíaco sabor que temía haber perdido para siempre. Una melodía empezó a sonarle en el interior de la cabeza, una especie de marcha triunfal. Se repantigó satisfecho en su asiento, y después respiró hondo.

Tras una larga y azarosa travesía, Ulises había arribado finalmente a su tan ansiada Ítaca.

Reconciliado en parte con la existencia, subió al coche para dirigirse al puerto. Era inútil que pasara por la tienda de garbanzos tostados y semillas de calabaza saladas. A esas horas estaba cerrada. Dejó el coche en la dársena y paseó por el muelle. Se cruzó con el habitual pescador de caña que lo saludó con la mano.

—¿Qué, pican?

—Ni pagándoles dinero.

Se sentó en la roca que había bajo el faro, encendió un cigarrillo y aspiró el humo con deleite. Cuando terminó, arrojó la colilla al agua. Esta, impulsada por las olas, rozaba la roca sobre la que se encontraba sentado. Con la rapidez de un relámpago, le vino a la mente un pensamiento. Si en lugar de una colilla hubiera sido un cuerpo humano, este no habría rozado, sino que habría golpeado contra las rocas. Justo como había dicho Ciccio Albanese. Cuando levantó la vista, vio su coche en la dársena. Había aparcado en el mismo lugar en el que se había detenido con el niño negro cuando su madre se rompió la pierna. Se levantó, fue hasta el coche y regresó de inmediato a la comisaría; le había entrado curiosidad por saber cómo había terminado la historia. Seguramente la madre estaba en el hospital con la pierna escayolada. Entró en su despacho y llamó a Riguccio:

—¡Dios mío, Montalbà, lo siento!

—¿Qué es lo que sientes?

—No os he devuelto las gafas. ¡Me he olvidado por completo! Tengo un jaleo aquí que...

—Rigù, no te llamaba por las gafas. Quería preguntarte una cosa. ¿A qué hospitales enviáis a los heridos, enfermos, embarazadas...?

—En Montelusa hay por lo menos tres hospitales, uno de...

—Espera, solo me interesa saber dónde pueden estar los que desembarcaron anoche.

—Un momento...

Riguccio debió de revolver unos cuantos papeles, pues tardó en contestar:

—Ya lo tengo, en el San Gregorio.

Montalbano le dijo a Catarella que estaría fuera aproximadamente una hora. Subió al coche, se detuvo en un bar, compró tres tabletas de chocolate y se dirigió a Montelusa. El hospital de San Gregorio estaba en las afueras de la ciudad, pero desde Vigàta se llegaba muy rápido. Tardó unos veinte minutos. Aparcó y preguntó por el departamento en el que arreglaban los huesos. Tomó el ascensor, se bajó en la tercera planta y se dirigió a la primera enfermera que encontró.

Le dijo que buscaba a una inmigrante ilegal que la víspera se había roto una pierna al desembarcar en Vigàta. Añadió, para facilitar la identificación, que iba con tres niños. La enfermera lo miró un tanto perpleja.

—¿Quiere esperar aquí? Voy a ver.

Regresó al cabo de diez minutos.

—No, aquí no hay ingresada ninguna inmigrante ilegal con fractura de pierna. Tenemos una con fractura de brazo.

—¿Puedo verla?

—Perdone, pero ¿quién es usted?

—Soy el comisario Montalbano.

La enfermera le echó un vistazo. Debió de pensar que, en efecto, tenía pinta de policía, porque, sin más, dijo:

—Acompáñeme.

La inmigrante ilegal del brazo roto, en primer lugar, no era negra, aunque parecía que había tomado el sol, y, en segundo lugar, era agraciada, delgada y jovencita.

—Verá —dijo Montalbano un poco desconcertado—, anoche yo mismo vi cómo los auxiliares sanitarios se la llevaban en ambulancia...

—¿Por qué no pregunta en Urgencias?

¿Por qué no? Cabía la posibilidad de que los auxiliares se hubieran equivocado en el diagnóstico. Puede que la mujer hubiera sufrido una simple torcedura y no hubiera sido necesario ingresarla.

En el servicio de Urgencias, de los tres que estaban de servicio la víspera, ninguno recordaba haber visto a una mujer negra con la pierna rota y acompañada de tres niños.

—¿Quién era el médico de guardia?

—El doctor Mendolia. Pero hoy tiene el día libre.

Con mucho esfuerzo y soltando maldiciones, consiguió que le facilitaran su número de teléfono. El doctor Mendolia se mostró muy amable, pero firme: no había visto a ninguna inmigrante ilegal con la pierna fracturada. No, ni siquiera con una torcedura.

Cuando salió a la explanada del hospital, vio varias ambulancias aparcadas. No lejos de ellas, un grupo de personas enfundadas en batas blancas hablaban entre sí. Se acercó y reconoció de inmediato al enjuto auxiliar sanitario del bigote. Este también lo reconoció a él.

—¿Anoche no estaba usted en...?

—Sí. Soy el comisario Montalbano. ¿Adónde llevó a aquella mujer de la pierna rota que iba con tres niños?

—Al servicio de Urgencias de aquí. Pero no tenía la pierna rota, me había equivocado. Tanto es así que bajó sin ayuda, aunque con cierta dificultad. La vi entrar en el servicio de Urgencias.

—¿Por qué no la acompañó personalmente?

—Ay, señor comisario, nos estaban llamando para que fuéramos corriendo a Scroglitti. Allí había un jaleo que no se imagina. ¿Por qué? ¿Es que no la encuentra?

Seis

Riguccio, visto a la luz del día, tenía la cara amarillenta, unas acentuadas bolsas bajo los ojos y barba de dos días. Montalbano lo miró, impresionado.

—¿Te encuentras mal?

—Estoy cansado. Yo y mis hombres ya no podemos más. Cada noche hay un desembarco de entre un mínimo de veinte y un máximo de ciento cincuenta inmigrantes clandestinos. El jefe superior ha ido a Roma precisamente para explicar la situación y pedir más hombres. ¡Pero ya puedes imaginarte! Regresará acompañado de buenas palabras.

Cuando Montalbano le comunicó la desaparición de la inmigrante con los tres niños, Riguccio no dijo nada. Se limitó a levantar los ojos de su desordenado escritorio y a mirarlo en silencio.

—Te lo tomas con mucha calma... —le espetó el comisario.

—¿Qué tendría que hacer en tu opinión? —replicó Riguccio.

—Pues no sé, ordenar una investigación, enviar algún fax...

—Pero ¿es que la has tomado con esos desgraciados?

—¡¿Yo?!

—Sí, tú. Parece que los quieras mal.

—¿Que yo los quiero mal? ¡Eres tú el que estás de acuerdo con este Gobierno!

—No siempre. A veces sí, y a veces no. Mira, Montalbà, yo soy alguien que va a misa los domingos porque cree. Y punto. Te contaré lo que ha sucedido, hay precedentes. Verás, aquella mujer os tomó el pelo a ti y al personal de la ambulancia.

—¿La caída fue fingida?

—Sí, señor, puro teatro. Ella quería que la llevaran a Urgencias, porque saben que allí es más fácil escabullirse.

—Pero ¿por qué? ¿Tenía algo que esconder?

—Probablemente sí. A mi juicio, se trata de una reagrupación familiar.

—Explícate mejor.

—Casi con toda seguridad, su marido trabaja ilegalmente en el país y ha pagado a ciertas personas para que le traigan a la familia. Si la mujer hubiera actuado según la ley, habría tenido que declarar que el marido está en situación ilegal. Y, con la nueva ley, los habrían expulsado a todos. Por eso han recurrido a un *accurzo*, un atajo.

—Entiendo —dijo el comisario.

Sacó del bolsillo las tres tabletas de chocolate y las depositó sobre el escritorio de Riguccio.

—Las había comprado para esos niños —musitó.

—Se las daré al mío —dijo Riguccio, guardándolas en el cajón del escritorio.

Montalbano lo miró perplejo. Sabía que Riguccio, casado desde hacía seis años, ya había perdido las esperanzas de tener un hijo. El subjefe comprendió lo que estaba pensando.

—Teresa y yo hemos adoptado a un niño de Burundi. Ah, casi se me olvida. Aquí tienes las gafas.

Catarella estaba ocupado con el ordenador, pero en cuanto vio al comisario lo dejó todo y se le acercó corriendo.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! —exclamó.

—¿Qué haces en el ordenador? —le preguntó Montalbano.

—¡Ah! Es una identificación que me ha pedido Fazio. De aquel muerto que nadaba y que usía encontré mientras también nadaba.

—Bueno. ¿Qué querías decirme?

Catarella se turbó visiblemente y se miró la punta de los zapatos.

—¿Y bien?

—Pido perdón, pero me he olvidado, *dottori*.

—No te preocupes, cuando te vuelva a la mente ya me lo...

—¡Ya me ha vuelto, *dottori*! ¡De nuevo nuevamente ha tilifoniado Poncio Pilato! Le he dicho que usía me había dicho que le dijera que estaba reunido

con el señor Caifás y el señor Sanedrín, pero él no se dio por enterado y me dijo que le dijera a usía que tiene que decirle una cosa.

—Muy bien, Catarè. Si vuelve a llamar, dile que te diga lo que tiene que decirme y después me lo dices.

—*Dottori*, le pido perdón, pero tengo una curiosidad. ¿Poncio Pilato no fue aquel?

—¿Aquel quién?

—¿Aquel que en los tiempos antiguos se lavó las manos?

—Sí.

—¿Y entonces el que tilifona debe de ser un descendiente?

—Cuando llame, pregúntaselo tú mismo. ¿Está Fazio?

—Sí, señor *dottori*. Ahora mismo acaba de volver.

—Mándamelo al despacho.

—¿Permite que me siente? —preguntó Fazio—. Con el debido respeto, tengo los pies que me echan humo de tanto caminar. Y estoy todavía al principio.

Se sentó, sacó del bolsillo unas fotografías y se las entregó al comisario.

Montalbano las examinó. Todas mostraban el rostro de un cuarentón cualquiera; en una de ellas llevaba el cabello largo, en otra lucía bigote, en una tercera aparecía con el cabello muy corto, y así sucesivamente. Pero todas eran —¿cómo decirlo?— absolutamente anónimas, inertes, despersonalizadas, sin luz en los ojos.

—Sigue pareciendo un muerto —dijo el comisario.

—¿Y qué quiere, que le devolvieran la vida? —saltó Fazio—. Mejor no podían hacerlas. ¿Recuerda a qué había quedado reducida la cara del cadáver? A mí me serán muy útiles. Le he facilitado una copia a Catarella para las comprobaciones de archivo, pero será una tarea muy larga, un latazo tremendo.

—No lo dudo —dijo Montalbano—. Pero te veo un poco nervioso. ¿Qué ocurre?

—*Dottore*, ocurre que el trabajo que he hecho y que me queda por hacer es inútil.

—¿Por qué?

—Nosotros estamos buscando en los pueblos de la costa. ¿Y quién nos dice que a este hombre no lo mataron en un pueblo del interior, lo metieron en un portamaletas, lo llevaron a una playa y lo arrojaron al mar?

—No lo creo. En general, los que son asesinados en el campo o en los pueblos del interior acaban dentro de un pozo o son arrojados a un barranco. En cualquier caso, ¿qué nos impide buscar primero en los pueblos de la costa?

—Nos lo impiden mis pobres pies, *dottore*.

Antes de acostarse llamó a Livia. Estaba de mal humor por no haber podido ir a Vigàta. Sabiamente, Montalbano dejó que se desahogara, emitiendo de vez en cuando un «humm» que servía para certificar su atención. Después Livia, sin solución de continuidad, le preguntó:

—¿Qué querías decirme?

—¿Yo?

—Vamos, Salvo. La otra noche me dijiste que querías contarme una cosa, pero que preferías hacerlo en persona. Y como yo no puedo ir, pues me lo vas a decir ahora mismo por teléfono.

Montalbano maldijo su larga lengua. Si Livia hubiera estado presente mientras él le contaba la historia de la fuga del pequeño durante el desembarco, habría podido matizar debidamente las palabras, el tono y los gestos, para evitar que se entristeciera recordando a François. Al menor cambio de expresión en su rostro, habría sabido cómo modificar el tono del relato, pero en cambio así... Intentó zafarse a la desesperada.

—¿Sabes que no consigo recordar lo que quería decirte?

Inmediatamente se mordió los labios. Había cometido una estupidez.

—Ni lo intentes, Salvo. Vamos, dímelo.

Durante los diez minutos que duró el relato, Montalbano tuvo la sensación de estar caminando por un campo de minas. Livia no lo interrumpió, ni hizo el menor comentario.

—... y, por consiguiente, el jefe Riguccio está convencido de que se trata de una reagrupación familiar, como lo llama él, felizmente conseguida —terminó diciendo mientras se secaba el sudor.

Ni siquiera el final feliz de la historia provocó una reacción por parte de Livia. El comisario comenzó a preocuparse.

—Livia, ¿estás ahí?

—Sí. Estoy pensando.

El tono era firme, no se percibía el menor quiebro en la voz.

—¿En qué? No hay nada que pensar, es una historia sin la menor importancia.

—No digas idioteces. También sé por qué preferías contármela en persona.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? Yo no...

—Dejémoslo correr.

Montalbano permaneció mudo.

—De todas maneras..., hay algo raro —dijo Livia al cabo de un rato.

—¿A qué te refieres?

—¿A ti te parece normal?

—¡Pero si no sé de qué me estás hablando!

—El comportamiento del niño.

—¿Te parece raro?

—Por supuesto. ¿Por qué quería escapar?

—¡Livia, trata de comprender la situación! ¡Aquel niño estaba muerto de miedo!

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque un niño muerto de miedo, si tiene a su madre cerca, se agarra a sus faldas con todas sus fuerzas, como tú mismo has dicho que hacían los otros dos.

«Es cierto», se dijo en su fuero interno el comisario.

—Cuando se rindió —prosiguió diciendo Livia—, no se rindió al enemigo, que en aquel momento eras tú, sino a las circunstancias. Se dio cuenta de que no tenía escapatoria. ¿Miedo? ¡Y un cuerno!

—A ver si lo entiendo —dijo Montalbano—. ¿Me estás diciendo que aquel niño estaba aprovechando la situación para huir de su madre y de sus hermanos?

—Si las circunstancias son como tú me las has contado, creo que sí.

—Pero ¿por qué?

—Eso ya no lo sé. A lo mejor, no quiere volver a ver a su padre... Esa podría ser una explicación lógica.

—¡Claro! Y prefiere irse a la buena ventura, en un país desconocido cuya lengua ignora, sin un céntimo en el bolsillo, sin apoyo y sin nada... ¡Ese niño tendría como mucho seis años!

—Salvo, recuerda que ese niño no es de aquí. Los niños de esos países parece que tengan seis años, pero, por su experiencia, ya son hombres hechos y derechos. Con el hambre, la guerra, las matanzas, la muerte y el miedo, no se tarda mucho en madurar.

«Eso también es cierto», se dijo Montalbano en su fuero interno.

Con una mano levantó la sábana, con la otra se apoyó en la cama, levantó la pierna izquierda... y se quedó así, como fulminado.

De repente, sintió que se le helaba la sangre en las venas. ¿Por qué le había venido de pronto a la mente la mirada del niño mientras él lo sujetaba por una mano y su madre corría a su encuentro? Entonces no había comprendido aquella mirada; ahora, después de lo que le había dicho Livia, sí. Los ojos del pequeño le dirigían una súplica. Le estaban diciendo: por lo que más quieras, déjame ir, déjame escapar. Y se echó amargamente la culpa de no haber sabido leer de inmediato el significado de aquella mirada mientras volvía a acostarse. Estaba perdiendo reflejos, costaba reconocerlo, pero así era. ¿Cómo no se había dado cuenta —utilizando las palabras del doctor Pasquano— de que las cosas no eran lo que parecían?

—*Dottori?* Está al teléfono una enfermera del hospital de Montelusa, el San Gregorio...

¿Qué le ocurría a Catarella? ¡Había dicho bien el nombre del hospital!

—¿Qué quiere?

—Quiere hablar con usted en persona personalmente. Dice que se llama Agata Militello. ¿Se la paso?

—Sí.

—¿Comisario Montalbano? Soy Agata Militello y...

¡Milagro! Se llamaba auténticamente así. ¿Qué estaba ocurriendo en el mundo, que hasta Catarella acertaba dos nombres seguidos?

—... soy enfermera del San Gregorio. Me he enterado de que ayer estuvo usted aquí para interesarse por una inmigrante ilegal con tres niños. Yo vi a esa mujer y a sus tres hijos.

—¿Cuándo?

—La otra noche. Como estaban empezando a llegar los heridos de Scroglitti, me llamaron del hospital para preguntarme si podía incorporarme al servicio, pues era mi día de descanso. Mi casa no queda muy lejos, y suelo ir andando. Cuando estaba llegando al hospital, vi a la mujer, que corría con los tres niños. Un coche se detuvo cerca de ella y el hombre que iba al volante la llamó. Subieron y se alejaron a toda velocidad.

—Mire, voy a hacerle una pregunta que le parecerá extraña, pero le ruego que lo piense bien antes de contestar. ¿Vio algo que le llamara la atención?

—¿Qué quiere decir?

—No sé..., ¿le dio la impresión, por ejemplo, de que el niño mayor trataba de escapar?

Agata Militello lo pensó detenidamente.

—No, comisario. Ese fue el primero en subir. Su madre lo empujó hacia dentro. Después subió ella con los pequeños.

—¿Se fijó en la matrícula?

—No. No se me ocurrió mirarla. No me pareció que hubiera motivo.

—Claro. Le agradezco su llamada.

Aquel testimonio cerraba definitivamente el asunto. Riguccio tenía razón, se trataba de una reagrupación familiar, aunque el niño mayor albergara una opinión y unos sentimientos distintos al respecto.

La puerta golpeó con violencia y Montalbano pegó un brinco en la silla. Un trozo de revoque se desprendió de la pared, a pesar de que había sido arreglado hacía menos de un mes. El comisario alzó los ojos y vio a Catarella en el umbral. Esta vez ni siquiera se había dignado decir que se le había ido la

mano. La expresión de su rostro era tan radiante que una marcha triunfal habría sido el fondo musical más apropiado.

—¿Y bien? —preguntó Montalbano.

Catarella sacó pecho y emitió una especie de barrito. Desde el despacho contiguo acudió Mimì, alarmado.

—¿Qué ocurre?

—¡La he encontrado! ¡He hecho la identificación! —gritó Catarella, al tiempo que se acercaba y depositaba sobre el escritorio una fotografía ampliada y una ficha impresa por el ordenador.

Tanto la fotografía ampliada como la pequeña, que estaba pegada en la esquina superior izquierda de la ficha, parecían corresponder al mismo hombre.

—¿Queréis explicarme qué es lo que ocurre? —preguntó Mimì Augello.

—Pues claro, *dottori* —contestó orgulloso Catarella—. Esta fotografía grande me la dio Fazio y representa al hombre muerto que la otra mañana nadaba con el *dottori*. Esta, en cambio, la he identificado yo. Mire, *dottori*. ¿No son como dos gotas de agua?

Mimì rodeó el escritorio, se situó a la espalda del comisario y se inclinó para mirar. Después emitió su veredicto:

—Se parecen, pero no son la misma persona.

—*Dottori*, pero usía tiene que considerar una consideración —replicó Catarella.

—¿Cuál?

—Que la fotografía grande no es una fotografía sino un dibujo fotografiado de una probable cara de muerto. Es un dibujo. Puede haber un error.

Mimì abandonó el despacho reafirmando en su idea:

—No son la misma persona.

Catarella extendió los brazos y miró al comisario, como poniendo en sus manos su suerte. O en el polvo o en el altar. Había cierto parecido, eso era innegable. Por probar no se perdía nada. El hombre se llamaba Ernesto Errera. Había cometido una serie de delitos, todos en la provincia de Cosenza y alrededores, que iban desde el robo con violencia al atraco a mano armada. Llevaba más de dos años huido. Para ahorrar tiempo, era mejor no seguir el procedimiento habitual.

—Catarè, ve donde el *dottor* Augello y pregúntale si tenemos algún amigo en la Jefatura Superior de Cosenza.

Catarella se retiró y volvió al cabo de un minuto.

—Vattiato, *dottori*. Se llama así.

Era cierto. Por tercera vez, en un breve lapso de tiempo, Catarella había vuelto a acertar. ¿Acaso se acercaba el fin del mundo?

—Llama a la Jefatura de Cosenza y diles que te pongan con el comisario Vattiato. Cuando esté al teléfono, me lo pasas.

El colega de Cosenza era un hombre de mal carácter. Y esta vez tampoco desmintió su fama.

—¿Qué hay, Montalbano?

—Puede que haya encontrado a alguien que estáis buscando, un tal Ernesto Errera.

—¿De veras lo has detenido?... ¡No me digas!...

¿Por qué se sorprendía tanto? A Montalbano se le puso la mosca detrás de la oreja.

Decidió actuar a la defensiva.

—¡No, no, qué dices! ¡En todo caso, he encontrado su cadáver!

—¡Venga ya, Montalbano! Errera murió hace casi un año y está enterrado en nuestro cementerio, siguiendo el deseo expreso de su mujer.

Montalbano se enfureció de vergüenza.

—¡Pues su ficha no fue anulada!

—Nosotros comunicamos su defunción. Si los del fichero no la anularon, no es culpa mía. Así que no la tomes conmigo.

Colgaron simultáneamente sin despedirse. Por un momento, estuvo tentado de llamar a Catarella y hacerle pagar el ridículo que había hecho con Vattiato, pero lo pensó mejor. ¿Qué culpa tenía el pobre Catarella? En todo caso, la culpa era suya por no haber hecho caso a Mimì. Inmediatamente después, otro pensamiento lo fustigó. Unos cuantos años atrás, ¿habría sido capaz de distinguir entre quién estaba equivocado y quién en lo cierto? ¿Habría reconocido el error cometido con la misma tranquilidad que mostraba en esos momentos? ¿Y acaso no era eso también una señal de madurez o, para decirlo claro, de vejez?

—*Dottori*? Está al teléfono el *dottori* Latte con ese al final. ¿Qué hago, se lo paso?

—Pues claro.

—¿*Dottor* Montalbano? ¿Cómo está? ¿Todo bien en la familia?

—No puedo quejarme. Dígame.

—El señor jefe superior acaba de regresar de Roma y ha convocado una reunión de distrito para mañana a las tres de la tarde. ¿Estará usted?

—Naturalmente.

—Le he pasado al señor jefe superior su petición de una entrevista. Lo atenderá mañana mismo al término de la reunión.

—Se lo agradezco, *dottor* Lattes.

Ya estaba hecho. Al día siguiente, presentaría su dimisión. Despidiéndose también, entre otros, del muerto que nadaba, como lo llamaba Catarella.

Por la noche, llamó a Livia y le contó el testimonio de la enfermera. Al terminar, cuando el comisario creía haberla tranquilizado por completo, Livia soltó un «¡en fin!» de lo más dubitativo.

—¡Por Dios bendito! —estalló Montalbano—. ¡Te has emperrado y no hay manera! ¡No quieres rendirte a la evidencia!

—Y tú te rindes a ella con demasiada facilidad.

—¿Qué significa eso?

—Significa que en otros tiempos habrías efectuado comprobaciones sobre el testimonio.

Montalbano se enfureció.

—¡En otros tiempos!

¿Acaso era un viejo chocho? ¿Un Matusalén?

—No he hecho comprobaciones porque, como ya te he dicho, es una de tantas historias de este tipo. Además...

Interrumpió la frase porque había percibido en el interior de su cerebro el chirrido de los engranajes a causa del repentino frenazo.

—¿Además?... —lo apremió Livia.

¿Salirse por la tangente? ¿Inventarse cualquier chorrada? ¡Ni loco! Livia se daría cuenta enseguida. Lo mejor era decir la verdad.

—... además, mañana por la tarde voy a ver al jefe superior.

—Ah.

—Para presentarle la dimisión.

Pausa horrenda.

—Buenas noches —dijo Livia.

Y colgó.

Siete

Se despertó con las primeras luces del alba, pero permaneció acostado contemplando el techo, que se iba aclarando lentamente. La pálida luz que penetraba a través de la ventana era nítida y constante, sin las variaciones de intensidad que causan el paso de las nubes. Se anunciaba un buen día. Mejor así, el mal tiempo no lo habría ayudado. Se podría mostrar más firme ante el jefe superior cuando le explicara los motivos de su dimisión. Y, al pensar en esta palabra, le vino a la mente un episodio que le había ocurrido antes de incorporarse a la comisaría de Vigàta. Después recordó la vez que... Y luego aquella otra en que... De pronto, el comisario comprendió el porqué de aquella aglomeración de recuerdos: dicen que, cuando se está a punto de morir, los acontecimientos más importantes de la vida de uno pasan por delante de los ojos como en una película. ¿Acaso a él le estaba ocurriendo lo mismo? En su fuero interno, ¿la dimisión se le antojaba como una auténtica muerte? Se sobresaltó al oír el timbre del teléfono. Miró el reloj. Eran las ocho y no se había dado ni cuenta. ¡Virgen santísima, qué larga había sido la película de su vida! Peor que «Lo que el viento se llevó». Se levantó para atender la llamada.

—Buenos días, *dottore*. Soy Fazio. Estoy a punto de salir para seguir adelante con la investigación...

Le iba a decir que lo dejara correr, pero se arrepintió.

—Y como esta tarde va a ver al jefe superior, le he preparado los documentos para firmar y todo lo demás en su escritorio.

—Gracias, Fazio. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, *dottore*.

Puesto que debía estar en la Jefatura a primera hora de la tarde y no le daría tiempo a regresar a Marinella para cambiarse, tenía que salir de casa de

punta en blanco. Sin embargo, la corbata prefirió guardársela en el bolsillo; se la pondría a su debido tiempo. No le apetecía nada andar por ahí con el dogal al cuello ya de buena mañana.

El montón de papeles que había sobre su escritorio se mantenía en equilibrio inestable. Si hubiera entrado Catarella golpeando la puerta como tenía por costumbre, la torre de Babel se habría derrumbado. Se pasó más de una hora firmando sin levantar la vista hasta que sintió la necesidad de tomarse un pequeño descanso. Decidió salir a fumarse un cigarrillo. Ya en la acera, introdujo la mano en el bolsillo para sacar la cajetilla y el encendedor, pero nada, se los había dejado olvidados en Marinella. Su lugar en el bolsillo lo ocupaba la corbata verde con topitos rojos que había elegido. La volvió a guardar de inmediato, mirando a su alrededor como un ladrón que acaba de birlar una cartera. ¡Jesús! ¿Cómo había ido a parar aquella infame corbata entre las suyas? ¿Y cómo no había reparado en los colores cuando se la había metido en el bolsillo? Volvió a entrar en la comisaría.

—Catarè, mira a ver si hay alguien que pueda prestarme una corbata — dijo cuando pasó por delante de él, camino a su despacho.

Catarella se presentó a los cinco minutos con tres corbatas.

—¿De quién son?

—De Torretta, *dottori*.

—¿El mismo que le prestó las gafas a Riguccio?

—Sí, señor *dottori*.

Eligió la que desentonaba menos con su traje gris. Tras pasarse otra hora y media firmando, consiguió terminar el montón. Luego comenzó la búsqueda de la cartera donde siempre llevaba los documentos que debía presentar a su jefe. Soltando maldiciones, puso el despacho patas arriba, pero no hubo manera de encontrarla.

—¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—¿Has visto por casualidad mi cartera?

—No, señor *dottori*.

Lo más probable era que la hubiera llevado sin darse cuenta a Marinella y la hubiera olvidado allí.

—Mira a ver si hay alguien por ahí que...

—Ahora mismo me encargo de ello, *dottori*.

Regresó con dos carteras casi nuevas, una negra y otra marrón. Montalbano eligió la negra.

—¿Quién te las ha dado?

—Torretta, *dottori*.

¿Acaso el tal Torretta había abierto un bazar en la comisaría? Por un instante, estuvo tentado de ir a comprobarlo, pero después pensó que, a esas alturas, le importaba un pimiento. Entró Mimì Augello.

—Dame un cigarrillo —le dijo Montalbano.

—Ya no fumo.

El comisario lo miró, estupefacto.

—¿Te lo ha prohibido el médico?

—No. Ha sido una decisión mía.

—Entiendo. ¿Te has pasado a la coca?

—¿Pero qué chorradas estás diciendo?

—No es ninguna chorrada, Mimì. Actualmente se están endureciendo las leyes contra los fumadores. Son muy severas, casi persecutorias. En eso también se imita a los americanos. Sin embargo, con los cocainómanos hay más tolerancia. Al fin y al cabo, la consumen todos: altos funcionarios, políticos, ejecutivos... Si estás fumando un cigarrillo, el que tienes al lado puede acusarte de estarlo envenenando con el humo pasivo, mientras que la cocaína pasiva no existe. En resumen, la cocaína causa menos daño social que el humo. ¿Cuántas rayas esnifas al día, Mimì?

—Hoy estás un poco agresivo, ¿no? ¿Ya te has desahogado?

—Bastante.

Pero ¿qué coño estaba ocurriendo? Catarella acertaba los nombres, Mimì se volvía virtuoso... En aquel microcosmos que era la comisaría algo estaba cambiando y estas eran señales también de que había llegado la hora de irse.

—Esta tarde, después de la reunión de distrito, tengo una cita con el jefe superior. Voy a presentarle mi dimisión. Tú eres el único que lo sabe. Si me la acepta, por la noche comunicaré la noticia a todos.

—Haz lo que quieras —dijo en tono desabrido Mimì, y se levantó para retirarse.

Una vez en la puerta, se volvió hacia el comisario.

—Quiero que sepas que he decidido dejar de fumar porque a Beba y al niño que va a nacer les puede hacer daño. En cuanto a la dimisión, tal vez sea lo mejor. Te has apagado, has perdido brillo, ironía, agilidad mental e incluso mordacidad.

—¡Vete a tomar por saco y envíame a Catarella! —le gritó el comisario a su espalda.

Bastaron dos segundos para que apareciera Catarella.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Mira a ver si Torretta tiene una cajetilla de Multifilter rojos *light* y un encendedor.

Catarella no pareció sorprenderse de la petición. Se retiró y volvió a presentarse con los cigarrillos y el encendedor. El comisario le dio el dinero y salió de la comisaría, preguntándose si en el bazar Torretta encontraría los calcetines que ya empezaban a faltarle. Una vez en la calle, le entraron ganas de tomarse un café como Dios manda. En el bar de al lado de la comisaría, el televisor estaba encendido, como siempre. Eran las doce y media y tenían sintonizado el canal de Televigata. Apareció el busto de la periodista Carla Rosso, que enumeró las noticias siguiendo el orden de preferencias de los televidentes. En primer lugar, un drama de celos: un hombre de ochenta años que había matado a puñaladas a su mujer de setenta. A continuación, un violento choque entre un vehículo ocupado por tres personas, todas muertas, y un camión; un atraco a mano armada en la sucursal de un banco de Montelusa; el avistamiento en alta mar de una patera con un centenar de inmigrantes clandestinos; nuevo acto de omisión de ayuda en la carretera: niño inmigrante ilegal al que no había sido posible identificar, arrollado y muerto por un vehículo que se había dado a la fuga.

Montalbano se tomó tranquilamente el café, pagó, se despidió, salió a la calle, encendió un cigarrillo, se lo fumó, lo apagó en la puerta de la comisaría, saludó a Catarella, entró en su despacho, se sentó y, de repente, en la pared que tenía delante, apareció la pantalla del televisor del bar y, en ella,

el busto de Carla Rosso que abría y cerraba la boca sin palabras, pues estas el comisario las estaba oyendo en el interior de su cabeza:

«Niño inmigrante ilegal al que no ha sido posible identificar...».

Se levantó como un resorte y volvió corriendo sobre sus pasos, sin saber muy bien por qué. O tal vez lo sabía, pero no quería reconocerlo. La parte racional de su cerebro rechazaba lo que la parte irracional ordenaba hacer al resto de su cuerpo, es decir, obedecer a un absurdo presentimiento.

—¿Ha olvidado algo? —le preguntó el camarero al verlo entrar disparado.

Ni se molestó en contestar. En la pantalla del televisor vio sobreimpresionado el logotipo de Retelibera. Estaban poniendo una serie de humor.

—¡Vuelve a poner Televigata! ¡Rápido! —dijo el comisario con una voz tan fría y tan baja que el camarero palideció y se apresuró a obedecer.

Había llegado a tiempo. La noticia era tan irrelevante que ni siquiera iba acompañada de imágenes. La presentadora decía que un campesino había visto a primera hora de la mañana a un niño inmigrante que era arrollado por un coche no identificado. El hombre había dado aviso de inmediato, pero el pequeño había ingresado sin vida en el hospital de Montechiaro. A continuación, Carla Rosso, con una sonrisa que le partía la cara en dos mitades, deseó a los telespectadores una buena comida y desapareció.

Entonces se produjo una especie de lucha entre las piernas del comisario, que querían ir deprisa, y su cerebro, que, por el contrario, le imponía un paso normal y despreocupado. Al parecer llegaron a un acuerdo, cuya consecuencia fue que Montalbano echó a andar como uno de esos muñecos mecánicos a los que se les está acabando la cuerda y van caminando a trompicones. Se detuvo en la puerta de la comisaría y gritó hacia el interior:

—¡Mimì!... ¡Mimì!...

—¿Es que estás cantando *La Bohème* o qué? —preguntó Augello, respondiendo a la llamada.

—Escucha. No puedo ir a la reunión con el jefe superior. Ve tú en mi lugar. Sobre mi mesa están los documentos que hay que llevar.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. Y después, pídele perdón en mi nombre. Dile que de mi asunto personal le hablaré en otra ocasión.

—¿Y qué excusa le doy?

—Una de las que pones cuando no vienes al despacho.

—¿Puedo saber adónde vas?

—No.

Augello, con expresión preocupada, lo vio alejarse.

Suponiendo que los neumáticos, tan lisos como el culo de un recién nacido, resistieran; suponiendo que el depósito de gasolina no se agujereara definitivamente; suponiendo que el motor aguantara una velocidad superior a los ochenta por hora; suponiendo que hubiera poco tráfico, Montalbano calculó que en cuestión de hora y media conseguiría llegar al hospital de Montechiaro.

Por un instante, mientras circulaba a toda velocidad —con evidente riesgo de estrellarse contra otro vehículo, o contra un árbol, pues jamás había sido un buen conductor—, lo dominó una sensación de ridículo. ¿Sobre qué fundamento estaba haciendo lo que hacía? Niños inmigrantes en Sicilia los había a centenares. ¿Qué lo inducía a sospechar que el niño atropellado era el mismo que él había llevado de la mano unas noches atrás en el muelle? Pero de una cosa estaba seguro: para tranquilizar su conciencia, tenía que ver a toda costa a aquel niño; de lo contrario, la sospecha se le quedaría dentro, persiguiéndolo y atormentándolo sin cesar. Y si por casualidad no era él, tanto mejor.

Significaría que la reagrupación familiar, como decía Riguccio, se había llevado a feliz término.

En el hospital de Montechiaro habló con el doctor Quarantino, un joven amable y cortés.

—Comisario, cuando el niño llegó aquí ya estaba muerto. Creo que murió en el acto. Fue un golpe extremadamente violento, hasta el punto de que le destrozó la espalda.

Montalbano se sintió envuelto por una especie de frío vendaval.

—¿Está insinuando que lo embistieron por detrás?

—Sin la menor duda. Tal vez el niño estaba en el borde de la carretera y el coche, que iba a mucha velocidad, derrapó —aventuró el doctor Quarantino.

—¿Sabe quién lo trasladó aquí?

—Sí, una de nuestras ambulancias. Nos llamaron los de tráfico.

—¿La policía de tráfico de Montechiaro?

—Sí.

Al final, decidió formular la pregunta que aún no había conseguido formular porque le faltaba el valor.

—¿El niño está aquí todavía?

—Sí, en el depósito de cadáveres.

—¿Podría... podría verlo?

—Por supuesto. Acompáñeme.

Recorrieron un pasillo, cogieron el ascensor, bajaron al sótano, se adentraron en otro pasillo mucho más lúgubre que el anterior y, finalmente, el médico se detuvo delante de una puerta.

—Está aquí.

Una pequeña y gélida sala iluminada por una pálida luz. Una mesita, dos sillas y una estantería metálica. Una de las paredes también era de metal. En realidad se trataba de una serie de pequeñas cámaras frigoríficas en forma de cajones. Quarantino abrió uno de ellos. El cuerpecito estaba cubierto por una sábana. El médico la levantó con cuidado y Montalbano vio unos ojos enormemente abiertos, los mismos con los que el pequeño le había suplicado en el muelle que lo dejara escapar. No cabía la menor duda.

—Es suficiente —dijo con una voz tan baja que parecía un soplo.

Por la mirada que le dirigió Quarantino, comprendió que algo había cambiado en su rostro.

—¿Lo conocía?

—Sí.

Quarantino volvió a cerrar el cajón.

—¿Podemos irnos?

—Sí.

Pero no consiguió moverse. Sus piernas se negaban a ponerse en marcha, eran dos pedazos de madera. A pesar del frío que reinaba en la estancia, notó que tenía la camisa empapada de sudor. Hizo un esfuerzo que le costó un mareo y, finalmente, empezó a caminar.

* * *

En la Policía de Tráfico le explicaron dónde había ocurrido el accidente: a cuatro kilómetros de Montechiaro, en la carretera ilegal y sin asfaltar que unía un pueblo ilegal ribereño llamado Spigonella con otro pueblo ribereño, también ilegal, llamado Tricase. Dicha carretera no seguía un trazado recto, sino que efectuaba largos rodeos a campo traviesa para acceder hasta otras casas ilegales habitadas por personas que, en lugar del aire del mar, preferían el de la colina. Un inspector llevó su amabilidad hasta el extremo de hacer un dibujo sumamente detallado del itinerario que el comisario debería seguir para llegar al lugar exacto.

La carretera no solo no había sido asfaltada sino que se veía claramente que se trataba de un viejo sendero de mulas cuyos innumerables baches habían sido recubiertos parcialmente de cualquier manera. ¿Cómo era posible que un automóvil hubiera podido circular por allí a toda velocidad sin desarmarse? ¿Tal vez porque contaba con el apoyo de otro coche? Después de doblar una curva, el comisario comprendió que había llegado al lugar exacto. En la base de un montículo de grava que había al lado derecho del camino, alguien había colocado un ramillete de flores silvestres. Se detuvo y bajó para verlo mejor. El montículo estaba deformado, como si algo hubiera impactado fuertemente en él. La grava se veía salpicada por grandes manchas de sangre seca. Desde allí no se veía ningún edificio, solo campos de labranza. Más abajo, a unos cien metros de distancia, un campesino cavaba la tierra. Montalbano se acercó a él, avanzando con esfuerzo sobre la tierra removida. El campesino era un hombre de unos sesenta años, enjuto y encorvado. Ni siquiera levantó los ojos.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Soy comisario de policía.

—Ya me he dado cuenta.

¿Cómo se las había arreglado para darse cuenta? Mejor no insistir en el tema.

—¿Ha sido usted quien ha puesto aquellas flores en la grava?

—Sí, señor.

—¿Conocía al niño?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué ha puesto esas flores?

—Era una criatura, no un animal.

—¿Vio cómo ocurrió el accidente?

—Lo vi y no lo vi.

—¿Qué quiere decir?

—Venga conmigo.

Montalbano lo siguió. Tras haber dado unos diez pasos, el campesino se detuvo.

—Esta mañana a las siete estaba cavando justo aquí. De pronto oí una voz desesperada. Levanté los ojos y vi a un niño que asomaba por la curva. Corría como una liebre y gritaba.

—¿Entendió lo que gritaba?

—No, señor. Cuando estaba a la altura de aquel algarrobo, un coche apareció a toda velocidad por la curva. El niño se volvió a mirarlo e intentó apartarse de la carretera. Creo que venía hacia mí. Pero lo perdí de vista porque lo tapaba la montaña de grava. El coche se desvió hacia él. Y ya no vi nada más. Oí como un golpe. Después el coche hizo marcha atrás hasta la carretera y desapareció por la siguiente curva.

No había ninguna posibilidad de error, pero Montalbano quiso asegurarse.

—¿Pasó algún otro coche tras él?

—No, señor. No pasaron más coches.

—¿Y dice usted que se desvió a propósito en la dirección del niño?

—No sé si lo hizo a propósito, pero se desvió.

—¿Se fijó en el número de la matrícula?

—¡Imposible! Compruebe usía mismo si desde aquí se puede tomar el número de la matrícula.

En efecto, no se podía. El desnivel entre el campo y la carretera era demasiado grande.

—Y después, ¿qué hizo usted?

—Eché a correr hacia el montículo. Cuando llegué, me di cuenta enseguida de que el niño estaba muerto o a punto de morir. Entonces corrí a mi casa, que desde aquí no se ve, y llamé a Montechiaro.

—¿Les dijo a los de la Policía de Tráfico lo que me ha dicho a mí?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no me lo preguntaron.

Lógica implacable: si no hay pregunta, no hay respuesta.

—Yo, en cambio, le pregunto ahora: ¿cree que lo hicieron a propósito?

El campesino parecía haber reflexionado sobre el asunto. Contestó con otra pregunta:

—¿No podría ser que el coche hubiera derrapado en la gravilla?

—Podría ser. Pero usted, en su fuero interno, ¿qué piensa?

—Yo no pienso, señor mío. Yo ya no quiero pensar. El mundo se ha vuelto demasiado malo.

La última frase resultaba esclarecedora. Era evidente que el campesino se había formado una opinión muy concreta. El pequeño había sido arrollado a propósito, asesinado por una razón inexplicable. Pero el campesino había querido borrar de su mente aquella idea. Demasiado malo se había vuelto el mundo. Mejor no pensar en ello.

Montalbano anotó el número de teléfono de la comisaría en un trocito de papel y se lo entregó al hombre.

—Este es el número de mi despacho en Vigàta.

—¿Y yo qué hago con él?

—Nada. Guárdelo. Si por casualidad viene la madre, el padre o algún otro familiar del niño, averigüe dónde viven y me lo dice.

—Como quiera usía.

—Buenos días.

—Buenos días.

La subida hasta la carretera fue más dura que la bajada. Respiraba afanosamente. Cuando llegó al coche, subió, pero en lugar de arrancar se quedó allí. Puso los brazos sobre el volante, la cabeza sobre los brazos, y cerró los ojos, como si quisiera negar el mundo, de la misma manera que lo hacía el campesino, que había reanudado su tarea con la azada y seguiría con ella hasta que empezara a oscurecer. De repente, un pensamiento se introdujo en su cabeza como una hoja afilada, la cual, tras partirle el cerebro por la mitad, continuó hacia abajo, traspasándole dolorosamente el pecho: el eficiente y brillante comisario Salvo Montalbano había tomado de la manita a aquel niño y lo había entregado a sus verdugos.

Ocho

Era demasiado pronto para regresar a su refugio de Marinella, pero, aun así, prefirió hacerlo sin pasar por el despacho. La rabia que lo reconcomía por dentro le hacía hervir la sangre y seguramente le había provocado algunas décimas de fiebre. Sería mejor que desahogara él solo aquella rabia, y no hacerles pagar las consecuencias a sus hombres aprovechando cualquier pretexto. La primera víctima fue un jarrón de flores que alguien le había regalado y que, de repente, le resultó tremendamente antipático. El jarrón fue levantado con ambas manos y arrojado al suelo con gran placer y con el acompañamiento de una sonora maldición. Después del impresionante trastazo, Montalbano constató con sorpresa que el jarrón no había sufrido el mínimo rasguño.

¿Sería posible? Se agachó, lo cogió del suelo, lo alzó y volvió a arrojarlo con todas sus fuerzas. Nada. Es más: una baldosa se astilló. ¿Tendría que cargarse toda la casa para conseguir destruir aquel maldito jarrón? Se dirigió al coche, abrió la guantera, sacó la pistola, regresó al interior de la casa, salió a la galería con el jarrón, echó a andar por la playa, llegó a la orilla del mar, depositó el jarrón sobre la arena, retrocedió diez pasos, amortilló el arma, apuntó, disparó y falló.

—¡Asesino!

Era una voz de mujer. Se volvió a mirar. Desde el balcón de un lejano chalet dos figuras agitaban los brazos gesticulando en su dirección.

—¡Asesino!

Esta vez era una voz de hombre. Pero ¿quién coño eran? De repente, se acordó: ¡los Bausan de Treviso! Los que habían provocado que saliera desnudo en la televisión. Enviándolos mentalmente a tomar por aquel sitio, volvió a apuntar cuidadosamente y disparó. Esta vez el jarrón estalló en

pedazos. Finalmente regresó satisfecho a casa, acompañado por un coro cada vez más distante que decía: «¡Asesino! ¡Asesino!».

Se desnudó, se duchó, incluso se afeitó, y se cambió de ropa como si fuera a salir para ver a alguien. Solo tenía que verse a sí mismo, pero quería estar presentable. Fue a sentarse en la galería, a pensar. Porque, aunque no la hubiera formulado con palabras, ni siquiera pensado, le había hecho una solemne promesa a aquel par de ojitos abiertos que lo miraban desde el cajón-frigorífico. Le vino a la mente una novela de Dürrenmatt en la que un comisario consagra su vida a cumplir la promesa que ha hecho a unos padres: encontrar al asesino de su hija... un asesino que entre tanto ha muerto, pero el comisario no lo sabe. La caza de un fantasma. Solo que en el caso del niño inmigrante el fantasma era la víctima. No conocía su procedencia, ni su nombre, nada. Como tampoco sabía nada de la víctima del otro caso que estaba investigando: un anónimo cuarentón al que habían ahogado. Y, por si fuera poco, tampoco se trataba de una investigación propiamente dicha, pues no se había abierto ningún expediente: el desconocido había muerto por ahogamiento, utilizando el lenguaje burocrático, y el niño era la enésima víctima de un vándalo de la carretera. Oficialmente, ¿qué había que indagar? Menos que nada. Nada de nada.

«Este es el tipo de investigaciones que podrían interesarme cuando me retire... —pensó el comisario—. Pero, si me encargo de ellas ahora, ¿quiere decir que ya empiezo a sentirme jubilado?».

Y sintió una aguda punzada de melancolía. El comisario tenía dos sistemas infalibles para combatir ese estado: el primero consistía en meterse en la cama y taparse hasta la cabeza; el segundo, en darse un buen atracón de comida. Consultó el reloj. Demasiado pronto para acostarse. Si se quedaba dormido, ¡a lo mejor se despertaba a las tres de la madrugada y se pasaba la noche dando vueltas por la casa! No le quedaba más remedio que darse un atracón. Pensándolo bien, a mediodía no había tenido tiempo de comer. Fue a la cocina y abrió el frigorífico. Adelina le había preparado unos rollitos de carne. No le apetecían. Salió, subió al coche y se fue a la *trattoria* Da Enzo. Al primer plato, espaguetis con tinta de jibia, la melancolía comenzó a ceder. Cuando terminó el segundo, calamares fritos crujientes, emprendió una precipitada huida hacia el horizonte. De regreso en Marinella, sintió los

engranajes del cerebro lubricados, fluidos, como nuevos. Volvió a sentarse en la galería.

En primer lugar, había que darle la razón a Livia por haber señalado que el comportamiento del niño aquella noche había sido muy extraño. Era evidente que el pequeño había tratado de aprovechar la confusión del momento para desaparecer. Y si no lo había logrado, había sido porque él, el sublime, el superinteligente comisario Montalbano, se lo había impedido. De cualquier modo, admitiendo que se tratara de una conflictiva reagrupación familiar, según la opinión de Riguccio, ¿por qué motivo el pequeño había sido tan brutalmente asesinado? ¿Porque tenía la manía de escapar de cualquier lugar donde se encontrara? Pero ¿cuántos niños hay en el mundo de todos los colores, blancos, negros, amarillos, que se escapan de casa persiguiendo sus fantasías? Cientos de miles, sin duda. ¿Y por eso los castigan quitándoles la vida? ¡Bobadas! Entonces, ¿lo habían matado tal vez porque no paraba quieto, contestaba mal, no obedecía a papá o se negaba a comerse la sopita? ¡Anda ya! A la luz de aquel asesinato, la tesis de Riguccio resultaba ridícula. Había otra cosa, un peso grande que el chiquillo cargaba sobre sus hombros desde el momento de emprender el viaje, cualquiera que fuera su país de origen.

Lo mejor era empezar por el principio, sin olvidar los detalles que a primera vista pudieran parecer intrascendentes. Debía ir por bloques, por secuencias, sin acumular demasiada información. Bueno, empecemos. Aquella noche, él estaba sentado en su despacho, esperando que llegara la hora de ir a casa de Ciccio Albanese para que le informara sobre las corrientes marinas y, de paso, zamparse los salmonetes de roca de la señora Albanese, motivo este en modo alguno secundario. En determinado momento, llama desde el puerto el subjefe Riguccio para ver si puede proporcionarle unas gafas, pues las suyas se le han roto. Él se las consigue y decide llevárselas en persona. Cuando llega al muelle, una de las patrulleras ha tendido ya la pasarela y baja por ella una mujer embarazada, que es conducida directamente a una ambulancia. A continuación, salen cuatro inmigrantes. Cuando están llegando al final de la pasarela, comienzan a

tambalearse extrañamente, empujados por un niño que se ha colado entre sus piernas. El pequeño consigue esquivar a los agentes y echa a correr hacia el viejo silo. Él lo persigue hasta un callejón sin salida, lleno de basura. El pequeño comprende que no tiene escapatoria y, literalmente, se rinde. Él lo coge de la mano y, mientras lo acompaña hasta el lugar donde están desembarcando los inmigrantes, ve a una mujer más bien joven, con dos chiquillos pegados a sus faldas. Al ver al niño, la mujer corre a su encuentro, dando muestras con ello de ser la madre. En este momento, el pequeño lo mira a él (mejor correr un tupido velo sobre este detalle), la madre tropieza y cae. Los agentes intentan levantarla, pero no lo consiguen. Alguien avisa a una ambulancia...

Stop. Un momento. Recapacitemos. No, en realidad, él no vio a nadie que avisara a una ambulancia. ¿Estás seguro, Montalbano? Repasemos una vez más la escena. No, estoy seguro. Dejémoslo así: alguien debió de avisar a una ambulancia. Del vehículo bajan dos auxiliares sanitarios. Uno de ellos, el delgado y con bigote, tras haber tocado la pierna de la mujer, dice que probablemente está rota. La mujer y los tres pequeños son introducidos en la ambulancia y esta se pone en marcha con destino a Montelusa.

Volvamos atrás para más seguridad. Gafas. Muelle. Desembarco mujer embarazada. Niño aparece entre las piernas de cuatro inmigrantes ilegales. Niño escapa. Él lo persigue. Niño se rinde. Vuelven al punto de desembarco. Madre los ve y echa a correr hacia ellos. Niño lo mira. Madre tropieza, cae, no puede levantarse. Llega ambulancia. Auxiliar sanitario diagnostica pierna rota. Mujer y niños en la ambulancia. El vehículo se pone en marcha. Final de la primera secuencia.

En resumen: casi con toda seguridad nadie avisó a la ambulancia. Esta llegó por su cuenta. ¿Por qué? ¿Porque había visto a la mujer caída en el suelo? Era posible. Y después, auxiliar sanitario diagnostica pierna rota. Y estas palabras autorizan el traslado en ambulancia. Si el auxiliar no hubiera dicho nada, algún agente habría avisado al médico, el cual, como siempre, se encontraba allí con ellos. ¿Por qué no consultaron con el médico? No lo consultaron porque no hubo tiempo: la oportuna llegada de la ambulancia y el diagnóstico del auxiliar sanitario hicieron que las cosas discurrieran según los

deseos del director. Sí, señor. El director. Aquello había sido una escena teatral dirigida con mucha habilidad. A pesar de la hora, cogió el teléfono.

—¿Fazio? Soy Montalbano.

—*Dottore*, no hay novedades; si las hubiera, yo...

—Ahorra aliento. Te quiero preguntar otra cosa. ¿Mañana por la mañana tenías intención de reanudar las investigaciones?

—Sí, señor.

—Pues primero tienes que averiguar otra cosa.

—A sus órdenes.

—En el hospital de San Gregorio hay un auxiliar sanitario muy delgado y con bigote, de unos cincuenta y tantos años. Quiero saberlo todo sobre él, lo conocido y lo desconocido, ¿me explico?

—Sí, señor, perfectamente.

Colgó y volvió a llamar al San Gregorio.

—¿Está la enfermera Agata Militello?

—Un momento. Sí, creo que sí está.

—Quisiera hablar con ella.

—Está de guardia, tenemos orden de...

—Mire, soy el comisario Montalbano. Es un asunto importante.

—Espere, que la busco.

Cuando ya empezaba a desesperarse, oyó la voz de la enfermera.

—Comisario, ¿es usted?

—Sí. Disculpe que...

—No se preocupe. Dígame.

—Necesito verla y hablar con usted. Lo antes posible.

—Verá, comisario. Trabajo toda la noche y mañana por la mañana querría dormir un poco. ¿Podríamos vernos a las once?

—Por supuesto. ¿Dónde?

—Delante del hospital, por ejemplo.

Estaba a punto de decir que sí, pero lo pensó mejor. ¿Y si por casualidad el auxiliar sanitario de la ambulancia los veía juntos?

—Preferiría que fuera delante del portal de su casa.

—Muy bien. Via della Regione, veintiocho. Hasta mañana.

Durmió como un inocente angelito, sin pensamientos ni problemas. Siempre le ocurría lo mismo cuando, al principio de una investigación, comprendía que había dado con el camino adecuado. Al llegar a su despacho, sonriente y descansado, encontró sobre el escritorio un sobre dirigido a él y entregado en mano. No constaba el nombre del remitente.

—¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—¿Quién ha traído esta carta?

—Poncio Pilato, *dottori*. La trajo anoche.

Se la guardó en el bolsillo. La leería después. O puede que nunca. Mimì Augello se presentó al poco rato.

—¿Qué tal ha ido con el jefe superior?

—Lo he visto un poco desanimado, no estaba tan soberbio como de costumbre. Está claro que de Roma solo ha vuelto con buenas palabras. Ha dicho que el flujo migratorio clandestino del Adriático se ha desplazado claramente al Mediterráneo, y que por este motivo será más difícil detenerlo. Pero esta evidencia, al parecer, tardará mucho en ser reconocida por parte de quien corresponda, de la misma manera que costará reconocer que aumenta día a día el número de robos y atracos. En resumen, ellos cantan a coro «sin novedad, señora baronesa», mientras nosotros aquí nos vemos obligados a seguir tirando con lo que tenemos.

—¿Te has disculpado en mi nombre por mi ausencia?

—Sí, claro.

—¿Y qué te ha dicho?

—Salvo, ¿qué esperabas? ¿Que se echara a llorar? Ha dicho: «Muy bien». Y punto. Y ahora, ¿quieres explicarme qué mosca te picaba ayer?

—Tuve un contratiempo.

—Salvo, ¿a quién pretendes engañar? Primero me dices que tienes que ir a ver al jefe superior para presentarle la dimisión, y un cuarto de hora después cambias de idea y me dices que vaya a verlo yo. ¿Qué contratiempo tuviste?

—Si de veras quieres saberlo...

Y le contó toda la historia del niño. Cuando terminó, Mimì permaneció en actitud pensativa.

—¿Hay algo que no te cuadra? —le preguntó Montalbano.

—Me cuadra y no me cuadra.

—¿Qué quieres decir?

—Tú estás estableciendo una relación directa entre el asesinato del niño y el intento de fuga que este protagonizó en el momento de desembarcar. Y en eso puede que te equivoques.

—¡Anda ya, Mimì! ¿Por qué iba a comportarse de esa manera, si no?

—Te contaré algo. Hace un mes, un conocido mío estuvo en Nueva York, en casa de un amigo norteamericano. Un día fueron a comer por ahí y pidieron un bistec con patatas. La ración era tan grande que mi amigo no pudo terminarlo y lo dejó en el plato. Después de pagar, cuando se disponían a irse, el camarero le entregó una bolsa con las sobras de la comida. Mi amigo la cogió y, al salir del restaurante, se acercó a un grupo de vagabundos para dársela. En ese momento, el amigo americano lo agarró del brazo y le dijo que los vagabundos no la aceptarían. Si de veras quería hacer algo por ellos, sería mejor que les diera medio dólar. «¿Por qué no habrían de aceptarlo?», preguntó mi amigo. Y el otro le contestó: «Porque hay gente que les ofrece comida envenenada, como se hace con los perros vagabundos». ¿Lo entiendes?

—No.

—Tal vez a aquel niño lo arrolló algún hijo de la gran puta por pura diversión, o por racismo... Tal vez no tenía nada que ver con el niño.

Montalbano lanzó un profundo suspiro.

—¡Ojalá! Si las cosas fueran como tú dices, me sentiría menos culpable. Pero, por desgracia, tengo el convencimiento de que todo el asunto obedece a un guión muy concreto.

Agata Militello era una acicalada cuarentona de rostro agraciado, aunque peligrosamente propensa a la obesidad. Era de verbo fácil y, de hecho, ella fue la que habló casi exclusivamente durante la media hora que pasó con el comisario. Dijo que aquella mañana estaba de muy mal humor porque su hijo, estudiante universitario («¿Sabe, comisario?, tuve la desgracia de enamorarme a los diecisiete años de un cornudo miserable que, en cuanto supo que estaba embarazada, me dejó»), quería casarse con una novia que

tenía («pero, digo yo, ¿no podéis esperar? ¿Qué prisa tenéis en casaros? Primero, haced lo que os dé la gana, y después ya veremos»). Dijo también que en el hospital había toda una serie de hijos de puta que se aprovechaban de ella, que siempre estaba dispuesta a atender cualquier llamada extraordinaria que hubiera porque tenía un corazón tan grande que no le cabía en el pecho.

—Fue aquí —dijo, deteniéndose de repente.

Se encontraban en una calle muy corta, sin portales ni tiendas, formada prácticamente por la parte posterior de dos grandes edificios.

—¿Pero si aquí no hay ni un portal! —exclamó Montalbano.

—En efecto. Estamos en la parte trasera del hospital, que es este edificio a mano derecha. Yo hago siempre este camino porque entro por Urgencias, que es la primera puerta a la derecha a la vuelta de la esquina.

—Por consiguiente, la mujer que iba con los tres niños salió de Urgencias, giró a la izquierda, entró en esta calle y aquí se reunió con el coche.

—Exactamente.

—¿Vio si el coche venía desde Urgencias?

—No, señor, no lo vi.

—¿Se fijó en cuántas personas iban a bordo?

—¿Antes de que subiera la mujer con los niños?

—Sí.

—Solo el que conducía.

—¿Observó algún detalle especial en el conductor?

—Señor comisario, ¿cómo habría podido hacerlo? El hombre no bajó del coche... Pero negro no era, eso seguro.

—Ah, ¿no? ¿Era como nosotros?

—Sí, señor comisario. Aunque... ¿sabe distinguir usted entre un tunecino y un siciliano? A mí una vez me ocurrió que...

—¿Cuántas ambulancias tienen ustedes? —la cortó el comisario.

—Cuatro, pero no son suficientes. Haría falta al menos otra..., pero no hay dinero.

—¿Cuántos hombres van normalmente en la ambulancia?

—Dos. Nos falta personal.

—¿Usted los conoce?

—Naturalmente, señor comisario.

Habría querido preguntarle acerca del auxiliar delgado y con bigote, pero no lo hizo porque aquella mujer hablaba demasiado. Puede que inmediatamente después corriera a verlo y le dijera que el comisario había preguntado por él.

—¿Le apetece tomar un café?

—Sí, señor comisario. Aunque no puedo abusar de él. Una vez me tomé cuatro cafés seguidos y...

En la comisaría lo esperaba Fazio, impaciente por reanudar las investigaciones sobre el desconocido hallado en el mar. Fazio era como un perro de caza. Cuando acechaba a una pieza, no cejaba en su empeño hasta que la cobraba.

—*Dottore*, el auxiliar sanitario de la ambulancia se llama Gaetano Marzilla.

Y no dijo más.

—¿Y bien? ¿Eso es todo? —preguntó sorprendido Montalbano.

—*Dottore*, ¿hacemos un trato?

—¿Qué trato?

—Usía permite que desahogue un poco mi complejo de registro civil, como lo llama usía, y después le cuento lo que he averiguado.

—Trato hecho —dijo el comisario, resignado.

Los ojos de Fazio se iluminaron de alegría. Se sacó del bolsillo una hojita de papel y empezó a leer.

—Gaetano Marzilla, nacido en Montelusa el seis de octubre de mil novecientos sesenta, hijo del difunto Stefano y de Antonia Diblasi, residente en Montelusa, Via Francesco Crispi dieciocho. Casado con Elisabetta Cappuccino, nacida en Ribera el catorce de febrero de mil novecientos sesenta y tres, hija del difunto Emanuele y de Eugenia Ricottilli, quien...

—O lo dejas ya o te pego un tiro —dijo Montalbano.

—Vale, vale, lo dejo —dijo Fazio, satisfecho, volviéndose a guardar la hoja de papel en el bolsillo.

—Bueno, ¿podemos hablar ya de cosas serias?

—Por supuesto. Este Marzilla trabaja en el hospital desde que se diplomó como auxiliar sanitario. Su mujer recibió como dote de su madre un pequeño establecimiento de artículos de regalo, el cual fue destruido hace tres años por un incendio.

—¿Intencionado?

—Sí, pero no estaba asegurado. Corren rumores de que la tienda fue incendiada porque Marzilla se hartó de pagar el *pizzo*, el impuesto de la mafia. ¿Y sabe qué hizo?

—Fazio, este tipo de preguntas me atacan los nervios. ¡Qué coño sé yo lo que hizo Marzilla! ¡Eres tú el que tienes que decírmelo!

—Marzilla aprendió la lección y seguramente se puso al día con el *pizzo*. Sintiéndose seguro, compró un almacén contiguo a la tienda y lo amplió y renovó todo. Resumiendo, está cargado de deudas y, como el negocio le va mal, dicen las malas lenguas que los usureros lo están estrangulando. Ahora el pobre hombre se ve obligado a buscar dinero por todas partes como un desesperado.

—Tengo que hablar como sea con este hombre. Y lo antes posible —dijo Montalbano tras permanecer un rato en silencio.

—¿Y qué hacemos? ¡No podemos ir y detenerlo! —dijo Fazio.

—¿Quién habla de detenerlo? Aunque...

—Aunque ¿qué?

—Si llegara a su conocimiento...

—¿Qué?

—Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Tú conoces la dirección de la tienda?

—Claro, *dottore*. Via Palermo treinta y cuatro.

—Gracias. Vuelve a tus caminatas.

Nueve

Una vez se hubo retirado Fazio, el comisario se pasó un buen rato pensando en lo que debía hacer. Cuando lo tuvo claro, llamó a Galluzzo.

—Ve a la imprenta Bulone y encárgales unas tarjetas de visita.

—¿Mías? —preguntó Galluzzo, sorprendido.

—Gallù, ¿ya empiezas como Catarella? ¡Mías!

—¿Y qué les digo que pongan?

—Lo esencial. *Dott.* Salvo Montalbano, Comisaría de Policía de Vigàta, y abajo, a la izquierda, el número de teléfono. Que te hagan diez.

—Hombre, *Dottore*, ya que se pone...

—¿Qué quieres, que encargue mil? Así podría tapizar el váter... Me basta y me sobra con diez. Las quiero sobre este escritorio antes de las cuatro de la tarde. Y no admito excusas. Corre, antes de que cierren. —Ya era la hora de comer y seguramente estaría cerrado, pero, por probar, no perdía nada.

—¿Dica? ¿Quién habla? —contestó una voz femenina que como mínimo procedía de Burkina Faso.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Está la señora Ingrid?

—Tú espera.

Era la tradición: cuando llamaba a Ingrid, siempre contestaba una asistenta procedente de países que no aparecían ni en el mapa.

—Hola, Salvo. ¿Qué ocurre?

—Necesitaría una pequeña ayuda. ¿Estás libre esta tarde?

—A las seis tengo una cita, pero hasta entonces...

—Será solo un momento. ¿Podemos vernos en Montelusa a las cuatro y media delante del bar Victoria?

—De acuerdo. Hasta luego.

En el horno de casa encontró una tierna y maliciosa pasta *'ncasciata* (le faltaban adjetivos para describirla, no supo definirla mejor) y se la zampó. Después se cambió de ropa, se puso un traje gris, una camisa azul y una corbata roja. Su aspecto oscilaba entre lo burócrata y lo equívoco. Después se sentó en la galería y tomó el café mientras se fumaba un cigarrillo.

Antes de salir, cogió un sombrero verde tipo tirolés, que no se ponía nunca, y unas gafas sin graduar que había utilizado una sola vez, no recordaba por qué motivo. Cuando regresó al despacho, a las cuatro, vio sobre el escritorio una cajita con las tarjetas de visita. Cogió tres y las guardó en la cartera. Volvió a salir, abrió el maletero del coche donde guardaba un impermeable a lo Bogart, se lo puso, se encasquetó el sombrero y se fue.

Al verlo aparecer vestido de aquella manera, a Ingrid le entró tal ataque de risa que se le saltaron las lágrimas y tuvo que entrar en el bar para ir al lavabo.

Cuando salió, le sobrevino otro ataque de risa. Montalbano se hizo el duro.

—Sube, no tengo tiempo que perder.

Ingrid obedeció, reprimiendo a duras penas las carcajadas.

—¿Conoces una tienda de artículos de regalo que está en el número treinta y cuatro de Via Palermo?

—No. ¿Por qué?

—Porque es allí adonde vamos.

—¿Para qué?

—A elegir un regalo de bodas para una amiga que se va a casar. Y recuerda que debes llamarme Emilio.

Pareció que Ingrid había explotado, literalmente. Su carcajada sonó como una detonación. Se sostenía la cabeza entre las manos, sin que fuera posible adivinar si reía o lloraba.

—Muy bien, tendré que llevarte a casa... —dijo el comisario, cabreado.

—No, no, espera un momento.

Se sonó la nariz un par de veces y se enjugó las lágrimas.

—Dime qué tengo que hacer, Emilio...

Montalbano se lo explicó.

El rótulo de la tienda decía «CAPPUCCINO», y debajo, en letras más pequeñas, «objetos de plata, regalos y listas de boda». En los escaparates, indudablemente elegantes, había expuestos diversos objetos brillantes de gusto un poco hortera. Montalbano trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada. Para evitar atracos, evidentemente. Pulsó el timbre y abrieron la puerta desde el interior. Dentro solo había una mujer de cuarenta y tantos años, menuda y bien vestida. Se la veía un poco a la defensiva y nerviosa.

—Buenos días —dijo, sin esbozar siquiera la habitual sonrisa de bienvenida a los clientes—. ¿Qué desean?

A Montalbano no le cupo duda de que no era una dependienta, sino la señora Cappuccino en persona.

—Buenos días —contestó Ingrid—. Verá, una amiga nuestra se casa y Emilio y yo habíamos pensado regalarle una bandeja de plata. ¿Podría mostrarnos alguna?

—Por supuesto —contestó la señora Cappuccino.

Y empezó a sacar de las estanterías bandejas de plata, a cual más horrenda, y a depositarlas sobre el mostrador. Montalbano miraba a su alrededor «en actitud claramente sospechosa», como se lee en los periódicos y en los informes de la policía. Finalmente, Ingrid lo llamó.

—Ven, Emilio.

Montalbano se acercó para ver las dos bandejas que Ingrid le mostraba.

—Estoy dudando entre estas dos. ¿A ti cuál te gusta más?

Mientras fingía dudar, el comisario observó que la señora Cappuccino lo miraba a hurtadillas.

—Vamos, Emilio, decídate de una vez —lo apremió Ingrid.

Finalmente, Montalbano se decidió. Mientras la señora Cappuccino envolvía la bandeja, Ingrid dijo en voz alta:

—¡Emilio, mira qué bonita es esta copa! ¿No quedaría bien en casa?

Montalbano la fulminó con la mirada y murmuró algo ininteligible.

—Vamos, Emilio, cómpramela. ¡Me encanta! —insistió Ingrid con los ojos brillantes de lo que estaba disfrutando.

—¿Se la lleva? —preguntó la señora Cappuccino.

—Otro día —contestó con firmeza el comisario.

La señora Cappuccino fue a la caja, tecleó unos números y le extendió al comisario el *ticket* de compra. Cuando Montalbano se disponía a sacar la cartera del bolsillo posterior de los pantalones, esta se le escapó de la mano y cayó todo su contenido al suelo. El comisario se agachó para recoger el dinero, los papeles y las tarjetas. Luego se incorporó y, con la punta del zapato, empujó hacia el mueble sobre el que descansaba la caja una tarjeta de visita que había dejado deliberadamente en el suelo. El numerito había sido perfecto. Salieron.

—¡Eres muy malo, Emilio! ¡Mira que no comprarme la copa! —dijo Ingrid en tono falsamente malhumorado en cuanto subieron al coche. Y después, cambiando de tono—: ¿Lo he hecho bien?

—Perfectamente.

—¿Y qué hacemos con la bandeja?

—Quédatala.

—¿Y crees que con esto saldas la cuenta? No, esta noche vamos a cenar. Te llevaré a un sitio donde preparan el pescado de maravilla.

No podía. Estaba seguro de que la escena que habían montado daría resultados inmediatos. Tenía que quedarse en el despacho.

—¿Y mañana por la noche?

—De acuerdo.

—¡Ah, *dottori, dottori!* —dijo en tono quejumbroso Catarella en cuanto Montalbano entró en la comisaría.

—¿Qué ocurre?

—Todo el archivo me he repasado, *dottori*. La vista he perdido, se me están cerrando los ojos. No hay nadie que se parezca al parecido del muerto que nadaba. El único era Errera. *Dottori*, ¿no sería posible la posibilidad de que fuera justamente Errera?

—¡Catarè, pero si en Cosenza nos han dicho que Errera está muerto y enterrado!

—Bueno, *Dottori*, ¿pero no es posible que el muerto resucitara y que después volviera a morir y se convirtiera en nadador?

- Catarè, ¿quieres que me duela la cabeza?
—¡Eso nunca, *dottori*! ¿Qué hago con estas fotorafías?
—Déjalas sobre la mesa. Después se las daremos a Fazio.

Al cabo de dos horas de inútil espera, empezó a entrarle un sueño irresistible. Apartó los papeles a un lado, cruzó los brazos sobre el escritorio, apoyó en ellos la cabeza y se quedó dormido en un santiamén. Tan profundamente que, cuando sonó el teléfono y abrió los ojos, por un instante no supo dónde estaba.

—Oiga, *dottori*. Hay uno que quiere hablar con usía en persona personalmente.

—¿Quién es?

—Ahí está el busilisi, *dottori*. Su nombre dice que no lo quiere decir.

—Pásamelo.

—Aquí Montalbano. ¿Con quién hablo?

—Comisario, creo que esta tarde ha estado usted con una señora en la tienda de mi mujer.

—¡¿Yo?!

—Sí, señor, usted.

—Disculpe, ¿quiere decirme cómo se llama?

—No.

—Bueno, pues entonces adiós.

Y colgó. Era una jugada arriesgada. Tal vez Marzilla había hecho acopio de todo su valor para llamar y no volviera a hacerlo. Sin embargo, Marzilla había picado con tal fuerza el anzuelo que le había lanzado el comisario, que volvió a llamar de inmediato.

—Comisario, perdone..., pero compréndalo. Sé que ha ido a la tienda de mi mujer disfrazado y con un nombre falso. Pero ella lo ha reconocido enseguida. Además, ha encontrado en el suelo una tarjeta de visita que se le había caído. Como comprenderá, es para estar nerviosos.

—¿Por qué?

—Porque está claro que usted está indagando acerca de algo que me concierne.

—Si es por eso, quédese tranquilo. Las investigaciones preliminares ya han terminado.

—¿Ha dicho que puedo estar tranquilo?

—Naturalmente. Por lo menos, por esta noche.

Notó que la respiración de Marzilla se paralizaba de golpe.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Que, a partir de mañana, pasaré a la segunda fase. La operativa.

—Y eso... ¿qué significa?

—Usted ya sabe cómo son estas cosas, ¿no? Detenciones, arrestos, interrogatorios, abogados, fiscales, periodistas...

—¡Pero yo no tengo nada que ver con toda esa historia!

—Disculpe, ¿de qué historia me habla?

—Pues... pues... no sé... la historia que... ¿Por qué fue a la tienda?

—A comprar un regalo de boda...

—¿Y por qué se hacía llamar Emilio?

—A la señora que me acompañaba le gusta llamarme así. Mire, Marzilla, ya es muy tarde. Me voy a mi casa de Marinella. Nos veremos mañana.

Y colgó. Más cabrón, imposible. Se apostaba los cojones a que en cuestión de una hora como máximo Marzilla llamaría a su puerta. La dirección podría encontrarla fácilmente consultando la guía telefónica. Como sospechaba, aquel tipo estaba metido en el asunto hasta el cuello. Alguien le había ordenado que introdujera a la mujer con los tres niños en la ambulancia y los llevara a Urgencias. Y él había obedecido.

Subió al coche y se puso en marcha con todas las ventanillas abiertas. Necesitaba sentir en el rostro la caricia de la saludable brisa del mar.

Una hora después, como él había previsto lúcidamente, un coche se detuvo delante de la puerta. Se oyó el golpe de una portezuela y sonó el timbre. Fue a abrir. Era un Marzilla distinto del que había visto en el aparcamiento del hospital. La barba de dos días le daba un aspecto enfermizo.

—Disculpe que...

—Lo esperaba. Pase.

Montalbano había decidido cambiar de táctica y Marzilla pareció sorprendido por el recibimiento. Entró con aire dubitativo y, más que sentarse, se hundió en la silla que le ofreció el comisario.

—Hablaré yo —dijo el comisario—. De esta manera, perderemos menos tiempo.

El hombre hizo una especie de gesto de resignación.

—La otra noche, en el puerto, usted ya sabía que una inmigrante con tres niños fingiría que se lastimaba una pierna. Su misión era estar allí con la ambulancia preparada, acercarse, diagnosticar la fractura antes de que llegara el médico, introducir a la mujer y a los tres niños en la ambulancia y dirigirse a Montelusa. ¿Es así? Responda sí o no.

Marzilla solo consiguió contestar tras haber tragado saliva y haberse humedecido los labios con la lengua.

—Sí.

—Bien. Al llegar al hospital de San Gregorio, usted tenía que dejar a la mujer y a los niños a la entrada de Urgencias. Y así lo hizo. Encima tuvo la suerte de que lo llamaran urgentemente a Scroglitti, lo cual le proporcionó una buena justificación para su manera de actuar. Responda.

—Sí.

—El conductor de la ambulancia, ¿es cómplice suyo?

—Sí. Yo le entrego cien euros cada vez.

—¿Cuántas veces lo ha hecho?

—Dos veces más.

—Y las otras dos veces, ¿los adultos iban acompañados de niños?

Marzilla tragó saliva antes de contestar.

—Sí.

—Durante el trayecto, ¿dónde se sienta usted?

—Depende. Al lado del conductor, o detrás, con los inmigrantes.

—Y en el viaje que a mí me interesa, ¿dónde estaba?

—Al principio, delante.

—¿Eso quiere decir que después se sentó detrás?

Marzilla estaba sudando y tenía dificultades.

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesito un poco de agua.

—No.

Marzilla lo miró, atemorizado.

—Si no quiere decírmelo usted, se lo diré yo. Usted se vio obligado a ir detrás porque uno de los niños, el de seis años, quería bajar a toda costa. ¿Es así?

Marzilla asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

El hombre dijo algo en voz tan baja que el comisario, más que oírlo, lo intuyó.

—¿Le aplicó una inyección? ¿Le administró un somnífero?

—Le inyecté un calmante.

—¿Y quién sujetaba al niño?

—Su madre. O lo que fuera.

—¿Y los otros niños?

—Lloraban.

—¿También el niño al que usted estaba administrando la inyección?

—No, él no.

—¿Qué hacía?

—Se mordía los labios hasta hacérselos sangrar.

Montalbano se levantó muy despacio, notando un intenso hormigueo en las piernas.

—Míreme, por favor.

El hombre levantó la cabeza y lo miró. El primer tortazo fue dirigido a la mejilla izquierda, y fue de tal violencia que le volvió la cara; el segundo lo alcanzó justo cuando volvía el rostro y le dio en la nariz, provocándole un borbotón de sangre. El hombre ni siquiera intentó secarse. Dejó que la sangre le manchara la camisa y la chaqueta. Montalbano volvió a sentarse.

—Me está ensuciando el suelo. Al fondo, a la derecha, encontrará el cuarto de baño. Vaya a lavarse. La cocina está ahí. Abra el frigorífico y coja cubitos de hielos. Usted, además de torturador de niños, es auxiliar sanitario. Supongo que sabe lo que debe hacer.

Durante el tiempo que el hombre se pasó trajinando en el cuarto de baño y en la cocina, Montalbano procuró no pensar en la escena que Marzilla

acababa de describirle, en aquel infierno circunscrito al reducido espacio de la ambulancia, en el miedo de aquellos ojos abiertos a la violencia...

Y había sido él quien había tomado de la mano a aquella criatura para llevarla hacia el horror. No conseguía perdonarse, era inútil que se repitiera que había creído actuar por el bien del niño... No debía pensar en ello, no debía dejarse dominar por la rabia, si quería seguir adelante con el interrogatorio. Marzilla regresó. Había envuelto el hielo en su pañuelo y lo sostenía con una mano en la nariz, manteniendo la cabeza ligeramente echada hacia atrás. Se sentó delante del comisario sin decir nada.

—Y ahora voy a decirle por qué se ha asustado tanto cuando he ido a la tienda. Tú...

Marzilla se sobresaltó. El brusco paso del «usted» al «tú» fue para él como un pistoletazo.

—... tú te has enterado de que a aquel chiquillo al que le administraste la inyección lo han abatido como a un animal salvaje. ¿Es así?

—Sí.

—Y por eso te has asustado. Porque tú eres un delincuente de tres al cuarto, un miserable, un mierda, pero no tienes el valor de ser cómplice de un asesinato. Cómo te has enterado, es decir, cómo has sabido que aquel niño al que tú sedaste era el mismo que el que habían atropellado con el coche, me lo dirás después. Ahora habla tú. Te ahorraré trabajo si te digo que sé que estás agobiado por las deudas y que necesitas dinero, y mucho, para pagar a los usureros. Continúa.

Marzilla inició su relato. Los dos guantazos del comisario lo habían aturdido, pero también le habían calmado en parte la angustia. Ahora no había otra salida que afrontar la realidad. A lo hecho, pecho.

—Cuando los bancos ya no quisieron concederme más crédito, pregunté por ahí quién podía echarme una mano. Me facilitaron un nombre y fui a ver a esa persona. Así empezó una ruina peor que la quiebra. Aquel hombre me prestó el dinero a un interés tan alto que hasta me da vergüenza decírselo. Así fui tirando durante un tiempo, hasta que al final no pude más. Entonces este señor, eso ocurrió hace un par de meses, me hizo una propuesta.

—Dime su nombre.

Marzilla negó con la cabeza, que aún mantenía echada hacia atrás.

—Tengo miedo, comisario. Es capaz de matarnos a mí y a mi mujer.

—Está bien, sigue. ¿Qué propuesta te hizo?

—Me dijo que se trataba de meter familias de inmigrantes en nuestro país. Los maridos habían encontrado trabajo, pero, como estaban en situación ilegal, no podían traer a sus mujeres y a sus hijos. A cambio de mi ayuda, él me descontaría una parte del interés.

—¿Un porcentaje fijo?

—No, comisario. Lo negociábamos cada vez.

—¿Cómo te avisaba?

—Me llamaba la víspera del desembarco y me describía a la persona que montaría el número de la caída. Las dos primeras veces todo fue bien. Esta, en cambio..., ese niño se rebeló.

Marzilla hizo una pausa y lanzó un profundo suspiro.

—Debe creerme, comisario. Aquella noche no pude dormir. No podía apartar de mi mente la escena, la mujer que lo sujetaba, yo con la jeringa, los otros niños que lloraban... Cuando fui a ver a ese hombre para acordar mi porcentaje, me dijo que no me daría nada, que el asunto había acabado mal y que la mercancía estaba averiada, eso fue exactamente lo que dijo, pero que podría resarcirme, pues estaba prevista una nueva llegada. Regresé a casa desanimado. Después oí en el telediario que un niño ilegal había sido arrollado por un desaprensivo. Entonces comprendí a qué se refería al decir que la mercancía estaba averiada. Más tarde se presentó usted en la tienda. Yo sabía que había estado preguntando en el hospital... En resumidas cuentas, comprendí que tenía que apartarme de todo esto como fuera.

Montalbano se levantó y salió a la galería. El rumor del mar era como la respiración de un niño. Después de permanecer un rato allí, volvió a entrar en la casa y se sentó.

—Por lo que veo, no quieres decirme el nombre de ese... señor, por llamarlo de alguna manera.

—¡No es que no quiera, es que no puedo! —dijo casi a gritos el hombre.

—Bueno, tranquilo, no te alteres; si no, te volverá a sangrar la nariz. Hagamos un trato.

—¿Qué trato?

—Tú sabes que puedo enviarte a la cárcel, ¿verdad?

—Sí.

—Y eso sería tu ruina. Perderías el trabajo en el hospital y tu mujer tendría que vender la tienda.

—Sí, lo sé.

—Pues entonces, si aún te queda un poco de cerebro en la cabeza, solo tienes que hacer una cosa. Avísame de inmediato en cuanto ese hombre te llame. Nada más. Del resto nos encargaremos nosotros.

—¿Y yo quedaré fuera de todo este asunto?

—Eso no puedo garantizártelo. Pero puedo suavizar las consecuencias. Tienes mi palabra. Y ahora, apártate de mi vista.

—Gracias —dijo Marzilla, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta con unas piernas que parecían de requesón.

—No hay de qué —contestó Montalbano.

* * *

No se fue enseguida a la cama. Encontró media botella de *whisky* y fue a bebérsela a la galería. Antes de cada sorbo, levantaba la botella en el aire y brindaba por un pequeño guerrero que había luchado hasta el límite de sus fuerzas, pero que no había conseguido alzarse con la victoria.

Diez

Mañana cochina y ventosa, sol desvaído y a menudo cubierto por unos rápidos nubarrones de color gris oscuro: más que suficiente para exacerbar el mal humor del comisario, ya negro de por sí. Fue a la cocina, preparó café, tomó una primera taza, se fumó un cigarrillo, hizo lo que tenía que hacer, se duchó, se afeitó y se puso el mismo traje que llevaba desde hacía dos días. Antes de salir, regresó a la cocina con la intención de tomarse otro café, pero solo consiguió llenar media taza porque la otra media se la vertió sobre los pantalones. De repente, y por propia iniciativa, la mano había actuado por su cuenta. ¿Otra señal de proximidad de la vejez? Soltando maldiciones como si se dirigiera a un pelotón de turcos puestos en fila, se quitó el traje y lo dejó sobre una silla para que Adelina lo lavara y planchara. Sacó lo que había en los bolsillos para trasladarlo a los del traje que se iba a poner, y entre el montón de cosas descubrió con sorpresa un sobre cerrado. Lo contempló, estupefacto. ¿De dónde había salido? Entonces lo recordó: era la carta que Catarella le había entregado diciendo que la había llevado el periodista Poncio Pilato. Su primer impulso fue arrojarla a la basura, pero, en lugar de eso, quién sabe por qué, decidió leerla. A fin de cuentas, siempre le quedaba la posibilidad de no contestar. Los ojos se desplazaron rápidamente hacia la firma: Sozio Melato, fácilmente traducible por Poncio Pilato, según el lenguaje catarellesco. El texto era muy breve, lo cual hablaba bien, en principio, de quien lo había escrito.

Querido comisario Montalbano:

Soy un periodista que no pertenece a ningún gran rotativo, pero que colabora asiduamente con diarios y revistas.

Un *free-lance*, como suele decirse. He llevado a cabo importantes investigaciones sobre la mafia del Brenta y sobre el contrabando de armas de los

países del Este. Desde hace algún tiempo, me dedico a un aspecto concreto de la emigración clandestina en el Adriático y en el Mediterráneo.

La otra noche lo vi a usted en el puerto durante el desembarco de inmigrantes. Lo conozco de nombre, y he pensado que tal vez nos sería recíprocamente útil un intercambio de opiniones (no una entrevista, por el amor de Dios. Sé que usted las aborrece).

Le anoto al pie el número de mi móvil.
Permaneceré en la isla un par de días.
Quedo de usted affmo.

Sozio Melato

El tono seco de las palabras le gustó. Decidió llamar al periodista en cuanto llegara al despacho, si es que aún no se había ido. Fue a buscar otro traje.

Lo primero que hizo al entrar en la comisaría fue llamar a Catarella y hablar con él, en presencia de Mimì Augello.

—Catarella, presta mucha atención. Tiene que llamarme un tal Marzilla. En cuanto llame...

—Disculpe, *dottori* —lo interrumpió Catarella—. ¿Cómo ha dicho que se llama este Marzilla? ¿Cardilla?

Montalbano se tranquilizó. Si Catarella volvía a las andadas con los nombres, eso significaba que el fin del mundo aún quedaba muy lejos.

—Pero ¡por la Virgen santísima!, ¿cómo se va a llamar Cardilla, si tú mismo acabas de llamarlo Marzilla?

—¿De veras? —dijo aterrizado Catarella—. Pues entonces, ¿cómo demonios se llama este buen hombre?

El comisario cogió una hoja de papel, escribió en ella con letras de imprenta y rotulador rojo «MARZILLA» y se la entregó a Catarella.

—Lee.

Catarella lo leyó bien.

—Estupendo —dijo Montalbano—. Este papel lo pegas al lado de la centralita. En cuanto llame, me avisas, tanto si estoy aquí como si estoy en Afganistán. ¿De acuerdo?

—Sí, señor *dottori*. Váyase tranquilo a Agfastán que yo se lo pasaré.

—¿Por qué me has obligado a presenciar este vodevil? —preguntó Augello en cuanto Catarella se hubo retirado.

—Porque tú, tres veces por la mañana y tres veces por la tarde, tienes que preguntarle a Catarella si ha llamado Marzilla.

—¿Se puede saber quién es ese Marzilla?

—Te lo diré si has sido bueno y has hecho los deberes.

Durante el resto de la mañana no ocurrió nada de nada. Solo la rutina habitual: una salida a causa de una violenta trifulca familiar, que acabó transformándose en agresión por parte de toda la familia, repentinamente reconciliada, contra Gallo y Galluzzo, culpables de intentar restablecer la paz; la denuncia de un teniente de alcalde, más pálido que un muerto, que había encontrado un conejo degollado en la puerta de su casa; el tiroteo de los ocupantes de un coche en marcha contra un sujeto que se encontraba junto a un surtidor de gasolina, el cual, tras haber resultado ileso, volvió a subir a su automóvil y se desvaneció en la nada sin que el encargado de la gasolinera hubiera tenido tiempo de anotar el número de la matrícula; el casi diario atraco a un supermercado... El móvil del periodista Melato permanecía obstinadamente apagado. En resumen: Montalbano no explotó de milagro. Pero se resarcó en la *trattoria* Da Enzo.

Hacia las cuatro de la tarde Fazio dio señales de vida por teléfono. Llamaba a través del móvil desde Spigonella.

—*Dottore?* Tengo alguna novedad.

—Dime.

—Por lo menos dos personas de aquí creen haber visto al muerto que usted encontró, lo han reconocido en la fotografía en la que está con bigote.

—¿Saben cómo se llamaba?

—No.

—¿Vivía allí?

—No lo saben.

—¿Saben qué hacía por aquella zona?

—No.

—¿Pues qué coño saben entonces?

Fazio prefirió no contestar directamente.

—*Dottore*, ¿no podría venir usted aquí? Así comprendería personalmente la situación. Puede tomar la carretera del litoral, donde siempre hay más tráfico, o puede pasar por Montechiaro, coger la...

—Conozco el camino.

Era el mismo que había recorrido cuando había ido a ver el lugar donde habían matado al chiquillo. Llamó a Ingrid, con la que había quedado para cenar. La sueca se disculpó de inmediato: no podría ser. Su marido había invitado a cenar a unos amigos de manera inesperada, y ella tendría que quedarse a interpretar el papel de señora de la casa. Acordaron que ella pasaría por la comisaría hacia las ocho y media de la tarde del día siguiente. En caso de que no estuviera, ella lo esperaría. Volvió a probar con el periodista, y esta vez contestó.

—¡Comisario! ¡Ya pensaba que no me llamaría!

—Oiga, ¿podemos vernos?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, si quiere.

—No puedo. He tenido que viajar a Trieste. Me he pasado el día entre aeropuertos y aviones con retraso. Por suerte, mi madre no estaba tan grave como me había dicho mi hermana.

—Me alegro. ¿Entonces?

—Hagamos una cosa. Si todo va bien, mañana por la mañana tengo intención de tomar un avión a Roma y allí enlazar con Sicilia. Ya le diré algo.

Pasado Montechiaro, y una vez en la carretera de Spigonella, llegó al cruce de Tricase. Titubeó un instante y después tomó una decisión: como máximo le llevaría diez minutos. Cogió el desvío: el campesino no estaba trabajando en su campo, ni siquiera el ladrido de un perro rompía el silencio. En la base del montículo de grava, el ramillete de flores silvestres se había marchitado. Tuvo que echar mano de su escasa habilidad para ir marcha atrás en aquel viejo camino de mulas que parecía devastado por un terremoto, y regresó hacia Spigonella. Fazio lo esperaba delante de un chalet blanco y rojo de dos plantas visiblemente deshabitado. Se oía el rumor del mar embravecido.

—A partir de este chalet empieza Spigonella —dijo Fazio—. Vamos en mi coche.

Montalbano subió y Fazio empezó a hacer de guía mientras ponía en marcha el motor.

—Spigonella se levanta en un altiplano rocoso. Para acceder a la playa hay que subir y bajar unos peldaños excavados en la piedra, lo que en verano debe de provocar más de un infarto. También se puede llegar en coche, pero hay que seguir el camino que usted ha seguido, desviarse hacia Tricase y, desde allí, regresar aquí. ¿Me explico?

—Sí.

—En cambio, Tricase está a la orilla del mar, y sus habitantes son de otro tipo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que aquí, en Spigonella, la gente tiene dinero y vive en chalets caros. Son abogados, médicos, comerciantes... Mientras que la gente de Tricase es humilde y vive en casuchas adosadas.

—Pero tanto los chalets como las casuchas son ilegales, ¿no?

—Por supuesto, *dottore*. Solo quería hacerle ver que aquí los chalets están aislados, ¿se da cuenta? Tienen muros altos y jardines con una vegetación muy tupida. Es muy difícil ver lo que ocurre dentro. En Tricase, sin embargo, las casuchas se tienen confianza, es como si hablaran entre ellas.

—¿Te has vuelto poeta? —preguntó Montalbano.

Fazio se ruborizó.

—Me ocurre de vez en cuando —confesó.

Llegaron al borde de un acantilado y descendieron del coche. Abajo, el mar se convertía en espuma al golpear contra las rocas, y algo más allá había invadido por completo una pequeña playa. Era una costa extraña, en la que se alternaban tramos de rocas erizadas con otros de arena fina. En lo alto de un pequeño promontorio se veía un solitario chalet con una inmensa terraza colgada sobre el mar. El trozo de costa que se veía abajo —una masa de rocas altas— lo habían vallado ilegalmente y convertido en un espacio privado. No había nada más que ver. Subieron al coche.

—Ahora lo acompañaré a hablar con alguien que...

—No —dijo el comisario—. Es inútil, cuéntame tú lo que te han dicho. Regresemos.

Durante todo el trayecto, tanto de ida como de vuelta, no se cruzaron con ningún vehículo. Y tampoco vieron ninguno aparcado.

Delante de un chalet francamente lujoso había un hombre sentado en una silla de paja, fumándose un puro.

—Este es uno de los dos que dicen haber visto al tipo de la foto —dijo Fazio—. Trabaja aquí de vigilante. Dice que hace unos tres meses se encontraba sentado fuera de la casa, igual que ahora, cuando vio aparecer por la izquierda un coche que avanzaba a sacudidas. El vehículo se detuvo justo delante de él y bajó un hombre, el de la fotografía. Se había quedado sin gasolina. Entonces el vigilante se ofreció a ir a buscar un bidón al surtidor que hay en la parte baja de Montechiaro. Cuando volvió, el hombre le dio cien euros de propina.

—¿No sabe de dónde venía?

—No. Y jamás lo había visto. Con el segundo hombre que cree reconocerlo solo he podido hablar un momento. Es pescador, y tenía que ir a vender el pescado a Montechiaro. Me ha dicho que vio al hombre de la fotografía hace tres o cuatro meses en la playa.

—¿Hace tres o cuatro meses? ¡Pero si era pleno invierno! ¿Qué hacía allí?

—Eso mismo se preguntó el pescador. Acababa de arrastrar la barca hasta la orilla, cuando vio en lo alto de un farallón al hombre de la fotografía.

—¿En lo alto de un farallón?

—Sí, señor. Uno de esos que había debajo del chalet de la terraza.

—¿Y qué hacía allí?

—Nada. Contemplaba el mar y hablaba por el móvil. El pescador pudo verlo bien porque en determinado momento giró la cabeza hacia donde él estaba. Tuvo la impresión de que le decía algo con los ojos.

—¿Qué?

—¡Desaparece de mi vista ahora mismo! ¿Qué, qué hago?

—No entiendo. ¿Qué tienes que hacer, quieres decir?

—¿Sigo buscando o lo dejo?

—Creo que es inútil que pierdas más tiempo aquí. Vuelve a Vigàta.

Fazio lanzó un suspiro de alivio. Aquella investigación se le había atragantado desde el primer momento.

—¿Y usted no viene?

—Yo te sigo, pero tú ve tirando..., yo tengo que parar un momento en Montechiaro.

Era una trola como una casa, no tenía nada que hacer en Montechiaro. Durante un rato siguió el coche de Fazio, pero poco a poco fue quedándose atrás. En cuanto lo perdió de vista, giró en redondo y volvió sobre sus pasos. Spigonella lo había impresionado. ¿Cómo era posible que en toda aquella zona, aunque no fuera la época, no hubiera ni un alma, a excepción del vigilante del puro? No había visto ni un perro ni un gato deambulando por los alrededores de los chalets. Era el lugar ideal para hacer lo que a uno le diera la gana, como, por ejemplo, llevarse a una querida, montar una timba, una pequeña orgía o una esnifada colosal. Bastaba con cerrar las persianas para que no se filtrara el menor rayo de luz al exterior y para que nadie se enterara de lo que estaba ocurriendo dentro. Los chalets disponían de tanto espacio a su alrededor que podían meter dentro todos los coches que quisieran. Una vez cerrada la verja, era como si jamás hubiera llegado ningún coche allí. De pronto se le ocurrió una idea. Frenó, bajó del coche y se puso a dar vueltas de un lado a otro, absorto. De vez en cuando, propinaba pequeños puntapiés a las piedrecitas blancas que tapizaban la carretera.

La larga fuga del chiquillo, iniciada en el muelle del puerto de Vigàta, había terminado en los alrededores de Spigonella. Y casi con toda certeza, el niño estaba huyendo de Spigonella cuando había sido atropellado por el coche.

El muerto sin nombre que él había descubierto en el agua había sido visto en Spigonella. Y muy probablemente lo habían matado allí. Ambos sucesos parecían discurrir por caminos paralelos y, sin embargo, tal vez no fuera así. Le vino a la mente el célebre término acuñado por un político que fue asesinado por las Brigadas Rojas: «Convergencias paralelas». En este caso, ¿el punto de convergencia sería el pueblecito fantasma de Spigonella? ¿Por qué no?

Pero ¿por dónde empezar? ¿Averiguando los nombres de los propietarios de los chalets? La empresa se le antojó imposible. Si todas aquellas construcciones eran ilegales, sería inútil acudir al registro o al Ayuntamiento. Desanimado, se apoyó en un poste del tendido eléctrico. Nada más rozarlo con la espalda, se apartó de él como si hubiera sufrido una descarga. ¡La luz, claro! ¡Los chalets debían de disponer de energía eléctrica y, por consiguiente, los propietarios habían firmado una solicitud de conexión! El entusiasmo le duró muy poco, pues imaginó la respuesta de la compañía: los recibos correspondientes a Spigonella, al no haber calles con nombres ni números, en definitiva, al no existir Spigonella, se enviaban a los domicilios habituales de los propietarios. La criba de todos aquellos propietarios habría sido sin duda una tarea ciertamente larga y complicada. Si Montalbano hubiera querido decir cómo de larga, la respuesta habría sido de una imprecisión casi poética. ¿Y si probara con la compañía telefónica? ¡Venga ya!

Dejando aparte que la respuesta de la compañía telefónica habría tenido muchos puntos en común con la de la eléctrica, ¿qué hacer en los casos de los que utilizaban móviles? Además, ¿no había dicho el pescador que el anónimo muerto estaba hablando justamente por un móvil? Nada, mirara por donde mirara, acababa tropezando con una muralla. Se le ocurrió otra idea. Subió al coche, lo puso en marcha y se alejó de allí. No le resultó fácil encontrar el camino. Hasta dos o tres veces pasó por delante del mismo chalet, antes de encontrar el que buscaba. El vigilante seguía sentado en la misma silla de paja, con el puro apagado en la boca. Montalbano bajó del coche y se acercó.

—Buenos días.

—Si a usía le parecen buenos... Buenos días.

—Soy comisario de policía.

—Ya sé que es policía. Lo vi con el que me enseñó la foto.

Vista fina el señor vigilante...

—Quería preguntarle una cosa.

—Lo que usted quiera.

—¿Se ven inmigrantes ilegales por aquí?

El vigilante lo miró, estupefacto.

—¿Inmigrantes ilegales? Señor mío, aquí no se ven inmigrantes legales ni ilegales. Aquí solo se ve a los que viven aquí, cuando vienen. ¡Inmigrantes ilegales!... ¡Quite, por Dios!

—Perdone, ¿por qué le parece tan absurdo?

—Porque por aquí pasa cada dos horas el coche de vigilancia privado. ¡Y esos, si vieran a algún inmigrante ilegal, le pegarían tantas patadas en el trasero que lo enviarían a su país!

—¿Y cómo es que hoy no se ven vigilantes por ninguna parte?

—Porque hacen media jornada de huelga.

—Gracias.

—No, gracias a usted que me ha ayudado a pasar un poco el rato.

Subió al coche y se fue. Pero al llegar al chalet blanco y rojo donde se había reunido con Fazio, volvió atrás. No es que esperara descubrir nada, pero no podía alejarse de aquel lugar. Se detuvo al borde del acantilado. Ya estaba empezando a oscurecer. Entre las sombras del crepúsculo, el chalet de la gran terraza ofrecía una apariencia espectral. A pesar de los lujosos edificios, de los cuidados árboles que asomaban por encima de los muros, del verdor que había por todas partes, Spigonella era una tierra baldía, por citar a Eliot. Es cierto que los pueblos costeros, sobre todo los que viven de los veraneantes, fuera de temporada parecen muertos. Pero Spigonella ya debía de estar muerta cuando nació. En su principio estaba su final, por fusilar una vez más a Eliot. Subió nuevamente al coche y, esta vez sí, regresó a Vigàta.

—Catarè, ¿se ha sabido algo de Marzilla?

—No, señor *dottori*. Él no ha tilifoniado, el que ha tilifoniado ha sido Poncio Pilato.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que mañana no le dará tiempo a tomar el avión pero pasado mañana sí y por eso por la tarde de pasado mañana vendrá aquí.

Entró en su despacho y, sin sentarse, efectuó una llamada. Quería averiguar si era posible hacer una cosa que se le acababa de pasar por la cabeza mientras aparcaba.

—¿Señora Albanese? Buenas tardes, ¿qué tal está? ¿Podría decirme a qué hora regresa con la barca su marido? Ah, que hoy no ha salido... está en casa... ¿Me lo puede pasar? ¡Ciccio!, pero ¿qué haces en casa? ¿Que te has

resfriado?... Y ahora, ¿cómo estás? ¿Ya se te ha pasado? Bueno, me alegro. Oye, quería preguntarte una cosa... ¿Cómo dices? ¿Que por qué no voy a cenar a tu casa y así hablamos directamente? La verdad es que no querría molestar a tu mujer... ¿Qué has dicho? ¿Pasta con requesón fresco? ¿Y de segundo morralla? Dentro de media hora estoy con vosotros.

Durante toda la cena no consiguió decir nada. De vez en cuando, Ciccio se atrevía a preguntar:

—¿Qué quería preguntarme, comisario?

Pero Montalbano no decía nada. Se limitaba a mover en sentido giratorio el índice de la mano izquierda en ese gesto que quiere decir «después..., después», no se sabe si porque tenía la boca llena o por miedo a abrirla, no fuera a ser que el aire se llevara el sabor que custodiaba celosamente entre la lengua y el paladar.

Cuando llegó el café, decidió hablar, aunque solo después de haber felicitado a la mujer de Albanese por sus habilidades culinarias.

—Tenías razón, Ciccio. Al muerto lo vieron hace unos tres meses en Spigonella. Las cosas debieron de ocurrir como tú dices: lo mataron y después lo arrojaron al agua en Spigonella o alrededores. Veo que tu reputación de sabio marinero no es injustificada.

Ciccio recibió la alabanza con humildad, como algo natural.

—¿En qué más puedo servirlo? —se limitó a preguntar.

Montalbano se lo dijo. Albanese lo pensó un momento y preguntó a su mujer:

—¿Sabes si Tanino está en Montelusa, o en Palermo?

—Esta mañana mi hermana me ha dicho que estaba aquí.

Antes de levantarse para ir a llamar, Albanese se sintió obligado a dar una explicación.

—Tanino es el hijo de una hermana de mi mujer. Estudia Derecho en Palermo, pero su padre tiene una casita en Tricase y viene a menudo porque le gusta hacer submarinismo. Tiene una lancha neumática.

La conversación no duró más de cinco minutos.

—Mañana por la mañana a las ocho Tanino lo espera. Ahora le explico cómo se llega hasta allí.

—¿Fazio? Perdóname que te moleste a estas horas. El otro día me pareció ver a uno de los nuestros con una pequeña videocámara que...

—Sí, señor *dottore*. Era Torrisi. Se la acababa de comprar, se la había vendido Torretta.

¡Faltaría más! ¡Torretta debía de haber trasladado el bazar de Zanzíbar para instalarlo en la comisaría de Vigàta!

—Dile a Torrisi que venga a Marinella con la videocámara y con todo lo necesario para hacerla funcionar.

Once

Cuando abrió la persiana, se le ensanchó el corazón. La mañana se presentaba encantada de ser como era, resplandeciente de luz y colores. Bajo la ducha, Montalbano intentó incluso cantar, cosa que hacía muy raras veces, pero, como desafinaba un poco, se limitó a canturrear la melodía. Aunque no tenía prisa, lo hacía todo muy rápido. Estaba impaciente por dejar Marinella y partir hacia Tricase. Tanto es así que en el coche se descubrió conduciendo a una velocidad excesiva. Al llegar al cruce de Spigonella-Tricase, giró a la izquierda y, después de la consabida curva, llegó al montículo de grava. El ramillete de flores ya no estaba. Un obrero cargaba paladas de gravilla en una carreta. Las pocas cosas que recordaban la existencia y la muerte del pequeño habían desaparecido. A esas horas el cuerpecito habría sido enterrado de manera anónima en el cementerio de Montechiaro. Cuando llegó a Tricase, siguió fielmente las instrucciones que le había dado Ciccio Albanese, y casi en la orilla se encontró delante de una casita de color ocre. En la puerta había un joven de veintitantos años de aspecto simpático, descalzo y en bañador. En el agua, a unos metros de la casa, flotaba una lancha neumática. Se estrecharon la mano. Tanino observó con curiosidad al comisario, que iba vestido como un auténtico turista: aparte de la videocámara que sostenía en la mano, llevaba también unos gemelos en bandolera.

—¿Nos vamos ya? —preguntó el muchacho.

—Sí, pero primero quisiera quitarme esta ropa.

—Pase.

Entró en la casita y salió en traje de baño. Tanino cerró la puerta con llave y subieron a la lancha neumática. El muchacho preguntó:

—¿Adónde quiere que vayamos?

—¿No te lo ha explicado tu tío?

—No, solo me ha dicho que me pusiera a su disposición.

—Quiero efectuar unas tomas de la costa de Spigonella. Pero debemos procurar que no nos vean.

—¿Quién puede vernos, comisario? ¡En Spigonella no hay ni un alma en esta época!

—Tú haz lo que te digo.

Cuando no llevaban ni media hora navegando, Tanino aminoró la velocidad.

—Aquellos son los primeros chalets de Spigonella. ¿Le va bien esta velocidad?

—Muy bien.

—¿Me acerco un poco más?

—No.

Montalbano tomó la videocámara y se dio cuenta horrorizado de que no sabía cómo usarla. Las instrucciones que Torrasi le había facilitado la víspera se habían convertido en una especie de papilla informe en su cerebro.

—¡Virgen Santa! ¡Se me ha olvidado cómo funcionaba! —exclamó en tono quejumbroso.

—¿Quiere que lo haga yo? Sé cómo usarla. Yo tengo una igual.

Intercambiaron las posiciones y el comisario se colocó al timón. Con una mano lo sujetaba y con la otra sostenía los gemelos delante de los ojos.

—Y aquí termina Spigonella —dijo en determinado momento Tanino, volviéndose a mirar al comisario.

Montalbano no contestó, parecía enfrascado en sus pensamientos.

—¿Comisario?

—¿Eh?

—¿Qué hacemos ahora?

—Volvemos atrás. A ser posible, un poco más cerca y más despacio.

—Es posible.

—Otra cosa: cuando lleguemos a la altura del chalet de la terraza grande, ¿puedes enfocar el *zoom* sobre aquellos farallones que hay debajo?

Repitieron el paseo en sentido contrario, hasta que dejaron Spigonella a su espalda.

—¿Y ahora?

—¿Estás seguro de que se ha grabado bien?

—Pongo la mano sobre el fuego.

—Muy bien, pues volvamos. ¿Sabes quién es el propietario del chalet de la terraza?

—Sí, señor. Se la hizo construir un americano, yo aún no había nacido.

—¿Un americano?

—Sí, un hijo de emigrantes de Montechiaro. Al principio se ve que venía bastante, pero luego desapareció. Corrieron rumores de que lo habían detenido.

—¿En nuestro país?

—No, en América. Por contrabando.

—¿Droga?

—Y cigarrillos. Dicen que en una época dirigía desde aquí todo el tráfico del Mediterráneo.

—¿Tú has visto de cerca la escollera que hay delante?

—Comisario, aquí cada cual se ocupa de sus asuntos.

—¿El chalet ha estado habitado recientemente?

—Recientemente no, pero el año pasado sí.

—¿O sea que lo alquilan?

—Sí.

—¿Se encarga de ello alguna agencia?

—No tengo ni idea, comisario. Si quiere, puedo hacer averiguaciones.

—No, te lo agradezco, ya te he molestado bastante.

Llegó a la plaza de Montechiaro cuando el reloj del Ayuntamiento daba las once y media. Bajó del coche y se dirigió hacia una puerta acristalada encima de la cual había un rótulo que decía «Agencia Inmobiliaria». Dentro solo había una amable y agraciada joven.

—No, de ese chalet al que usted se refiere no nos encargamos nosotros.

—¿Sabe quién se encarga?

—No. Verá, es difícil que los propietarios de estos chalets de lujo recurran a las agencias, al menos en esta zona.

—¿Cómo lo hacen entonces?

—Son gente rica, con muchos contactos... Hacen correr la voz en su ambiente...

«Los delincuentes también hacen correr la voz en su ambiente», pensó el comisario.

La chica lo miraba, deteniendo especialmente su atención en los gemelos y la videocámara.

—¿Es usted turista?

—¿Cómo lo ha adivinado?

El paseo marino le había despertado un apetito irresistible, lo sentía agitarse en su interior como un río en plena crecida. Dirigirse a la *trattoria* Da Enzo habría significado excluir cualquier posibilidad de equivocarse, pero debería correr el riesgo de abrir el frigorífico u el horno de Marinella porque necesitaba ver de inmediato el material filmado. Una vez en casa, corrió a descubrir con cierta intriga lo que la inspiración de Adelina le había preparado: en el horno encontró un inesperado aunque ansiado conejo a la cazadora, guisado con tomate, ajo, hierbas aromáticas, vino blanco y vinagre. Mientras lo ponía a calentar, llamó por teléfono.

—¿Torrise? Soy Montalbano.

—¿Ha ido todo bien, *dottore*?

—Creo que sí. ¿Puedes acercarte un momento a mi casa dentro de una hora?

Cuando uno come solo, puede permitirse ciertas cosas que jamás se atrevería a hacer en compañía de alguien. Los hay que se sientan a la mesa en calzoncillos, mientras que otros comen tumbados o sentados delante del televisor. A menudo, y de muy buen grado, el comisario utilizaba los dedos. Y así lo hizo con el conejo a la cazadora. Después tuvo que pasarse media hora con las manos bajo el grifo, tratando de eliminar el pringue. Llamaron a la puerta. Era Torrise.

—Mire, comisario, se hace así. Se le da aquí y se...

Y así lo hizo, mientras explicaba, pero Montalbano no le prestaba atención. Para esas cosas era completamente negado. En el televisor aparecieron las primeras imágenes que Tanino había rodado.

—Comisario —dijo Torrisi con admiración—, ¿sabe que son unas imágenes magníficas? ¡Es usted muy hábil! Le ha bastado una sola lección teórica para...

—Bueno —dijo modestamente Montalbano—, no ha sido muy difícil...

Las rocas que había debajo del chalet, en la toma efectuada a la ida, estaban dispuestas como los dientes inferiores de una boca, pero de manera irregular, unos más adelantados que otros. Sin embargo, en la toma contraria, y con la ayuda del *zoom*, las mismas rocas revelaban la ausencia de un diente, un hueco no muy ancho, pero suficiente para que a través de él pudiera pasar una lancha neumática o una pequeña lancha motora.

—Para aquí.

Montalbano estudió atentamente la imagen. Había algo en aquel hueco que lo inquietaba. Era como si el agua del mar, en el momento de penetrar a través de él, vacilara. A veces parecía que quisiera volver atrás.

—¿Puedes ampliarla más?

—No, *dottore*.

Ahora, en una toma más lejana, se veía la empinadísima escalera que bajaba desde el chalet al pequeño puerto natural.

—Rebobina, por favor.

Esta vez vio una elevada valla metálica sujeta a unas barras de hierro que había clavadas en la roca. Estaba claro que su objetivo era ocultar a la vista lo que ocurría dentro. Por consiguiente, no solo el chalet era ilegal, sino que hasta el litoral había sido ilegalmente cortado: imposible recorrerlo a pie en toda su longitud, ni siquiera encaramándose a las rocas, pues en determinado momento se levantaba una insuperable barrera de telas metálicas. Y esta segunda vez tampoco consiguió comprender por qué razón el mar se comportaba de aquella manera tan rara en el hueco.

—Muy bien, muchas gracias, Torrisi. Ya puedes llevarte la videocámara.

—*Dottore* —dijo el agente—, hay una manera de ampliar la imagen que le interesa. Cojo el fotograma, lo imprimo y se lo paso a Catarella, que con el ordenador...

—Muy bien, muy bien, hazlo como quieras —lo cortó Montalbano.

—Y lo felicito una vez más por esas tomas tan buenas —dijo Torrisi al salir.

—Gracias —repuso el comisario.

Y, con la cara dura de que solía hacer gala en ciertas ocasiones, Montalbano el usurpador ni se ruborizó.

—Catarè, ¿ha dado señales de vida Marzilla?

—No, señor *dottori*. Ah, quería decirle que esta mañana ha llegado una carta de correo urgente para usía personalmente.

El sobre era de lo más normal, sin membrete. El comisario lo abrió y sacó un recorte de periódico. Miró en el interior, pero no había nada más. Se trataba de un breve artículo fechado el 11 de marzo en Cosenza, cuyo título rezaba: «DESCUBIERTO EL CUERPO DEL DESAPARECIDO ERRERA». Y decía:

Ayer, sobre las seis de la mañana, un pastor llamado Antonio Jacopino descubrió, cuando cruzaba con su rebaño la vía del ferrocarril en las proximidades de Paganello, unos restos humanos diseminados por las vías. Tras las primeras observaciones, la policía, que acudió al lugar de inmediato, dedujo que se trataba de un desafortunado accidente: el hombre debía de haber resbalado por el terraplén mojado por las recientes lluvias, justo en el momento en que pasaba el rápido de las veintitrés horas con destino a Cosenza. Interrogados los maquinistas, estos declararon no haber visto nada. Solo ha sido posible identificar a la víctima por los documentos que llevaba en la cartera y por la alianza matrimonial. Se trata de Ernesto Errera, condenado por el Tribunal de Cosenza por atraco a mano armada, que desde hacía algún tiempo había pasado a la clandestinidad. Los últimos rumores sobre él indicaban que se encontraba en Brindisi, pues al parecer hacía tiempo que se había interesado por la inmigración clandestina, en estrecha colaboración con el hampa albanesa.

Y eso era todo. Sin ninguna firma, sin una sola línea de explicación. Examinó el matasellos: era de Cosenza. Pero ¿qué coño significaba aquello? Tal vez hubiera una explicación: se trataba de una venganza interna. Lo más probable era que el compañero Vattiato hubiera comentado el ridículo que había hecho el comisario Montalbano al comunicarle el hallazgo de un delincuente que, en realidad, ya estaba muerto y enterrado. Y alguno de los presentes, al que evidentemente Vattiato le caía muy mal, le había enviado el recorte con carácter anónimo. Porque aquellas líneas, leídas debidamente, hacían hincapié en las certezas de Vattiato. El anónimo que había enviado el recorte se planteaba en realidad una sola pregunta muy sencilla: si el muerto

destrozado por el tren ha sido identificado a través de los documentos y por el anillo que llevaba en el dedo, ¿cómo podemos estar absolutamente seguros de que aquellos restos corresponden efectivamente a Errera? Y, por consiguiente: ¿no podría haber sido el propio Errera el que hubiera matado a alguien que se le parecía vagamente, le hubiera introducido la cartera en el bolsillo, le hubiera puesto el anillo en el dedo y lo hubiera dejado sobre la vía de manera que el tren lo dejara irreconocible? ¿Y por qué tendría que haber hecho tal cosa? Pero esta respuesta era obvia: para acabar con las investigaciones de la policía y de los carabinieri sobre él y poder trabajar con cierta tranquilidad en Brindisi. Sin embargo, semejantes consideraciones, una vez formuladas, se le antojaron demasiado novelescas.

Llamó a Augello, que se presentó con muy mala cara.

—¿No te encuentras bien?

—No me lo recuerdes, Salvo. Esta noche me la he pasado en vela, atendiendo a Beba. Este embarazo está siendo francamente difícil. ¿Qué querías?

—Un consejo. Pero antes escucha una cosa. ¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—Catarè, repítele al *dottor* Augello la hipótesis que me has expuesto a propósito de Errera.

Catarella puso cara de importancia.

—Yo le dije al señor *dottori* que a lo mejor era posible que el muerto resucitara y después se muriera otra vez y se convirtiera en nadador.

—Gracias, Catarè, puedes retirarte.

Mimì miraba al comisario con la boca abierta.

—¿Y bien? —lo apremió Montalbano.

—Mira, Salvo. Hasta hace un momento pensaba que tu dimisión sería una tragedia para todos nosotros, pero ahora, teniendo en cuenta tu estado de salud mental, creo que cuanto antes te vayas, mejor. Pero ¡cómo! ¿Es que ahora empiezas a hacer caso a las chorradas que se le pasan por la cabeza a Catarella? ¿Resucitado, muerto, nadador?

Sin decir palabra, Montalbano le pasó el recorte de periódico.

Mimì lo leyó dos veces y lo dejó sobre el escritorio.

—En tu opinión, ¿qué significa eso? —preguntó.

—Que alguien ha querido advertirme de que existe la posibilidad, remota, por supuesto, de que el cadáver enterrado en Cosenza no sea el de Ernesto Errera —contestó Montalbano.

—Ese artículo fue redactado dos o tres días después del hallazgo de los restos —dijo Mimì—, y no dice si nuestros colegas de Cosenza llevaron a cabo otras investigaciones más exhaustivas para llegar a una identificación inequívoca. Estoy seguro de que lo hicieron. Y si tú pretendes averiguar algo más acerca del asunto, corres el peligro de caer en la trampa que te han tendido.

—¿Pero qué dices?!

—¿Sabes quién te ha enviado el recorte?

—Quizá alguien de la Jefatura Superior de Cosenza que, al ver que Vattiato se cachondeaba de mí, ha querido...

—Salvo, ¿tú conoces a Vattiato?

—No muy bien. Es un hombre arisco que...

—Yo trabajé con él antes de venir aquí. Es un malnacido.

—Pero ¿por qué iba a enviarme este recorte?

—Para despertar tu curiosidad y obligarte a investigar más sobre Errera. De esta manera, toda la Jefatura Superior de Cosenza se podrá reír a costa tuya.

Montalbano se incorporó en la silla, rebuscó entre los papeles diseminados de cualquier manera sobre el escritorio y encontró la ficha y la fotografía de Errera.

—Échales otro vistazo, Mimì.

Sosteniendo en la mano izquierda la ficha con la fotografía de Errera, Augello fue cogiendo con la derecha, una a una, las reconstrucciones del rostro del muerto y las comparó cuidadosamente. Después negó con la cabeza.

—Lo siento, Salvo. Me reafirmo en mi opinión: se trata de dos personas distintas, aunque se parecen mucho. ¿Tienes algo más que decirme?

—No —contestó bruscamente el comisario.

Augello se lo tomó a mal.

—Salvo, bastante nervioso estoy ya por mis asuntos, para que vengas tú ahora a complicármelos.

—Explícate mejor.

—¡Pues claro que me explico! Te has enfadado porque sigo afirmando que tu muerto no es Errera. ¡Hay que ver cómo eres! ¿Tengo que decirte que sí, que son la misma persona, para darte gusto?

Y se retiró dando un portazo.

Al cabo de menos de cinco minutos la puerta se abrió violentamente, rebotó contra la pared y se volvió a cerrar.

—Perdone, *dottori* —dijo la voz de Catarella desde el otro lado de la puerta.

A continuación, la hoja se volvió a abrir muy despacio hasta que el resquicio fue justo lo suficiente para que pasara Catarella.

—*Dottori*, le traigo lo que me dio Torrisi que me dijo que le interesaba en persona personalmente.

Era una imagen muy ampliada de un detalle de la escollera que había debajo del chalet de Spigonella.

—*Dottori*, mejor que así no se puede hacer.

—Gracias, has hecho un trabajo estupendo.

Le bastó un vistazo para comprender que no se había equivocado.

Entre las dos altas rocas que conformaban la bocana del minúsculo puerto natural, a escasos centímetros de la superficie del agua, discurría una línea recta y oscura contra la que rompía las olas. Debía de ser una compuerta de hierro que se maniobraba desde el interior del chalet para impedir el acceso por mar a los extraños. Lo cual no tenía por qué significar nada sospechoso. Solo quería decir que las visitas imprevistas desde el mar no eran gratas. Examinando con más detenimiento las rocas, observó algo en ellas, a un metro de altura por encima del agua, que le llamó la atención. Miró y miró, hasta que casi se le cerraron los ojos.

—¡Catarella!

—¡Mande, *dottori*!

—Dile a Torretta que te preste una lupa.

—Ahora mismo, *dottori*.

Había acertado. En efecto, Catarella regresó con una lupa de gran tamaño, que entregó al comisario.

—Gracias, ya puedes retirarte. Y cierra la puerta.

No quería que Mimì o Fazio lo sorprendieran en actitud de Sherlock Holmes.

Con la lupa consiguió descubrir de qué se trataba: eran dos pequeños faros que, cuando estaba oscuro o había poca visibilidad, delimitaban con precisión la bocana, evitando de ese modo que cualquiera que estuviera efectuando maniobras para entrar corriera el peligro de estrellarse contra las rocas. La instalación debía de haberla hecho el primer propietario, el americano contrabandista, a quien todas aquellas medidas le habrían sido muy útiles; pero los ocupantes posteriores también las habían usado. Se pasó un buen rato pensando. Poco a poco se fue abriendo paso en su mente la idea de que tal vez fuera necesario ir a echar un vistazo más de cerca, intentando aproximarse por mar. Y, sobre todo, la idea de hacerlo a escondidas, sin decírselo a nadie.

Consultó el reloj, Ingrid estaba a punto de llegar. Sacó la cartera para ver si tenía suficiente dinero para pagar la cena. En ese momento, apareció Catarella en el hueco de la puerta, respirando afanosamente.

—¡Ah, *dottori*! ¡Fuera está la señorita Inguiriguid que lo espera!

Ingrid insistió en que fueran con su coche.

—Con el tuyo no llegaríamos nunca, y tenemos un buen camino por delante.

—Pero ¿adónde me llevas?

—Ya lo verás. De vez en cuando bien puedes interrumpir la monotonía de tus platos de pescado, ¿no?

Entre la conversación y la velocidad a la que conducía la sueca, Montalbano no tuvo la sensación de haber recorrido mucho camino cuando el coche se detuvo delante de una casa rústica, en plena campiña. ¿Aquello era un verdadero restaurante o Ingrid se había equivocado? La presencia de una decena de coches aparcados lo tranquilizó. Nada más entrar, la sueca saludó y

fue saludada por todos como si fuera de la casa. El propietario se apresuró a atenderlos.

—Salvo, ¿me dejas que elija por ti?

Y de esta manera el comisario disfrutó de un plato de *ditalini* con requesón fresco y en su punto de sal, acompañado de queso de oveja y pimienta negra. Un plato que exigía a gritos un buen vino, petición que fue generosamente atendida. De segundo tomó *costi 'mbriachi*, es decir, chuletas de cerdo ahogadas en vino, junto con un concentrado de tomate. En el momento de pagar la cuenta, el comisario palideció: se había dejado la cartera en el despacho. Pagó Ingrid. Durante el camino de vuelta, el coche efectuó de vez en cuando un paso de vals. Montalbano le rogó a Ingrid que pasara un momento por la comisaría para recoger la cartera. Cuando llegaron, la sueca dijo:

—Te acompaño, nunca he visto tu lugar de trabajo.

Entraron en el despacho. La cartera estaba allí. Ingrid se acercó al escritorio y vio las fotografías que había sobre la mesa. Cogió una.

—¿Qué hacen aquí estas fotos de Ninì? —preguntó.

Doce

De pronto, todo se detuvo. Por un instante desapareció incluso la sonora música de fondo del mundo. Hasta una mosca que se dirigía decididamente hacia la nariz del comisario se paralizó y se quedó con las alas abiertas, suspendida en el aire. Viendo que su pregunta no obtenía respuesta, Ingrid levantó los ojos. Montalbano parecía una estatua. Permanecía con la cartera a medio introducir en el bolsillo y la miraba con la boca abierta.

—¿Qué hacen aquí estas fotos de Nini? —volvió a preguntar la sueca, cogiéndolas todas.

Entre tanto, una especie de viento del suroeste recorría a gran velocidad todos los recovecos del cerebro del comisario, que no conseguía recuperarse de su asombro. Pero ¿cómo?! ¿Habían buscado por todas partes, llamado a Cosenza, examinado los archivos, interrogado a posibles testigos, explorado Spigonella por tierra y por mar en un intento de dar un nombre al muerto, y ahora venía Ingrid, más fresca que una rosa, y lo llamaba incluso con un diminutivo?

—¿Lo... co... co...?

Montalbano estaba intentando articular con gran esfuerzo una pregunta exclamativa, «¿Lo conoces?!», pero Ingrid lo interpretó erróneamente y lo interrumpió.

—Lococo, ese precisamente —dijo—. Creo que ya te he hablado de él.

Era cierto. Le había hablado de él la noche en que ambos se habían bebido al alimón una botella entera de *whisky* en la galería. Le había explicado que había tenido una historia con un tal Lococo, pero que lo habían dejado porque...

—¿Por qué lo dejasteis?

—Lo dejé yo. Había algo en él que me inquietaba, no conseguía estar completamente relajada con él... a pesar de que no me daba motivos...

—¿Tenía alguna exigencia... especial?

—¿En la cama?

—Sí.

Ingrid se encogió de hombros.

—No más que cualquier otro hombre.

¿Por qué, al oír aquellas palabras, sintió una absurda punzada de celos?

—Pues entonces, ¿qué era?

—No sé, Salvo, es una sensación que no puedo explicar con palabras...

—¿A qué se dedicaba?

—Había sido capitán de un petrolero, pero recibió una herencia y... prácticamente no hacía nada.

—¿Cómo os conocisteis?

Ingrid soltó una carcajada.

—Por casualidad. En un surtidor de gasolina. Había cola y nos pusimos a hablar.

—¿Dónde fue eso?

—En Spigonella. ¿Sabes dónde está?

—Sí, lo conozco.

—Perdona, Salvo, ¿me estás sometiendo a un interrogatorio?

—Más bien sí.

—¿Por qué?

—Después te lo explico.

—¿Te molestaría que fuéramos a otro sitio?

—¿No te encuentras a gusto aquí?

—No, aquí dentro, haciéndome todas esas preguntas..., me pareces otro.

—¿Cómo otro?

—Sí, un extraño, alguien a quien no conozco. ¿Podemos ir a tu casa?

—Como quieras. Pero nada de *whisky*. Por lo menos, no antes de terminar.

—A sus órdenes, señor comisario.

Se dirigieron a Marinella cada uno en su coche y, naturalmente, la sueca llegó mucho antes que él.

Montalbano fue a abrir la puerta vidriera de la galería.

La noche era muy suave, tal vez demasiado. Olía a una mezcla de sal y ajedrea. El comisario respiró hondo y sus pulmones lo aspiraron con deleite.

—¿Nos sentamos en la galería? —propuso Ingrid.

—No, mejor dentro.

Se sentaron frente a frente a la mesa del comedor. La sueca lo miraba perpleja. El comisario dejó a un lado el sobre con las fotografías de Lococo que se había llevado de la comisaría.

—¿Puedo saber el porqué de todo este interés por Ninì?

—No.

A la sueca no le gustó la respuesta y Montalbano se dio cuenta.

—Si te lo dijera, probablemente influiría en tus respuestas. Me has dicho que lo llamabas Ninì. ¿Diminutivo de Antonio?

—No. De Ernesto.

¿Era una casualidad? Los que modificaban sus datos personales solían conservar las iniciales del nombre y del apellido. ¿El hecho de que tanto Lococo como Errera se llamaran Ernesto significaba que eran la misma persona? Mejor ir despacio y con cuidado.

—¿Era siciliano?

—No me dijo de dónde era. Lo único que sé es que se había casado con una joven de Catanzaro y que la muchacha murió dos años después de la boda.

—¿Te dijo exactamente de Catanzaro?

Ingrid parecía dudar. Sacó la punta de la lengua.

—¿O quizá de Cosenza?

Unas adorables arrugas se le dibujaron en la frente.

—Me he equivocado. Dijo exactamente Cosenza.

¡Ya eran dos coincidencias! El difunto señor Ernesto Lococo seguía ganando puntos de coincidencia con el no menos difunto señor Ernesto Errera. De repente, Montalbano se incorporó en la silla y besó a la sueca en la comisura de la boca. Ella lo miró con ironía.

—¿Haces siempre esto cuando el interrogado te da la respuesta que quieres escuchar?

—Sí, sobre todo si son varones. Dime una cosa: ¿tu Ninì cojeaba?

—A veces sí, cuando hacía mal tiempo. Pero casi no se le notaba.

El doctor Pasquano había hilado fino. Solo que no se sabía si Errera también cojeaba o no.

—¿Cuánto duró vuestro romance?

—Poquísimo, un mes y medio o dos. Pero...

—Pero ¿qué?

—Fue muy intenso.

¡Zas! Otra punzada de celos injustificados.

—¿Y cuándo terminó?

—Hace casi dos meses.

Por consiguiente, poco antes de que alguien lo matara.

—¿Cómo fue que lo dejaste?

—Un día lo llamé para decirle que esa noche iría a verlo a Spigonella.

—¿Siempre os veíais de noche?

—De noche, muy tarde, sí.

—¿Nunca ibais..., no sé..., a algún restaurante?

—No, jamás nos vimos fuera del chalet. No parecía que le apeteciera mucho que lo vieran por ahí, ni conmigo ni sin mí. Y esa era otra cosa que me preocupaba.

—Continúa.

—Como te decía, lo llamé para proponerle que nos viéramos en su casa por la noche. Pero él me dijo que no podía ser. Había llegado alguien y tenía que hablar con él. Eso ya había ocurrido un par de veces. Acordamos vernos a la noche siguiente. Solo que a la noche siguiente yo no fui. Por voluntad propia.

—Ingrid, sinceramente no consigo comprender por qué tú, de repente...

—Intentaré explicarme. Yo llegaba con mi coche. Encontraba la primera verja abierta. Recorría el caminito que conducía al chalet. La segunda verja también estaba abierta. Introducía el coche en el garaje, y Ninì, mientras tanto, en medio de la oscuridad, iba a cerrar las verjas. Subíamos juntos la escalera...

—¿Qué escalera?

—El chalet tiene dos plantas, ¿no? Ninì tenía alquilada la de arriba. Se subía por una escalera exterior.

—A ver si lo entiendo. ¿No tenía alquilado todo el chalet?

—No, solo el piso de arriba.

—¿Y no estaba comunicado con la planta baja?

—Sí. Había una puerta que daba a una escalera interior. Pero las llaves de esa puerta las tenía el propietario de la casa.

—Por consiguiente, ¿tú solo conoces el piso de arriba?

—Exacto. Como te decía..., subíamos por la escalera exterior y nos íbamos directamente al dormitorio. Ninì era un maniático: antes de encender la luz, se cercioraba de que las ventanas estuviera bien cerradas. Todas tenían postigos y cortinas gruesas.

—Sigue.

—Luego nos desnudábamos y hacíamos el amor. Largo rato.

¡Zaaaaas! No fue una punzada, sino una verdadera puñalada.

—Aquel día que no pudimos quedar, empecé a pensar, no sé por qué, en mi historia con Ninì. Lo primero de lo que me di cuenta fue de que ni una sola vez había deseado quedarme a pasar toda la noche con él. Después de hacer el amor, nos quedábamos mirando al techo, mientras nos fumábamos un cigarrillo. No hablábamos, no teníamos nada que decirnos. Además, aquellos barrotes de las ventanas...

—¿Hay barrotes?

—En todas las ventanas. También en las de la planta baja. Aquellos barrotes que yo veía, sin verlos, al otro lado de las cortinas, hacían que me sintiera como en una cárcel... A veces, él se levantaba y se ponía a hablar por la radio...

—¡¿Qué?! ¿Qué radio?

—Era radioaficionado. Decía que la radio le hacía mucha compañía cuando navegaba, y que desde entonces... Tenía un equipo muy sofisticado en el salón.

—¿Oías lo que decía?

—Sí, pero no entendía nada... Casi siempre hablaba en árabe o en una lengua de esas. Yo entonces me vestía y me iba. No sé, el caso es que aquel

día empecé a hacerme preguntas y llegué a la conclusión de que aquella historia había durado demasiado. Y no fui a reunirme con él.

—¿Tenía tu número de móvil?

—Sí.

—¿Te llamaba?

—Sí, claro, para decirme que retrasara o adelantara mi llegada.

—¿Y no te sorprendió que no se pusiera en contacto contigo?

—Pues la verdad es que sí. Pero, como prefería que no lo hiciera, no le di más vueltas.

—Vamos a ver, trata de hacer memoria. Mientras estabas con él, ¿jamás oíste ningún ruido en el resto de la casa?

—¿Qué significa el resto de la casa? ¿Quieres decir en las demás habitaciones?

—No, quiero decir en la planta baja.

—¿Qué clase de ruidos?

—No sé, voces, sonidos... la llegada de un coche...

—No. La planta baja estaba deshabitada.

—¿Lo llamaban a menudo?

—Cuando estábamos juntos, apagaba los móviles.

—¿Cuántos tenía?

—Dos. Uno era vía satélite. Cuando volvía a conectarlos, enseguida comenzaban a sonar.

—¿Hablaban siempre en árabe... o en la lengua que fuera?

—No, a veces también en italiano, pero entonces se iba a otra habitación, aunque a mí no me importaba demasiado saber lo que decía.

—¿Y qué explicaciones daba?

—¿Acerca de qué?

—De esas llamadas.

—¿Por qué habría tenido que darme explicaciones?

Eso también era verdad.

—¿Sabes si tenía amigos por aquí?

—Jamás lo vi con nadie. No creo. No quería tener amistades.

—¿Por qué?

—Una de las raras veces que habló de sí mismo, me contó que el petrolero en el que navegaba había provocado un gran desastre ecológico. Había una causa pendiente contra él y la compañía naviera le había aconsejado que desapareciera durante un tiempo. Y eso explicaba que estuviera siempre en casa, el solitario chalet, etc.

«Aun dando por bueno todo lo que ha contado Ingrid —pensó el comisario—, no se entiende por qué Lococo-Errera acabó como acabó. ¿Cabe pensar que su armador ordenó asesinarlo para evitar que declarara? ¡Venga, hombre! Aquel homicidio se había debido sin duda a turbias razones, y la descripción que Ingrid había realizado de aquel hombre no era la de alguien que no tiene nada que ocultar, pero, aun así, las razones tenían que buscarse en otro sitio».

—Creo que me merezco un poco de *whisky*, señor comisario —dijo Ingrid al llegar a este punto.

Montalbano se levantó y abrió la puerta del pequeño armario donde guardaba las bebidas. Por suerte, Adelina se había encargado de renovar las provisiones y había una botella sin estrenar. Fue a la cocina a por dos vasos, regresó, se sentó y los llenó hasta la mitad. Ambos lo tomaban solo. Ingrid cogió el suyo, lo levantó y miró fijamente al comisario.

—Ha muerto, ¿verdad?

—Sí.

—Asesinado. De lo contrario, no te encargarías tú del asunto.

Montalbano asintió con la cabeza.

—¿Cuándo ocurrió?

—Yo creo que no te llamó, después de que tú no acudieras a la cita, porque ya no estaba en condiciones de hacerlo.

—¿Ya estaba muerto?

—No sé si lo mataron enseguida o lo mantuvieron un tiempo prisionero.

—¿Y... cómo lo mataron?

—Lo ahogaron.

—¿Cómo lo has descubierto?

—En realidad, se hizo descubrir él mismo.

—No entiendo.

—¿Recuerdas que me dijiste que me habías visto desnudo en la televisión?

—Sí.

—El muerto con el que me tropecé era él.

Solo entonces se acercó Ingrid el vaso a los labios y no los apartó hasta que no quedó ni una gota de *whisky*. Después se levantó, se fue a la galería y salió fuera. Montalbano tomó el primer sorbo y encendió un cigarrillo. La sueca volvió a entrar y fue al cuarto de baño. Regresó con la cara lavada, volvió a sentarse y se llenó nuevamente el vaso.

—¿Hay más preguntas?

—Todavía unas cuantas. ¿Hay algo tuyo en el chalet de Spigonella?

—No te entiendo.

—Quiero decir si dejaste algo allí.

—¿Qué quieres que dejara?

—Yo qué sé. Alguna muda de ropa interior...

—¿Unas bragas?

—Bueno...

—No, no hay nada mío. Ya te he dicho que nunca me quedé a pasar la noche con él. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tarde o temprano tendremos que ir a registrar el chalet.

—Puedes ir tranquilo. ¿Alguna pregunta más? Estoy un poco cansada.

Montalbano sacó las fotografías del sobre y se las pasó a Ingrid.

—¿En cuál de ellas se parece más?

—Pero ¿es que no son todas tuyas?

—Son reconstrucciones hechas con ordenador. El rostro estaba muy desfigurado, casi irreconocible.

La sueca las examinó. Después eligió la del bigote.

—Esta. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Hay dos cosas que no están bien. El bigote lo tenía mucho más largo y era de otra forma, tipo tártaro...

—¿Y la otra?

—La nariz. Las ventanas de la nariz eran más anchas.

Montalbano sacó del sobre la ficha del archivo.

—¿Como en esta foto?

—Este sí es él —dijo Ingrid—, aunque no lleve bigote.

Ya no cabía la menor duda: Lococo y Errera eran la misma persona. La descabellada teoría de Catarella había resultado ser una verdad concreta.

Montalbano se levantó, le tendió la mano a Ingrid y la ayudó a levantarse. Cuando la sueca estuvo de pie, la abrazó.

—Gracias.

Ingrid lo miró.

—¿Eso es todo?

—Llevemos la botella y los vasos a la galería —dijo el comisario—. Ahora empieza la diversión.

Se sentaron muy juntos en el banco. La noche olía a sal, ajedrea, *whisky* y albaricoque, justamente el olor de la piel de Ingrid. Una mezcla que ni un perfumista podría imitar.

No hablaron, satisfechos de permanecer así. Ingrid no pudo terminar el tercer vaso.

—¿Permites que me tumbe en tu cama? —murmuró de repente.

—¿No quieres regresar a casa?

—No me atrevo a conducir.

—Te llevo en mi coche y mañana...

—No quiero volver a casa. Pero si no te apetece que me quede, me tumbo solo unos minutos y después me voy. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Ingrid se levantó, le dio un beso en la frente y abandonó la galería. «No quiero volver a casa», había dicho. ¿Qué representaba para Ingrid su casa y la de su marido? ¿Tal vez una cama aún más extraña que aquella en la que estaba tumbada en ese momento? Y, si hubiera tenido un hijo, ¿no le habría parecido su casa más cálida, más acogedora? ¡Pobre mujer! ¿Cuánta melancolía, cuánta soledad escondía detrás de aquella aparente alegría de vivir? Sintió que crecía en su interior una nueva sensación con respecto a Ingrid, una sensación de profunda ternura. Se bebió unos cuantos tragos más de *whisky* y después, como empezaba a refrescar, entró en la casa con la

botella y los vasos. Echó un vistazo al dormitorio. Ingrid dormía vestida, solo se había quitado los zapatos. Se sentó a la mesa, le concedería otros diez minutos de sueño.

«Entre tanto, haremos un pequeño resumen de los capítulos anteriores», se dijo en su fuero interno.

Ernesto Errera es un delincuente habitual nacido tal vez en Cosenza, o que al menos actúa en esa zona. Tiene un largo historial delictivo, que va desde el robo con violencia al atraco a mano armada. Actualmente vive en la clandestinidad. Hasta aquí, ninguna diferencia con otros cientos y cientos de delincuentes como él. En determinado momento, aparece de nuevo en Brindisi.

Por lo visto, entabla excelentes relaciones con la mafia albanesa y se dedica al negocio de la inmigración clandestina. ¿Cómo? ¿Bajo qué disfraz? No se sabe.

La mañana del 11 de marzo del año pasado un pastor de Cosenza que lleva su rebaño a pastar descubre sobre las vías del tren el cuerpo destrozado de un hombre. Una desgracia, el pobre ha resbalado y no ha podido evitar ser arrollado por el tren, que en ese momento pasaba por allí. Está tan desfigurado que solo es posible identificarlo a través de los documentos que lleva en la cartera y por una alianza matrimonial. Es enterrado en el cementerio de Cosenza. Al cabo de unos meses, Errera vuelve a aparecer en Spigonella. Solo que ahora se hace llamar Ernesto Lococo, es viudo y excapitán de petroleros. Lleva una vida aparentemente solitaria, aunque mantiene frecuentes contactos telefónicos o por radio. Un mal día alguien lo ahoga y deja que su cuerpo se descomponga. Después lo arroja al mar y el cadáver, navega que te navega, acaba topándose precisamente con él.

Primera pregunta: ¿qué coño había ido a hacer en Spigonella el señor Errera, después de haberse hecho pasar oficialmente por muerto? Segunda pregunta: ¿quién y por qué lo había convertido, no ya oficial, sino realmente, en cadáver?

Ya era hora de despertar a Ingrid. Entró en el dormitorio. La sueca se había desnudado y se había deslizado bajo la sábana. Dormía como un tronco. A Montalbano le faltó el valor. Fue al cuarto de baño y después se deslizó él también, y despacito, bajo la sábana. Enseguida percibió en las

ventanas de la nariz el perfume de albaricoque de la piel de Ingrid, tan intenso que incluso sintió un ligero mareo. Cerró los ojos. Ingrid se movió en sueños, estiró una pierna y apoyó la pantorrilla sobre la de Montalbano. Al poco, la sueca se colocó mejor: ahora le apoyaba toda la pierna encima y lo mantenía prisionero. Le vinieron a la mente unas palabras que había pronunciado en su adolescencia durante una representación teatral de aficionados: «Hay... ciertos albaricoques muy buenos... se abren por la mitad, se comprimen con los dedos a lo largo... como dos jugosos labios».

Empapado en sudor, el comisario contó hasta diez y después, con una serie de movimientos casi imperceptibles, se libró de la presa, se levantó de la cama y, soltando palabrotas, se fue a tumbar en el sofá.

¡Qué demonios! ¡Ni san Antonio habría podido resistirse!

Trece

Se despertó completamente dolorido; desde hacía un tiempo, dormir en el sofá equivalía a levantarse a la mañana siguiente con los huesos molidos. Sobre la mesa del comedor había una nota de Ingrid.

Duermes como un angelito y, para no despertarte, me voy a duchar a mi casa. Un beso. Ingrid. Llámame.

Estaba a punto de entrar en el cuarto de baño cuando sonó el teléfono. Consultó el reloj: aún no eran las ocho.

—*Dottore*, necesito verlo.

No reconoció la voz.

—Pero ¿quién eres?

—Marzilla, *dottore*.

—Ven a la comisaría.

—No, señor, a la comisaría no. Podrían verme. Voy a su casa, ahora que está solo.

¿Y cómo sabía que antes estaba en compañía y ahora estaba solo? ¿Es que lo estaba espiando, escondido en las inmediaciones de su casa?

—Pero ¿dónde estás?

—En Marinella, *dottore*. Justo al otro lado de su puerta. He visto salir a la mujer y lo he llamado.

—Te abro dentro de un minuto.

Se lavó rápidamente la cara y fue a abrir. Marzilla estaba pegado a la puerta como si se estuviera refugiando de una lluvia inexistente y entró esquivando al comisario. A su paso, una vaharada de sudor rancio golpeó las ventanas de la nariz de Montalbano. Marzilla, de pie en el centro de la sala,

respiraba afanosamente, como si hubiera efectuado una larga carrera. Tenía la cara amarillenta, los ojos atemorizados y el pelo en punta.

—Estoy muerto de miedo, *dottore*.

—¿Habrá un desembarco?

—Más de uno simultáneamente.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana por la noche.

—¿Dónde?

—No lo sé. Solo me han dicho que será una cosa muy gorda y que a mí no me concierne.

—Entonces, ¿por qué tienes miedo? Tú no tienes nada que ver...

—Porque la persona que usted sabe me ha dicho que ponga cualquier excusa en el trabajo porque hoy tengo que estar a su disposición.

—¿Te ha dicho para qué?

—Sí, señor. Esta noche a las diez y media me dejarán un coche muy rápido delante de mi casa. Tengo que ir a un sitio muy cerca de cabo Russello para recoger a unas personas y llevarlas a un lugar que una de ellas me dirá.

—O sea, que aún no sabes adónde tienes que llevarlas.

—No, señor, me lo dirá cuando me dejen el coche.

—¿A qué hora has recibido la llamada?

—Esta mañana, un poco antes de las seis. *Dottore*, debe creerme, he intentado negarme. Le he dicho que nuestro trato era que yo intervendría siempre con la ambulancia... Pero no ha habido manera. Me ha dejado bien claro que, si no obedezco o algo va mal, me matará.

Y rompió a llorar, dejándose caer en una silla. Un llanto que a Montalbano le pareció obsceno, insoportable. Aquel hombre era una mierda. Una mierda temblorosa como un flan. Tenía que aguantarse las ganas de echársele encima y convertirle la cara en un sanguinolento amasijo de piel, carne y huesos.

—¿Qué debo hacer, *dottore*? ¿Qué debo hacer?

El miedo hacía que le saliera una voz de gallito estrangulado.

—Exactamente lo que te han pedido. Pero, en cuanto te dejen el coche en la puerta de casa, me llamas y me dices la marca, el color y, a ser posible, el

número de la matrícula. Y ahora quítate de mi vista. Cuanto más lloras, más ganas me entran de romperte las encías a patadas.

Jamás, ni aunque estuviera moribundo delante de él, le perdonaría la inyección al chiquillo en el interior de la ambulancia. Marzilla se levantó de golpe, aterrorizado, y corrió hacia la puerta.

—Espera. Primero explícame el lugar exacto de la reunión.

Marzilla se lo explicó. Montalbano no lo entendió muy bien, pero como Catarella le había dicho en una ocasión que un hermano suyo vivía por aquella zona, decidió que se lo preguntaría a él. Después Marzilla dijo:

—¿Y usía qué intención tiene?

—¿Yo? ¿Qué intención habría de tener? Tú esta noche, cuando termines, me llamas y me dices adónde has llevado a esas personas y qué pinta tienen.

Mientras se afeitaba, decidió no informar a nadie en la comisaría de lo que le había dicho Marzilla. En el fondo, la investigación del asesinato del pequeño inmigrante era enteramente personal, una cuenta pendiente que difícilmente conseguiría saldar. Sin embargo, necesitaba que le echaran una mano. Entre otras cosas, Marzilla le había dicho que dejarían delante de su casa un coche rápido. Lo que significaba que él, Montalbano, no podría hacer nada. Dadas sus escasas aptitudes como conductor, no conseguiría seguir a Marzilla. Se le ocurrió una idea, pero la descartó. Obstinada, la idea le volvió a la mente, pero él, con la misma obstinación, la volvió a descartar. La idea apareció por tercera vez mientras tomaba un último café antes de salir de casa. Y esta vez cedió.

—¿Dica? ¿Quién habla?

—Soy el comisario Montalbano. ¿Está la señora?

—Tú espera, yo ver.

—¡Salvo! ¿Qué hay?

—Vuelvo a necesitarte.

—¡Eres insaciable! ¿No has tenido suficiente con la noche que acabamos de pasar? —replicó maliciosamente Ingrid.

—No.

—Bueno, si de verdad no puedes resistir, voy ahora mismo.

—No hace falta que vengas ahora. ¿Podrías estar aquí, en Marinella, a las nueve y media de esta noche?

—Sí.

—Oye, ¿tienes otro coche?

—Puedo coger el de mi marido. ¿Por qué?

—El tuyo llama demasiado la atención. ¿El de tu marido es rápido?

—Sí.

—Hasta esta noche entonces. Gracias.

—Espera. ¿Con qué disfraz?

—No entiendo.

—Ayer fui a tu casa como testigo. ¿Y esta noche?

—Con disfraz de ayudante del *sheriff*. Ya te daré la estrella.

—¡*Dottori*, Marzilla no ha tilifoniado! —dijo Catarella, levantándose de un salto.

—Gracias, Catarella. Pero tú sigue atento, te lo ruego. ¿Quieres decirles al *dottor* Augello y a Fazio que vengan?

Como había decidido, solo les hablaría del desarrollo de los acontecimientos relativos al asunto del muerto nadador. El primero en entrar fue Mimì.

—¿Cómo está Beba?

—Mejor. Finalmente esta noche hemos podido dormir un poco.

A continuación se presentó Fazio.

—Tengo que comunicaros que, por pura casualidad, he conseguido dar una identidad al ahogado —dijo el comisario—. Para ello fue muy importante tu descubrimiento, Fazio, de que en los últimos tiempos había sido visto en Spigonella. Efectivamente, vivía allí. Había alquilado el chalet de la gran terraza sobre el mar. ¿Lo recuerdas?

—¡Cómo no!

—Era capitán de un petrolero y se hacía llamar Ernesto Lococo, Ninì para los amigos.

—¿Cuál era su verdadero nombre? —preguntó Augello.

—Ernesto Errera.

—¡Virgen santísima! —exclamó Fazio.

—¿Como el de Cosenza? —siguió preguntando Mimì.

—Exactamente. Eran la misma persona. Lo siento por ti, Mimì, pero tenía razón Catarella.

—Me gustaría saber cómo has llegado a esa conclusión —lo apremió implacable Augello.

Estaba claro que no acababa de convencerse.

—No he llegado yo, sino mi amiga Ingrid.

Y les contó toda la historia. Cuando terminó de hablar, Mimì se sujetó la cabeza entre las manos, meneándola de vez en cuando.

—Jesús, Jesús —decía a media voz.

—¿Por qué te sorprendes tanto, Mimì?

—No, no es eso, lo que me sorprende es que, mientras nosotros nos rompíamos los cuernos, haya sido Catarella quien haya llegado desde hace tiempo a esta misma conclusión.

—¡Eso quiere decir que jamás has comprendido quién es Catarella! —dijo el comisario.

—Pues no. ¿Quién es?

—Catarella es un niño dentro del cuerpo de un hombre. Por eso razona con la mente de un niño, de un chiquillo de siete años...

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Con eso quiero decir que Catarella tiene la fantasía, las ocurrencias y las salidas de un niño. Y, como tal, dice lo que piensa sin el menor reparo. Y a menudo acierta. Porque la realidad que vemos los adultos es distinta de la que ven los niños.

—En resumen, ¿qué hacemos ahora? —terció Fazio.

—Eso mismo quería preguntaros yo a vosotros —dijo Montalbano.

—*Dottore*, si el *dottore* Augello me lo permite, tomo la palabra. Quiero decir que el asunto no es tan sencillo. Hoy por hoy este hombre, Lococo o Errera, no importa, no consta oficialmente en ninguna parte como víctima de asesinato, ni en la Jefatura Superior ni en la Fiscalía, sino como alguien que se ahogó fortuitamente. Por eso me pregunto: ¿con qué pretexto abrimos un expediente y proseguimos las investigaciones?

El comisario lo pensó un poco.

—Hagamos lo de la llamada anónima —dijo al final.

Augello y Fazio lo miraron con expresión inquisitiva.

—Funciona siempre. Lo he hecho otras veces, estad tranquilos.

Sacó del sobre la fotografía de Errera con bigote y se la extendió a Fazio.

—Llévala enseguida a Retelibera y se la entregas en mano a Nicolò Zito.

Dile de mi parte que necesito que emita un llamamiento urgente en el telediario de este mediodía. Tiene que decir que los familiares de Ernesto Lococo están desesperados porque no tienen noticias tuyas desde hace dos meses. Vamos, lárgate ya.

Sin decir ni pío, Fazio se levantó y se retiró. Montalbano estudió detenidamente a Mimì, como si en ese momento hubiera descubierto su presencia. Augello, que conocía aquella mirada, se removió molesto en la silla.

—Salvo, ¿qué coño se te está pasando por la cabeza?

—¿Cómo está Beba?

Mimì lo miró perplejo.

—Ya me lo has preguntado, Salvo. Está mejor.

—Por consiguiente, está en condiciones de efectuar una llamada.

—Por supuesto. ¿A quién?

—Al fiscal Tommaseo.

—¿Y qué tiene que decirle?

—Deberá interpretar una escena. Media hora después de que Zito haya mostrado la fotografía en la televisión, Beba tiene que efectuar una llamada anónima al *dottor* Tommaseo y decirle, en tono histérico, que ella ha visto a aquel hombre, que lo ha reconocido perfectamente, sin lugar a dudas.

—¿Cómo? ¿Dónde? —preguntó molesto Mimì, a quien el hecho de meter a Beba en el asunto no le hacía la menor gracia.

—Mira, tiene que decirle que hace cosa de un par de meses vio a ese hombre en Spigonella. Dos hombres lo estaban moliendo a golpes. En determinado momento consiguió librarse y se dirigió hacia el coche en el que estaba Beba, pero los otros volvieron a cogerlo y se lo llevaron.

—¿Y qué hacía Beba en ese coche?

—Estaba haciendo guarradas con uno.

—¡Venga, hombre! ¡Eso Beba jamás lo dirá! ¡Y a mí tampoco me hace ninguna gracia!

—¡Sin embargo, es fundamental! Tú ya sabes cómo es Tommaseo, ¿no? Las historias de sexo le encantan. Este es el anzuelo apropiado para él, verás como pica. Es más, si Beba pudiera inventarse algún detalle escabroso...

—¿Pero es que te has vuelto loco?

—Alguna cochinadita...

—¡Salvo, tienes una mente enferma!

—Pero ¿por qué te enfadas? Yo quería decir... no sé, cualquier bobada; por ejemplo, que, como estaban desnudos, no pudieron intervenir...

—Bueno. ¿Y después?

—Después, cuando te llame Tommaseo, tú...

—Perdona, ¿por qué dices que Tommaseo me va a llamar a mí y no a ti?

—Porque esta tarde yo no estaré. Debes decirle que nosotros ya estamos siguiendo una pista, porque habíamos recibido la denuncia de la desaparición, y que necesitamos una orden de registro en blanco.

—¿En blanco?!

—Sí, señor, porque yo sé dónde está ese chalet de Spigonella, pero no a quién pertenece ni si vive alguien en él. ¿He hablado claro?

—Clarísimo —dijo Mimì en tono malhumorado.

—Ah, otra cosa, que te den también autorización para interceptar las llamadas que haga o reciba Gaetano Marzilla, domiciliado en Via Francesco Crispi dieciocho, Montelusa. Cuanto antes podamos escuchar sus conversaciones, mejor.

—¿Y qué pinta en todo esto el tal Marzilla?

—Mimì, en esta investigación no pinta nada, pero puede serme útil para un asunto que tengo en la cabeza. Te lo diré con una frase hecha, de las que a ti te gustan: quiero cazar dos pájaros de un tiro.

—Pero...

—Mimì, déjalo estar, si no quieres que el tiro que tenía para los dos pájaros te...

—Entendido, entendido.

Fazio se presentó al cabo de menos de media hora.

—Listo. Zito emitirá el llamamiento en el telediario de las catorce horas y pondrá la fotografía. Le envía saludos.

E hizo ademán de retirarse.

—Espera.

Fazio se detuvo con la certeza de que el comisario seguiría adelante y le diría algo. Sin embargo, Montalbano no habló. Se limitó a mirarlo. Fazio, que lo conocía, se sentó. El comisario lo siguió mirando, pero Fazio sabía que, en realidad, no lo estaba mirando a él: tenía los ojos clavados en él, pero no lo veía, porque su cabeza estaba perdida cualquiera sabía dónde. Y, en efecto, Montalbano se estaba preguntando si no convendría pedirle a Fazio que le echara una mano. Aunque, si le contaba la historia del pequeño inmigrante, ¿cómo se lo tomaría? ¿No le diría que se trataba de una fantasía suya sin ningún fundamento? Pero quizá, contándoselo a medias, conseguiría obtener alguna información sin arriesgarse demasiado.

—Oye, Fazio, ¿tú sabes si en nuestra zona hay inmigrantes clandestinos que trabajan ilegalmente?

Fazio no pareció sorprenderse de la pregunta.

—Hay muchísimos, *dottore*. Pero no exactamente en nuestra zona.

—¿Pues dónde?

—Donde hay invernaderos, viñedos, huertas, naranjales... En el norte trabajan en la industria, pero aquí, como no la hay, realizan labores agrícolas.

La conversación se estaba volviendo demasiado genérica. Montalbano decidió delimitar el campo.

—¿Hay algún pueblo en nuestra provincia donde existan posibilidades de trabajo para los inmigrantes clandestinos?

—Sinceramente, *Dottore*, no estoy en condiciones de elaborar una lista exhaustiva. ¿Por qué le interesa?

Era la pregunta que más temía.

—Pues... no sé... por pura curiosidad...

Fazio se levantó, se dirigió a la puerta, la cerró y volvió a sentarse.

—*Dottore* —dijo—, ¿tiene la bondad de contármelo todo?

Y Montalbano cedió y se lo contó todo, desde aquella maldita noche en el muelle hasta su último encuentro con Marzilla.

—En los invernaderos de Montechiaro trabajan más de cien clandestinos. Es posible que el niño se escapara de allí. El lugar donde fue arrollado por el coche se encuentra a no más de cinco kilómetros.

—¿No podrías hacer averiguaciones? —se aventuró a preguntar el comisario—. Pero sin decir nada aquí, en la comisaría.

—Puedo intentarlo —dijo Fazio.

—¿Tienes alguna idea para empezar?

—No sé... podría intentar elaborar una lista de los que les alquilan las casas... ¡qué digo casas!... los establos, los huecos bajo las escaleras, los estercoleros... ¡Los meten en auténticos trasteros sin ventanas! Lo hacen de forma ilegal, y llegan a ganar millones de liras. Pero puede que lo consiga. En cuanto tenga la lista, intentaré averiguar si alguno de estos clandestinos se ha reunido recientemente con su mujer..., no será tarea fácil, ya se lo digo de entrada.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

Pero Fazio no se levantó de la silla.

—Y esta noche, ¿qué?

El comisario lo comprendió al vuelo, pero puso cara de inocente angelito.

—No entiendo.

—¿Adónde irá Marzilla a las diez y media?

Montalbano se lo dijo.

—Y usted, ¿qué hará?

—¿Yo? ¿Qué quieres que haga? Nada.

—*Dottore*, ¿no tendrá pensado algo?

—¡No, hombre, no, quédate tranquilo!

—¡En fin! —dijo Fazio, levantándose.

Una vez en la puerta, se detuvo y se volvió.

—*Dottore*, si quiere, esta noche la tengo libre y...

—¡Pero qué pesado eres! ¡Qué manía!

—Como si yo no conociera a usía —murmuró Fazio abriendo la puerta para retirarse.

—¡Enciende enseguida la televisión! —le ordenó a Enzo nada más entrar en la *trattoria*.

El hombre lo miró sorprendido.

—¡No puedo creerlo!... Cuando está encendida, quiere que la apaguemos, y ahora que está apagada, quiere que la encendamos.

—Puedes quitarle el sonido, si quieres —dijo Montalbano, haciendo una concesión.

Nicolò Zito cumplió la promesa. En un momento del telediario (colisión entre dos camiones, derrumbamiento de un edificio, un hombre con la cabeza abierta sin que nadie supiera qué le había ocurrido, un coche incendiado, un cochecito de niño volcado en medio de la calzada, una mujer que se arrancaba los cabellos, un obrero caído desde un andamio, un sujeto víctima de un disparo en un bar), apareció la fotografía de Errera con bigote, lo que significaba vía libre para la escena que debería interpretar Beba. Sin embargo, el efecto de aquellas imágenes fue que se le pasó el apetito. Antes de regresar al despacho, dio un paseo de consolación hasta el faro.

La puerta golpeó contra la pared descascarillando el revoque, Montalbano se sobresaltó y apareció Catarella. Ritual cumplido.

—¡Catarella!... ¡El día menos pensado provocarás el derrumbe de todo el edificio!

—Pido comprensión y perdón, *Dottori*, pero es que, cuando me encuentro delante de su puerta cerrada, me emociono y se me va la mano.

—Pero ¿qué es lo que te emociona?

—Todo lo que se relaciona con usía, *dottori*.

—¿Qué querías?

—Ha llegado Poncio Pilato.

—Hazlo entrar. Y no me pases ninguna llamada.

—¿Ni siquiera del señor jefe superior?

—Ni siquiera de él.

—¿Ni siquiera de la señorita Livia?

—Catarè, no estoy para nadie. ¿Lo quieres entender o te lo hago entender yo?

—Lo he entendido, *dottori*.

Catorce

Montalbano se levantó para recibir al periodista, pero se quedó a medio camino, alucinado ante el espectáculo. Porque en el umbral acababa de aparecer algo que, a primera vista, le había parecido un enorme ramo de lirios andante. Sin embargo, se trataba de un hombre de unos cincuenta años, enteramente vestido de distintos matices de azul violáceo. Era una especie de perro gozque redondo, con cara redonda, tripita redonda, gafas redondas y sonrisa redonda. Lo único que no era redondo era la boca, de labios tan carnosos y rojos que parecían falsos, como pintados. Seguramente en un circo habría triunfado como payaso. Se acercó tan rápido como una peonza y le tendió la mano. El comisario tuvo que inclinarse hacia delante, con la tripa apoyada en el escritorio, para estrechársela.

—Siéntese.

El ramo de lirios se sentó. Montalbano no podía dar crédito a lo que su olfato detectaba: aquel hombre olía a lirios. Soltando maldiciones por dentro, el comisario se dispuso a perder una hora de tiempo. Tal vez menos. Ya encontraría cualquier excusa para quitárselo de encima. En cualquier caso, lo mejor sería preparar enseguida el terreno.

—Usted me perdonará, señor Pilato...

—Melato.

¡Maldito Catarella!

—... Melato, pero el caso es que ha venido usted en un día verdaderamente imposible. Dispongo de muy poco tiempo...

El periodista levantó una manita pequeña, que al comisario le sorprendió que no fuera de color violeta sino rosado.

—Lo comprendo. Le robaré muy poco tiempo. Quería empezar con una pregunta...

—No, permítame que la pregunta se la haga yo a usted: ¿por qué y de qué quiere hablarme?

—Verá, comisario, yo estaba en el puerto la noche del desembarco de las dos patrulleras de la Armada, y lo vi a usted allí.

—Ya.

—Entonces me pregunté si tal vez un hombre como usted, un célebre investigador...

Se había equivocado. Cuando le dedicaban una alabanza o le hacían un cumplido, Montalbano se ponía en guardia, se cerraba como un erizo y se convertía en una bola espinosa.

—Mire usted, yo estaba allí por pura casualidad. Una cuestión de gafas.

—¿De gafas? —preguntó el otro, estupefacto, y a continuación esbozó una astuta sonrisa—. Ya. ¡Veo que quiere despistarme!

Montalbano se levantó.

—Le estoy diciendo la verdad y usted no me cree. Creo que seguir con esto sería una pérdida de tiempo para mí y para usted. Buenos días.

El ramo de lirios se levantó y pareció marchitarse de golpe. Su manita estrechó la que el comisario le tendía.

—Buenos días —musitó, reptando hacia la puerta.

De repente, Montalbano se compadeció de él.

—Si le interesa el problema de los desembarcos de inmigrantes, puedo conseguir que lo reciba un compañero que...

—¿El *dottor* Riguccio? Gracias, ya he hablado con él. Pero él ve el problema a grandes rasgos, y basta.

—Con un problema tan grande no es fácil ver los más pequeños.

—Queriendo, sí.

—¿Y cuál es ese problema?

—El tráfico de niños —contestó Sozio Melato, al tiempo que abría la puerta y abandonaba el despacho.

Como en los dibujos animados, exactamente de la misma manera, esas dos palabras que el periodista acababa de pronunciar, «tráfico» y «niños», se solidificaron y aparecieron grabadas en negro en el aire, pues la estancia había desaparecido, todo se había desvanecido en el interior de una luz lechosa que las envolvía; al cabo de una millonésima de segundo ambas

palabras se movieron, se entrelazaron la una con la otra, hasta que se convirtieron en dos serpientes que se atacaban y después se fundían, cambiando de color y convirtiéndose en un globo luminoso del que surgió una especie de rayo que alcanzó a Montalbano entre los ojos.

—¡Virgen santa! —exclamó, agarrándose al escritorio.

En menos de un segundo, todas las piezas diseminadas del rompecabezas que se agitaban en su cerebro se colocaron en su sitio correspondiente, encajando a la perfección. Acto seguido, todo recuperó la normalidad y cada cosa volvió a presentarse con su forma y su color. Sin embargo, el que no conseguía recuperar la normalidad era él, pues no podía moverse y su boca se negaba obstinadamente a abrirse para llamar al periodista. Finalmente, consiguió coger el teléfono.

—¡Detén al periodista! —ordenó en tono furioso a Catarella.

Mientras se sentaba y se enjugaba el sudor de la frente, oyó que fuera se estaba armando un alboroto tremendo. Alguien gritaba (probablemente Catarella):

—¡Detente, Poncio Pilato!

Otro decía (debía de ser el periodista):

—¿Pero qué he hecho yo? ¡Déjenme!

Un tercero se aprovechaba (evidentemente, un cabrón que pasaba por allí):

—¡Abajo la policía!

Finalmente la puerta del despacho se abrió con un golpe que aterrorizó al periodista, que acababa de aparecer a regañadientes en el umbral, empujado por Catarella.

—¡Lo he pillado, *dottori*!

—Pero ¿qué ocurre? ¿Puedo saber por qué...?

—Discúlpeme, señor Melato. Un lamentable equívoco. Pase, por favor.

Mientras Melato, más confuso que convencido, entraba en el despacho, el comisario le ordenó bruscamente a Catarella:

—¡Retírate y cierra la puerta!

El ramo de lirios estaba como desmayado sobre la silla y se había marchitado a ojos vista. Al comisario le entraron ganas de rociarlo con un

poco de agua para reanimarlo. Pero quizá fuera mejor continuar la conversación como si nada hubiera ocurrido.

—Me estaba usted hablando de cierto tráfico...

Heri dicebamus. El «decíamos ayer» funcionó a la perfección. A Melato ni siquiera se le pasó por la cabeza pedir explicaciones por el trato que acababa de recibir. Recuperado, volvió a empezar.

—Usted, comisario, ¿no sabe nada de eso?

—Nada, se lo aseguro. Y le agradecería que...

—Solo el año pasado, y cito datos oficiales, se encontraron en Italia casi quince mil menores no acompañados por ningún pariente.

—¿Está diciéndome que vinieron solos?

—Eso podría parecer a primera vista. De estos menores, hay que quitar aproximadamente la mitad.

—¿Por qué?

—Son los que a estas alturas han alcanzado la mayoría de edad. Bueno, pues casi cuatro mil, un buen porcentaje, ¿eh?, procedían de Albania, Rumania, Yugoslavia y Moldavia. A estos hay que añadir mil quinientos de Marruecos, más los de Argelia, Turquía, Iraq, Bangladesh y otros países. ¿Se hace una idea del panorama?

—Creo que sí. ¿Edad?

—Ahora se lo digo.

Se sacó una hoja de papel del bolsillo, la estudió y se la volvió a guardar en el bolsillo.

—Doscientos, de cero a seis años; mil trescientos dieciséis, de siete a catorce; novecientos noventa y cinco, de quince; dos mil dieciocho, de dieciséis, y tres mil novecientos veinticuatro, de diecisiete —recitó.

Miró al comisario y lanzó un suspiro.

—Pero estos son los datos que conocemos. Sabemos a ciencia cierta que centenares de estos niños desaparecen en cuanto llegan a nuestro país.

—¿Y qué es de ellos?

—Comisario, hay organizaciones criminales que se encargan de traerlos aquí. Estos niños valen muchísimo. Son una mercancía exportable.

—¿Y qué hacen con ellos?

Sozio Melato pareció sorprenderse.

—¿Y usted lo pregunta? Hace poco un fiscal de Trieste reunió una enorme cantidad de pruebas, interceptando llamadas telefónicas que hablaban de la compra-venta de estos niños para trasplante de órganos. Las peticiones de trasplante aumentan constantemente. Muchos otros caen en manos de pedófilos. Pagan por ellos cifras elevadísimas. Tenga en cuenta que estos niños, solos, sin padres ni nadie que los reclame, están muy buscados por ese tipo de gente, pues pueden practicar con ellos cierto tipo de pedofilia extrema.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Montalbano con la boca abrasada.

—La que entraña la tortura y la muerte de la víctima, para mayor placer del pedófilo.

—Ah.

—Después está el negocio de la mendicidad organizada. Los explotadores de estos niños son muy imaginativos... He hablado con un niño albanés que había sido secuestrado y cuyo padre consiguió recuperarlo. Le hicieron una profunda herida en la rodilla y dejaron deliberadamente que se le infectara. De esa manera, la gente se compadecía más de él. A otro le cortaron la mano, a otro...

—Discúlpeme un momento. Acabo de recordar que tengo que hacer una cosa —dijo el comisario, levantándose.

Tras cerrar la puerta, salió disparado. Catarella, perplejo, vio pasar al comisario corriendo como un velocista de los cien metros, con los codos levantados a la altura del pecho y la zancada alta y decidida. En un visto y no visto Montalbano llegó al bar que había a dos pasos de la comisaría y que en aquellos momentos estaba desierto. Se acodó en la barra y pidió:

—Ponme un *whisky* triple, sin hielo.

El camarero se lo sirvió sin decir nada. Montalbano se lo bebió de dos tragos, pagó y se fue.

Catarella se encontraba de pie, como una estaca, montando guardia delante de la puerta de su despacho.

—¿Qué haces aquí?

—*Dottori*, estoy vigilando al sujeto —contestó Catarella, señalando con la cabeza hacia el despacho—. Por si al sujeto le entraran ganas de volver a escaparse.

—Muy bien, ya puedes retirarte.

El periodista no se había movido de su sitio. Montalbano se sentó detrás del escritorio. Ya se encontraba mejor. Ahora tendría la fuerza necesaria para escuchar nuevos horrores.

—Entonces estos niños no embarcan solos...

—Comisario, ya le he dicho que detrás de ellos hay una poderosa organización criminal. Algunos llegan por su cuenta, pero son una minoría. La mayoría vienen acompañados.

—¿Por quién?

—Por personas que se hacen pasar por sus padres.

—¿Cómplices?

—Bueno, yo no los llamaría así. Verá, el precio del embarque es muy elevado, y los inmigrantes deben hacer enormes sacrificios para conseguir un pasaje. Sin embargo, el coste puede reducirse a la mitad si introducen, junto con sus propios hijos, a un menor que no pertenece a su familia. Pero, aparte de los acompañantes que podríamos llamar «casuales», están los habituales, los que lo hacen con ánimo de lucro. Estos sí forman parte, a todos los efectos, de la amplia organización criminal. Pero no siempre los pasan mezclados con inmigrantes clandestinos. Hay otros caminos. Le pondré un ejemplo. Un viernes de hace unos meses, atracó en el puerto de Ancona la motonave que transporta mercancías y pasajeros a Durazzo. En ella viajaba una albanesa de algo más de treinta años, Giulietta Petalli. En su permiso de residencia figura la fotografía de un niño, su hijo, que lleva de la mano. Cuando llegó a Pescara, donde vivía, el niño había desaparecido. Resumiendo: la Brigada Móvil de Pescara descubrió que la dulce Giulietta, su marido y un cómplice habían introducido en Italia a cincuenta y seis niños. Y todos se habían desvanecido. ¿Qué le ocurre, comisario, se encuentra mal?

Un *flash*. Montalbano sintió una dentellada en el estómago. Por un instante se vio sujetando al niño de la mano y devolviéndolo a la que creía que era su madre... Y vio también aquella mirada, aquellos ojos enormemente abiertos que ya jamás conseguiría olvidar.

—¿Por qué? —preguntó en tono indiferente.

—Se ha puesto muy pálido.

—Me ocurre de vez en cuando; es una cosa de la circulación, no se preocupe. Dígame una cosa; si este indigno tráfico tiene lugar en el Adriático, ¿por qué ha venido a nosotros?

—Muy fácil. Porque estos nuevos mercaderes de esclavos se han visto obligados a cambiar de ruta. La que han utilizado durante años ya es demasiado conocida y las interceptaciones por parte de la policía son más frecuentes. Por tanto, han ampliado las rutas que ya existían en el Mediterráneo. Y eso ocurrió cuando el tunecino Baddar Gafsa se convirtió en el jefe indiscutible de la organización.

—Disculpe, no he entendido. ¿Qué ha dicho?

—Baddar Gafsa, un personaje de novela, créame. Entre otros nombres, se le conoce con el apodo de «Cara Cortada», imagínese. Con un poco de generosidad se lo podría definir como un verdadero corazón de las tinieblas. Es un gigantón al que le gusta exhibir sortijas, collares y pulseras, y siempre lleva chaquetas de piel. Tiene treinta y pocos años y dispone de un auténtico ejército de asesinos, encabezado por sus tres lugartenientes, Samir, Jamil y Ouled, y de una flotilla de embarcaciones pesqueras oculta en las ensenadas de cabo Bon, que naturalmente no le sirven para pescar, al mando de Ghamun y Ridha, dos patrones expertos que conocen el canal de Sicilia como la palma de la mano. Se le busca desde hace tiempo, pero nunca ha sido detenido. Dicen que en sus refugios secretos expone los cadáveres de enemigos asesinados por él, tanto para disuadir a los suyos de posibles traiciones como para deleitarse en su poder. Trofeos de caza, no sé si me explico. Es un tipo que viaja mucho, bien para dirimir a su manera las controversias entre sus colaboradores o para castigar de manera ejemplar a los que incumplen las órdenes. Y así van aumentando sus trofeos.

Montalbano tuvo la sensación de que Melato le estaba contando una película demasiado aventurera y fantástica, una de aquellas que antaño se llamaban «americanadas».

—Y usted, ¿cómo sabe todas esas cosas? Está muy bien informado...

—Antes de venir a Vigàta me pasé casi un mes en Túnez, desde Sfax a Susa, y hacia el norte, hasta El Haduaria. Disponía de salvoconductos. Y créame que tengo la suficiente experiencia para distinguir entre una leyenda más o menos patria y la verdad.

—Todavía no me ha aclarado por qué ha venido precisamente aquí, a Vigàta. ¿Averiguó algo en Túnez que lo indujo a trasladarse a esta zona?

La enorme boca de Sozio Melato se cuadruplicó en una sonrisa.

—Veo, señor comisario, que es tan inteligente como me habían dicho. He sabido, no le diré cómo porque sería demasiado complicado, pero le garantizo la absoluta fiabilidad de la fuente, que Baddar Gafsa ha sido visto en Lampedusa, de regreso de Vigàta.

—¿Cuándo?

—Hace algo más de dos meses.

—¿Y le dijeron qué había venido a hacer aquí?

—Me lo insinuaron. Ante todo, conviene que sepa que Gafsa tiene aquí una importante base de clasificación.

—¿En Vigàta?

—O en sus alrededores.

—¿Qué significa «base de clasificación»?

—Gafsa reúne allí a los clandestinos de más valor...

—¿Qué quiere decir?

—Menores, precisamente, terroristas, confidentes... Los retiene allí antes de enviarlos a sus destinos definitivos.

—Comprendo.

—Antes de que Gafsa se convirtiera en el jefe de la organización, esta base estaba controlada por un italiano. El tunecino le permitió seguir dirigiéndola durante un tiempo, pero después el italiano empezó a actuar por su cuenta y Gafsa lo mató.

—¿Usted sabe por quién lo sustituyó?

—Al parecer, por nadie.

—Entonces, ¿la base está en proceso de desmantelamiento?

—De ninguna manera. Digamos que no hay ningún jefe residente sino unos responsables del sector, los cuales son advertidos a su debido tiempo de los desembarcos. Cuando se trata de una operación importante, interviene personalmente Jamil Zarzis, uno de los tres lugartenientes. Va y viene constantemente entre Sicilia y la laguna de Korba, en Túnez, donde está el cuartel general de Gafsa.

—Usted ha mencionado una gran cantidad de nombres de tunecinos, pero no ha dicho el nombre del italiano que asesinó Gafsa.

—Lo ignoro, no conseguí averiguarlo. Sé, sin embargo, cómo lo llamaban los hombres de Gafsa. Es un apodo carente del menor significado.

—¿Cuál?

—El Muerto. Lo llamaban así. ¿No le parece absurdo?

¡¿Absurdo?! Montalbano se levantó de un salto, echó la cabeza hacia atrás y emitió un relincho. Un relincho fuerte, en todo similar al de un caballo cuando se le cruzan los cables. Solo que al comisario no se le habían cruzado los cables sino todo lo contrario. Ahora todo le resultaba muy claro, las paralelas habían acabado convergiendo. Entre tanto, el ramo de lirios se deslizaba muerto de miedo hacia la puerta. Montalbano corrió tras él y lo aplacó.

—¿Adónde va?

—Voy a avisar a alguien, usted no se encuentra bien —balbucearon los lirios.

El comisario esbozó una ancha y tranquilizadora sonrisa.

—No se preocupe, no es nada, son pequeños trastornos, como la palidez de hace un rato... Me ocurre desde hace tiempo, pero no es grave.

—¿No podríamos abrir la puerta? Me falta el aire.

Era una excusa, estaba claro que el periodista quería asegurarse una ruta de huida.

—De acuerdo, la abriré.

Un poco más tranquilo, Sozio Melato volvió a sentarse. Pero se notaba que aún estaba nervioso. Se sentó en el borde de la silla, listo para echar a correr. Seguramente se preguntaba si aquello era la comisaría de Vigàta o una reliquia del manicomio provincial. Y, por encima de todo, le preocupaba la amorosa sonrisa que le dirigía Montalbano. En efecto, el comisario se sentía envuelto por una oleada de gratitud hacia aquel hombre que parecía un payaso pero que no lo era. ¿Cómo pagarle la deuda?

—Señor Melato, no acabo de comprender... ¿Usted ha venido a Vigàta expresamente para hablar conmigo?

—Sí. Por desgracia, tengo que regresar enseguida a Trieste. Mi madre no se encuentra bien y me echa de menos. Estamos... muy unidos.

—¿Podría quedarse dos o tres días?

—¿Por qué?

—Creo que podré facilitarle de primera mano unas noticias muy interesantes.

Sozio Melato se lo pensó un rato, con los ojillos casi ocultos detrás de los párpados entornados. Después decidió hablar.

—Usted me dijo que no sabía nada de esta historia.

—Es cierto.

—Pero, si no sabía nada, ¿cómo es posible que ahora me diga que en muy poco tiempo estará en condiciones de...?

—No le he mentado, puede creerme. Usted me ha revelado cosas que yo ignoraba, pero creo que me van a ayudar a encarrilar debidamente una investigación que estoy llevando a cabo.

—Bueno... Yo estoy en el Regina de Montelusa. Creo que podré quedarme un par de días.

—Muy bien. ¿Podría describirme al lugarteniente de Gafsa, el que viene aquí...? ¿Cómo se llama?

—Jamil Zarzis. Es un tipo de cuarenta y tantos años, fornido y de baja estatura... Por lo menos, eso es lo que me han dicho... Ah, y está casi completamente desdentado.

—Vaya, pues si se ha dejado convencer por el dentista, estamos apañados —comentó el comisario.

Sozio Melato extendió los bracitos como queriendo decir que no sabía nada más de Jamil Zarzis.

—Oiga, ha dicho que Gafsa se encarga personalmente de eliminar a sus adversarios. ¿Es así?

—Así es.

—¿Un disparo de kalashnikov y listo o...?

—No, es un sádico. Varía de métodos. Me han contado que a uno lo colgó boca abajo hasta que murió, a otro lo asó literalmente sobre las brasas, a un tercero le ató las muñecas y los tobillos con alambre y dejó que se ahogara lentamente en la laguna, un cuarto fue...

El comisario se levantó y Sozio Melato enmudeció, preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó, dispuesto a levantarse de un salto de la silla y echar a correr.

—¿Me permite soltar otro relincho? —le preguntó con toda amabilidad Montalbano.

Quince

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Mimì, viendo alejarse a Sozio Melato por el pasillo.

—Un ángel —contestó Montalbano.

—¡Venga ya! ¿Vestido de esa manera?

—¿Por qué? ¿Tú crees que los ángeles siempre tienen que ir vestidos como los que pintaba Melozzo da Forlì? ¿No has visto esa película de Frank Capra que se titula...? Espera...

—Déjalo —dijo Mimì, visiblemente nervioso—. Quería comentarte que ha llamado Tommaseo. Le he dicho que nos encargáramos nosotros del asunto, pero no ha querido concedernos la autorización para registrar el chalet ni está dispuesto a pincharle el teléfono a Marzilla. Por consiguiente, toda la representación teatral que has organizado no ha servido para una mierda.

—¡Qué se le va a hacer, nos las arreglaremos solos! Pero ¿quieres explicarme por qué estás de tan mal humor?

—¿Quieres saberlo? —explotó Augello—. Porque cuando Beba ha llamado al fiscal Tommaseo, yo tenía pegada la oreja al auricular y he oído las preguntas que el muy cerdo le ha hecho. Cuando ha terminado de contarle lo que había visto, él ha empezado a preguntarle: «¿Usted estaba sola en el coche?». Y Beba con cierta vergüenza: «No, con mi novio». Y él: «¿Qué hacían?». Y Beba, simulando avergonzarse todavía más: «Bueno, es que...». Y el cerdo: «¿Hacían el amor?». Beba, con un hilillo de voz: «Sí...». Y él: «¿Completaron la relación?». Aquí Beba ha titubeado y el muy guarro le ha dicho que se trataba de datos necesarios para definir el marco de la situación. Y entonces ella se ha lanzado. Le ha cogido gusto a la cosa. ¡No te digo los detalles que se ha inventado! ¡Y, cuantas más cosas decía, más se emocionaba aquel puerco! ¡Quería que Beba fuera personalmente a la

fiscalía! Quería saber cómo se llamaba y qué aspecto tenía. Resumiendo, cuando ha colgado, hemos acabado peleándonos. Pero yo me pregunto: ¿de dónde habrá sacado ella ciertos detalles?

—¡Vamos, Mimì, no seas niño! ¿Qué te pasa, te has puesto celoso?

Mimì lo miró un buen rato.

—Sí —contestó. Y se fue.

—¡Envíame a Catarella! —le gritó el comisario.

—¡A sus órdenes, *dottori*! —dijo Catarella, presentándose de inmediato.

—Si no recuerdo mal, tú vas a menudo a ver a tu hermano, el que tiene una casa cerca de cabo Russello.

—Sí, señor *dottori*. En el pueblo de Lampisa.

—Bien. ¿Puedes explicarme cómo se llega hasta allí?

—*Dottori*, ¿qué necesidad tiene de que se lo explique? ¡Lo acompaño yo personalmente!

—Gracias, pero es un asunto que tengo que resolver yo solo, no te lo tomes a mal. Bueno, ¿me lo explicas?

—Sí, señor. Usted toma la carretera de Montereale y la recorre hasta el final. Sigue unos tres kilómetros más y a la izquierda verá una flecha que dice cabo Russello.

—Y giro ahí...

—No, señor. Sigue adelante. A la izquierda verá otra flecha que dice Punta Rossa.

—Y giro...

—No, señor. Sigue adelante. Después verá una flecha que dice Lampisa. Y ahí gira.

—Muy bien, gracias.

—*Dottori*, la flecha que dice Lampisa lo dice por decir algo. Si uno la sigue no llega a Lampisa ni loco.

—Pues entonces, ¿qué debo hacer?

—Cuando ya ha tomado el camino de Lampisa, a unos cincuenta metros a la derecha antes había una gran verja de hierro forjado que ahora ya no está.

—¿Y cómo puedo ver una verja que ya no existe?

—Muy fácil, *dottori*. Porque donde antes estaba la verja hay dos hileras de encinas. Aquello era la propiedad del barón Vella, pero ahora no es

propiedad de nadie. Cuando llegue al final de la alameda y encuentre la mansión en ruinas del barón Vella, gire en la última encina que hay a la izquierda. Y, a unos trescientos metros escasos, está el caserío de Lampisa.

—¿Y este es el único camino para llegar allí?

—Según.

—¿Según qué?

—Si va a pie o en coche.

—En coche.

—Pues entonces, es el único, *dottori*.

—¿Queda muy lejos el mar?

—A menos de cien metros, *dottori*.

¡Comer o no comer! Esa era la cuestión: ¿era más prudente aguantar las punzadas de un apetito terrible o era preferible burlarse de ellas e ir a llenar la tripa a Enzo? El dilema shakespeariano se le planteó cuando, al mirar el reloj, se dio cuenta de que eran casi las ocho. Si cedía al apetito, solo podría dedicarle una hora escasa a la cena, lo que implicaba que debería imprimir a sus movimientos masticatorios un ritmo a lo Charlot en «Tiempos modernos». Sin embargo, una cosa era segura, que comer deprisa no era comer, como mucho alimentarse. Una diferencia sustancial, pues en ese momento no necesitaba alimentarse como un animal o un árbol, él tenía ganas de comer disfrutando de cada bocado y tomándose el tiempo que hiciera falta. No, no era el caso. Y, para no caer en la tentación, no abrió ni el horno ni el frigorífico. Se quitó la ropa y se duchó. Después se puso unos vaqueros y una camisa de cazador de osos canadiense. Pensó que no sabía cómo irían las cosas y se le planteó una duda: ¿ir armado o no ir armado? Ante la duda, lo mejor sería llevar la pistola. Después se puso una cazadora marrón de piel que tenía un bolsillo interior muy grande. No quería que Ingrid lo viera cogiendo el arma, así que fue a por ella. Fue al coche, abrió la guantera, cogió la pistola, la introdujo en el bolsillo interior de la cazadora, se inclinó para cerrar la guantera, el arma le resbaló del bolsillo, cayó al suelo del coche, Montalbano soltó una maldición, se puso de rodillas porque el arma había ido a parar debajo del asiento, la cogió, cerró el coche y volvió a

entrar en la casa. La cazadora le daba calor, se la quitó y la dejó sobre la mesa. Decidió que una llamada a Livia no estaría de más. Levantó el auricular, marcó el número, escuchó el primer tono y simultáneamente llamaron a la puerta. ¿Abrir o no abrir? Colgó el auricular y fue a abrir. Era Ingrid, que llegaba con cierto adelanto. Más guapa que de costumbre, si es que eso era posible. ¿Besarla o no besarla? El dilema lo resolvió la sueca besándolo a él.

—¿Cómo estás?

—Me siento un poco hamletiano.

—No entiendo.

—No tiene importancia. ¿Has venido con el coche de tu marido?

—Sí.

—¿Qué coche es?

Pregunta estrictamente formal: de marcas de automóviles, Montalbano no entendía ni torta. Y de motores, tampoco.

—Un BMW trescientos veinte.

—¿De qué color?

Esta pregunta, en cambio, era interesada. Conociendo lo gilipollas que era el marido de Ingrid, era capaz de haber pintado la carrocería a rayas rojas, verdes y amarillas con topitos azules.

—Gris oscuro.

Menos mal. Cabía la posibilidad de que no los descubrieran y los tirotearan a la primera de cambio.

—¿Has cenado? —preguntó la sueca.

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Si nos queda tiempo, después podríamos... Por cierto, ¿qué vamos a hacer?

—Te lo explicaré por el camino.

Sonó el teléfono. Era Marzilla.

—Comisario, el coche que me han traído es un Jaguar. Dentro de cinco minutos salgo de casa —le comunicó con voz trémula.

Y colgó.

—Si estás lista, podemos irnos —dijo Montalbano.

Con gesto despreocupado, cogió la cazadora al revés, y la pistola resbaló del bolsillo y cayó al suelo. Ingrid pegó un brinco hacia atrás, asustada.

—La cosa va en serio, ¿no?

Siguiendo las instrucciones de Catarella, no se equivocaron ni una vez. Al cabo de media hora de haber salido de Marinella, media hora que Montalbano utilizó para informar a Ingrid, llegaron a la alameda de las encinas. La recorrieron y al final, a la luz de los faros, descubrieron las ruinas de una mansión señorial.

—Continúa recto. No sigas la carretera ni gires a la izquierda. Esconderemos el coche detrás de la casa —dijo Montalbano.

Ingrid lo hizo así. Detrás de la casa no había más que una desolada campiña. La sueca apagó los faros y bajaron. La luna iluminaba el paisaje como si fuera de día y el silencio era tan profundo que infundía temor. Ni siquiera ladraban los perros.

—¿Y ahora? —preguntó Ingrid.

—Ahora dejaremos el coche aquí y buscaremos un lugar desde donde se vea la alameda. Así podremos controlar los coches que pasan.

—¿Qué coches? —dijo Ingrid—. Por aquí no pasan ni los grillos.

Echaron a andar.

—De todos modos, podríamos hacer como en las películas —dijo la sueca.

—¿Y qué hacen en las películas?

—Vamos, Salvo, ¿es que no lo sabes? La pareja de policías, él y ella, fingen ser una pareja de enamorados. Para no despertar sospechas, se abrazan y se besan mientras vigilan.

Habían llegado delante de la mansión en ruinas, a unos treinta metros de la encina donde la carretera giraba hacia el caserío de Lampisa. Se sentaron sobre un muro derruido y Montalbano encendió un cigarrillo. Un coche había enfilado la alameda y circulaba muy despacio, tal vez porque quien conducía no conocía bien el camino. De repente, Ingrid se levantó, le tendió la mano al comisario, lo ayudó a levantarse y lo abrazó con fuerza. El coche avanzaba muy despacio. Montalbano tuvo la sensación de haber entrado todo él en el

interior de un albaricoquero. El perfume lo embriagó y le removió todo lo que se podía remover. Ingrid lo seguía estrechando con fuerza. En determinado momento le murmuró al oído:

—Siento algo que se mueve.

—¿Dónde? —preguntó Montalbano, que mantenía la barbilla apoyada en su hombro y la nariz hundida entre sus cabellos.

—Entre tú y yo, abajo —dijo Ingrid.

Montalbano notó que se ruborizaba y trató de apartar la pelvis, pero la sueca se le pegó como una lapa.

—No seas bobo.

Por un instante, los faros del coche los iluminaron de lleno, después de la última encina giraron a la izquierda y desaparecieron.

—Era tu coche, un Jaguar —dijo Ingrid.

Montalbano le agradeció a Dios que Marzilla hubiera llegado puntual. No habría conseguido resistir un minuto más. Se apartó de la sueca respirando afanosamente.

No fue una persecución porque en ningún momento Marzilla y los otros dos ocupantes del Jaguar tuvieron la sensación de que un coche los seguía. Ingrid era una conductora excepcional y hasta que llegaron a la carretera provincial de Vigàta condujo con los faros apagados, guiada tan solo por el resplandor de la luna. Marzilla no circulaba demasiado rápido, lo que facilitaba la vigilancia. En el fondo, se trataba de eso, de vigilar. El Jaguar de Marzilla tomó la carretera de Montelusa.

—Este paseo me está resultando bastante aburrido —dijo Ingrid.

Montalbano no contestó.

—¿Por qué has cogido la pistola? —insistió en preguntar la sueca—. No te está sirviendo de mucho.

—¿Estás decepcionada? —preguntó el comisario.

—Sí, esperaba algo más emocionante.

—Bueno, todavía no sabemos lo que puede ocurrir. Así que no pierdas la esperanza.

Pasado Montelusa, el Jaguar tomó la carretera de Montechiaro.

Ingrid bostezó.

—Casi me apetece que nos descubran.

—¿Por qué?

—Para que se anime un poco la cosa.

—¡No seas cabrona!

El Jaguar dejó atrás Montechiaro y siguió la carretera que conducía a la costa.

—Ahora conduce tú —dijo Ingrid—. Yo estoy cansada.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque dentro de poco en la carretera ya no circularán coches y tendremos que apagar las luces para que no nos descubran. Y yo no sé conducir a la luz de la luna.

—¿Y en segundo?

—En segundo porque tú este camino lo conoces mucho mejor que yo, sobre todo de noche.

Ingrid se volvió un instante a mirarlo.

—¿Tú sabes adónde van?

—Sí.

—¿Adónde?

—Al chalet de tu examigo Ninì Lococo, como se hacía llamar.

El BMW derrapó y estuvo a punto de acabar en plena campiña, pero Ingrid controló la situación. No dijo nada. Al llegar a Spigonella, en lugar de seguir el camino que el comisario conocía, giró a mano derecha.

—Esta no es la...

—Lo sé —dijo Ingrid—. Pero no podemos seguir al Jaguar. Hay un solo camino que conduce al promontorio y, por consiguiente, a la casa. Seguro que nos descubrirían.

—¿Y qué estás haciendo?

—Te estoy llevando a un sitio desde el que se ve la fachada del chalet. Además, llegaremos antes que ellos.

Ingrid detuvo el BMW al borde del acantilado, detrás de una especie de *bungalow* de estilo moruno.

—Bajemos. Desde aquí no pueden ver nuestro coche, y nosotros sí podemos observar lo que hacen ellos.

Rodearon el *bungalow*. A la izquierda se veía el promontorio con el camino particular que llevaba al chalet. Al cabo de menos de un minuto, el Jaguar se detuvo delante de la verja cerrada. Se oyeron dos brevísimos bocinazos, seguidos de otro largo. Entonces se abrió la puerta de la planta baja y se vio a contraluz la sombra de un hombre que abría la verja. El Jaguar entró y el hombre fue tras él, dejando la verja abierta.

—Vámonos —dijo Montalbano—. Aquí ya no hay nada más que ver.

Subieron al coche.

—Arranca —dijo el comisario—, y no enciendas las luces. Vamos a... ¿Recuerdas el chalet blanco y rojo que hay a la entrada de Spigonella?

—Sí.

—Montaremos guardia allí. Para regresar a Montechiaro hay que pasar a la fuerza por delante de él.

—¿Y quién tiene que pasar por delante de él?

—El Jaguar.

Apenas habían llegado al chalet blanco y rojo, cuando el Jaguar pasó a toda velocidad y se alejó derrapando.

Estaba claro que Marzilla quería poner tierra de por medio entre su persona y los hombres a los que acababa de acompañar.

—¿Qué hago? —preguntó Ingrid.

—Ahora veremos tu habilidad al volante —dijo Montalbano.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Síguelo. Pítale, hazle luces, pégate a él, finge embestirlo. Quiero que le metas el miedo en el cuerpo al conductor.

—Déjalo de mi cuenta —dijo Ingrid.

Durante un breve trecho condujo con los faros apagados y a una distancia prudente, pero después, en un momento en que el Jaguar desapareció en una curva, aceleró, encendió todas las luces posibles e imaginables, dobló la curva y empezó a tocar el claxon como una loca.

Al ver aparecer aquel torpedo repentino, Marzilla debió de morirse del susto.

Al principio, el Jaguar zigzagueó y se apartó a la derecha, creyendo que el otro coche quería adelantarlo. Pero Ingrid no lo adelantó. Casi pegada al Jaguar, le hacía luces y le tocaba el claxon. Desesperado, Marzilla aceleró, pero la carretera no le permitía correr todo lo que habría querido. Ingrid no lo soltaba, su BMW parecía un perro rabioso.

—¿Y ahora?

—Cuando puedas, lo adelantas, haces un trompo y te plantas en medio de la carretera con las luces largas.

—Eso está hecho. Abróchate el cinturón.

El BMW pegó un brinco, soltó un ladrido, adelantó al otro coche, siguió adelante, derrapó y giró sobre sí mismo. A pocos metros, el Jaguar se detuvo, iluminado de lleno. Montalbano cogió la pistola, sacó el brazo por la ventanilla y efectuó un disparo al aire.

—¡Apaga las luces y baja con las manos arriba! —gritó, entreabriendo apenas la puerta.

Las luces del Jaguar se apagaron y apareció Marzilla con las manos en alto. Montalbano no se movió.

Marzilla se balanceaba como un árbol azotado por el viento.

—Se está meando encima —dijo Ingrid.

Montalbano permaneció inmóvil. Lentamente, unas gruesas lágrimas empezaron a resbalar por el rostro del auxiliar sanitario; después dio un paso adelante, arrastrando los pies.

—¡Por el amor de Dios!

Montalbano no contestó.

—¡Por el amor de Dios, don Pepè! ¿Qué quiere de mí? ¡He hecho lo que usía quería!

¡Y Montalbano sin moverse! Marzilla cayó de hinojos, juntando las manos en gesto de oración.

—¡No me mate! ¡No me mate, señor Aguglia!

O sea que el usurero, el que lo llamaba para transmitirle las órdenes, era don Pepè Aguglia, el conocido empresario de la construcción. No había hecho falta pinchar ningún teléfono para averiguarlo. Marzilla, con la frente apoyada en el suelo, permanecía acurrucado, cubriéndose la cabeza con las

manos. Cuando oyó que se acercaban a él, se acurrucó todavía más, sin poder reprimir los sollozos.

—Mírame, cabrón.

—¡No, no!

—¡Mírame! —repitió Montalbano, propinándole tal puntapié en las costillas que el cuerpo de Marzilla se elevó un instante en el aire y cayó boca arriba. Pero seguía manteniendo los ojos desesperadamente cerrados.

—Soy Montalbano. ¡Mírame!

Marzilla tardó un poco en comprender que la persona que tenía delante no era don Pepè Aguglia, sino el comisario. Se incorporó, manteniendo una mano apoyada en el suelo. Debía de haberse mordido la lengua, pues le salía un hilillo de sangre de la boca. El hedor era insoportable. No solo se había meado, sino también cagado.

—Ah... ¿Es usía? ¿Por qué me ha seguido? —preguntó Marzilla, sorprendido.

—¿Yo? —dijo Montalbano, inocente como un corderito—. Ha habido un malentendido. ¡Yo quería que te detuvieras, pero tú en cambio te has puesto a correr! Y entonces he pensado que te llevabas algo raro entre manos.

—¿Qué... qué quiere de mí?

—Dime en qué lengua hablaban los dos que has llevado al chalet.

—En árabe, creo.

—¿Quién te indicaba el trayecto que tenías que seguir?

—Uno de ellos, siempre el mismo.

—¿Daba la impresión de que conocía la zona?

—Sí, señor.

—¿Podrías describírmelos?

—Solo a uno, el que me hablaba. Estaba completamente desdentado.

Por consiguiente, había llegado Jamil Zarzis, el lugarteniente de Gafsa.

—¿Llevas móvil?

—Sí, señor. Está en el asiento del coche.

—¿Te han llamado o has llamado tú a alguien después de haber dejado a esos tipos?

—No, señor.

Montalbano fue al Jaguar, cogió el móvil y se lo guardó en el bolsillo. Marzilla no dijo nada.

—Ahora sube al coche y regresa a casa.

Marzilla trató de levantarse, pero le fue imposible.

—Yo te ayudo —dijo el comisario.

Lo cogió por los pelos y lo levantó de un tirón mientras el otro gritaba de dolor. Después, con un fuerte puntapié en el trasero, lo arrojó al interior del Jaguar. Marzilla tardó cinco minutos largos en ponerse en marcha, de tanto como le temblaban las manos. Montalbano esperó a que desaparecieran las lucecitas rojas antes de volver a sentarse al lado de Ingrid.

—No sabía que fueras capaz de... —dijo Ingrid.

—¿De...?

—No sé cómo decirlo. De... tanta maldad.

—Yo tampoco —dijo Montalbano.

—Pero ¿qué ha hecho ese hombre?

—Ha hecho... le puso una inyección a un niño que no quería —contestó el comisario, a falta de otra respuesta mejor.

Ingrid lo miró, desconcertada.

—¿Y tú te vengas en él del temor que te inspiraban las inyecciones cuando eras pequeño?

Puestos a psicoanalizar, Ingrid no podía saber que, maltratando a Marzilla, en realidad había querido maltratarse a sí mismo.

—Vámonos —dijo el comisario—. Llévame a Marinella. Estoy cansado.

Dieciséis

Era mentira, no estaba cansado en absoluto. Al contrario, estaba deseando hacer lo que se le había metido en la cabeza. Pero tenía que librarse cuanto antes de Ingrid, no podía perder ni un minuto. Despachó a la sueca sin dejar traslucir la prisa que tenía, le dio infinitas gracias y besos y le prometió que volverían a verse el sábado siguiente. Una vez solo en su casa de Marinella, el comisario se transformó en el protagonista de una película cómica en cámara rápida, en un buscapiés que zigzagueaba por las habitaciones en una búsqueda desesperada. ¿Dónde coño había ido a parar el traje de submarinista que se había puesto la última vez —de eso hacía por lo menos dos años—, cuando había tenido que sumergirse en busca del coche del contable Gargano? Puso la casa patas arriba, y al final lo encontró en un cajón interior del armario, debidamente envuelto en celofán. Sin embargo, la búsqueda que más lo enfureció fue la de la funda de la pistola, que, aunque no la utilizaba nunca, también debía estar en algún sitio. Y, en efecto, resultó que estaba en el cuarto de baño, en el interior del mueble zapatero, debajo de un par de pantuflas que jamás en su vida se le había pasado por la cabeza ponerse. Lo de guardarla allí debía de haber sido una ocurrencia de Adelina. Ahora la casa daba la impresión de haber sido registrada por una horda de lansquenets borrachos. A la mañana siguiente haría bien en evitar tropezarse con su asistente Adelina, que se pondría de un humor de perros al ver semejante desorden.

Se desnudó, se enfundó el traje de submarinista y se puso encima los vaqueros y la cazadora. Fue a mirarse en el espejo: primero le entraron ganas de soltar una carcajada, pero después sintió vergüenza de sí mismo. Parecía que lo hubieran caracterizado para rodar una película. ¿Estaban en carnaval o qué?

—Me llamo Bond. James Bond —le dijo a su imagen.

Se tranquilizó pensando que a esas horas no se tropezaría con ningún conocido. Preparó café y se tomó tres tazas seguidas. Antes de salir, consultó el reloj. Calculaba que hacia las dos de la madrugada estaría de nuevo en Spigonella.

Estaba tan lúcido y decidido que enseguida encontró el camino que había seguido Ingrid para llegar al lugar desde el que se veía el chalet. Los últimos cien metros los recorrió con las luces apagadas. Su único temor era caer por el acantilado. Cuando llegó al *bungalow* de estilo moruno, cogió los gemelos y bajó del coche. A través de las ventanas no se filtraba el menor rayo de luz, el chalet parecía deshabitado. Sin embargo, en su interior había al menos tres hombres. Con cautela, arrastrando los pies como hacen las personas que no ven bien, se acercó al borde del acantilado y miró hacia abajo. No se veía nada. Solo se oía el rumor del mar, que estaba un poco agitado. Miró a través de los gemelos para ver si detectaba algún movimiento, pero a duras penas se distinguían las sombras algo más oscuras de las rocas.

A mano derecha, a unos diez metros, vio una escalera estrecha y empinada que había sido excavada en la pared de la roca. Si bajarla de día ya era una hazaña digna de un soldado de un regimiento alpino, no digamos en la oscuridad de la noche. Sin embargo, no tenía alternativa. Regresó al coche, se quitó los vaqueros y la cazadora, cogió la pistola, abrió la portezuela, colocó la ropa dentro, cogió la linterna sumergible, sacó las llaves de la guantera, volvió a cerrar la portezuela sin hacer ruido y escondió las llaves detrás de la rueda posterior derecha. Se ajustó la pistola en el cinturón, se puso los gemelos en bandolera y sujetó la linterna en la mano. De pie en el primer escalón, trató de distinguir el recorrido de la escalera. Encendió un instante la linterna y miró. Se notó el sudor en el interior del traje de submarinista: los escalones bajaban casi verticales.

Encendiendo y apagando rapidísimamente la linterna de vez en cuando para ver si pisaba en firme, o por el contrario encontraba el vacío; soltando

maldiciones; dudando y tanteando; resbalando, agarrándose a las raíces que sobresalían en la pared; lamentando no ser una cabra montesa, un corzo o al menos una lagartija, sintió, después de una eternidad, la arena mojada bajo las plantas de los pies. Había llegado.

Se tumbó boca arriba y contempló las estrellas. Respiraba con dificultad. Se quedó un rato así hasta que el fuelle que ocupaba el lugar de sus pulmones desapareció poco a poco. Se incorporó. Miró a través de los gemelos y le pareció que las moles oscuras de las rocas que interrumpían la playa y conformaban el pequeño puerto del chalet se encontraban a unos cincuenta metros de distancia. Echó a andar, encorvado y pegado a la pared de roca. De vez en cuando se detenía y escrutaba con los ojos muy abiertos. Nada, silencio absoluto, todo estaba inmóvil, excepto el mar. Al llegar casi al abrigo de las rocas, miró hacia arriba: solo se veía una especie de rectángulo que ocultaba el cielo estrellado y que no era otra cosa que el saliente de la gran terraza. Ya no podía seguir avanzando por tierra. Dejó los gemelos en la arena, se ajustó la linterna sumergible en el cinturón, dio un paso y se metió en el agua. No esperaba que fuera tan hondo; enseguida el agua le llegó al pecho. Dedujo que aquello no podía ser una circunstancia natural. Seguramente habían excavado un pequeño foso para añadir un nuevo obstáculo a quienquiera que, desde la playa, pretendiera encaramarse sobre las rocas. Se puso a nadar a braza, como las mujeres, despacio y sin el menor ruido, siguiendo la curva del pequeño puerto. El agua estaba muy fría. A medida que se acercaba a la bocana, las olas eran cada vez más grandes y amenazaban con empujarlo contra cualquier saliente. Puesto que ahora ya no era necesario nadar a braza, pues cualquier ruido quedaba absorbido por el rumor del mar, con cuatro brazadas llegó a la última roca, la que delimitaba la bocana. Se aferró a ella para recuperar el resuello. De pronto, una ola impactó contra sus pies, que fueron a posarse sobre una minúscula plataforma natural. Se encaramó a ella, sujetándose con ambas manos a la roca. Cada nueva ola amenazaba con hacerlo resbalar. Era una posición peligrosa, pero, antes de seguir adelante, tenía que aclarar unas cuantas cosas.

Según las imágenes que habían filmado, la roca que delimitaba el otro lado de la bocana tenía que estar situada más hacia la orilla, porque el muro describía al otro lado un gran signo de interrogación cuyo rizo superior

terminaba justamente en aquella roca. Se pasó un buen rato estudiando la sombra que la roca proyectaba sobre el agua para cerciorarse de que no hubiera nadie vigilando. Cuando estuvo seguro, desplazó los pies centímetro a centímetro y torció el cuerpo fuertemente a la derecha para que su mano pudiera tantear a ciegas en busca de algo metálico, el pequeño faro que había conseguido distinguir en la foto ampliada. Tardó casi cinco minutos en encontrarlo; estaba más arriba de lo que él había calculado. Pasó varias veces la mano por delante. No oyó sonar ninguna alarma, no había célula fotoeléctrica. Solo era un pequeño faro que en aquellos momentos estaba apagado. Esperó un poco más, por si acaso, y al ver que no ocurría nada volvió a arrojar al agua. Cuando había rodeado la mitad de la roca, sus manos tropezaron con la compuerta que impedía la entrada de visitas no deseadas en el embarcadero. Tanteando, descubrió que la plancha de hierro discurría a lo largo de una guía metálica vertical y dedujo que aquel mecanismo debía de accionarse automáticamente desde el chalet.

Ahora solo quedaba entrar. Se agarró a la compuerta para elevarse por encima de ella y saltar al otro lado. Ya tenía el pie izquierdo arriba cuando ocurrió algo. Algo, pues Montalbano no supo qué había sucedido. La punzada en el centro del pecho fue tan repentina, lacerante, larga y dolorosa que el comisario cayó a horcajadas sobre la compuerta, convencido de que alguien le había disparado con un fusil subacuático, alcanzándolo de lleno. Sin embargo, mientras lo pensaba, fue simultáneamente consciente de que no se trataba de eso. Se mordió los labios para reprimir un grito desesperado, que a lo mejor lo habría aliviado. Y enseguida comprendió que aquella punzada no procedía de fuera, sino de dentro, como él vagamente intuía, del interior de su cuerpo, donde algo se había roto o había alcanzado el punto de ruptura. Le resultó extremadamente difícil lograr aspirar un hilillo de aire y hacerlo pasar entre los labios cerrados. De repente, la punzada desapareció tal como había venido, dejándolo dolorido y aturdido, aunque no asustado. La sorpresa se había impuesto al miedo. Se deslizó a lo largo de la compuerta hasta conseguir apoyar la espalda contra la roca. Ahora su equilibrio ya no era tan precario. Habría tiempo y manera de recuperarse de la sensación de malestar que le había dejado aquella increíble punzada. Pero no hubo tiempo ni manera, pues la segunda punzada le llegó implacable y más feroz que la

primera. Trató de dominarse, sin conseguirlo. Se inclinó hacia delante y se echó a llorar. Era un llanto de dolor y de tristeza. No sabía si el sabor salado que sentía en la boca era de las lágrimas o de las gotas de agua que le resbalaban por el cabello. Mientras el dolor se convertía en una especie de taladro candente en la carne viva, comenzó a recitar una letanía para sus adentros:

—Padre mío, padre mío, padre mío...

Rezaba la letanía a su padre muerto, pidiéndole, sin palabras, la gracia de que alguien desde la terraza del chalet reparara en su presencia y acabara con él con una piadosa ráfaga de ametralladora. Pero su padre no escuchó su plegaria y Montalbano siguió llorando hasta que el dolor volvió a desaparecer, cosa que hizo con extremada lentitud, como si lamentara dejarlo.

Sin embargo, transcurrió mucho tiempo antes de que estuviera en condiciones de mover una mano o un pie. Sus extremidades se negaban a obedecer las órdenes que el cerebro les enviaba. En cuanto a los ojos, ¿los tenía abiertos o cerrados? ¿Estaba más oscuro que antes o tenía la vista obnubilada?

Se resignó. Debía aceptar las cosas como eran. Había cometido un error yendo solo. Se había presentado una dificultad, y ahora tendría que pagar las consecuencias de su locura. Lo único que podía hacer era aprovechar el intervalo entre una y otra punzada para echarse de nuevo al agua, rodear la roca y regresar poco a poco hasta la orilla. No tenía sentido seguir adelante, lo único que podía hacer era regresar. Solo tenía que lanzarse nuevamente al agua y rodear la boya...

¿Por qué había dicho boya y no roca? En su mente había surgido la escena que había visto en la televisión, la orgullosa negativa de aquel velero, que, en lugar de virar en redondo alrededor de la boya, había preferido seguir obstinadamente hacia delante hasta chocar con la embarcación de los jueces y quedar destrozada junto con esta... Y entonces comprendió que su manera de ser no le ofrecía posibilidad de elección. Jamás podría volver atrás.

Permaneció una media hora inmóvil, apoyado contra la roca, prestando atención a su cuerpo, a la espera de la menor señal de la aparición de una nueva punzada. Pero no ocurrió nada. Y no podía dejar pasar más tiempo. Se deslizó hacia el agua por el otro lado de la compuerta y volvió a nadar a

braza, porque las olas ya no tenían fuerza y rompían contra la plancha. Mientras nadaba hacia la orilla, vio que se encontraba en el interior de una especie de canal con los márgenes de cemento de una anchura mínima de seis metros. Y, en efecto, cuando sus pies todavía no tocaban fondo, vio a la derecha el resplandor de la arena a la altura de su cabeza. Apoyó ambas manos en el borde más cercano y se impulsó hasta arriba.

Miró hacia delante y se quedó sorprendido. El canal no terminaba en la playa, sino que se adentraba en una gruta natural absolutamente invisible para cualquiera que pasara por delante del pequeño puerto o se asomara desde el borde del acantilado. ¡Una gruta! A unos metros de la entrada, a mano derecha, había una escalera excavada en la pared rocosa, como la que había utilizado para bajar, solo que esta estaba cerrada por una verja. Doblando el espinazo, se acercó a la entrada de la gruta y escuchó. Nada, ni un ruido, excepto el susurro del agua. Se tumbó boca abajo, cogió la linterna que llevaba ajustada al cinturón, la encendió un segundo y la apagó. Almacenó en el cerebro todo lo que el destello de luz le había permitido ver y repitió la operación. Almacenó nuevos y valiosos detalles. A la tercera vez, ya sabía todo lo que había en el interior de la gruta.

En el agua del canal se balanceaba una lancha neumática de gran tamaño, probablemente una Zodiac de motor muy potente. A la derecha discurría una escollera de hormigón de poco más de un metro de anchura, en mitad de la cual había una enorme puerta de hierro, también cerrada.

Probablemente detrás de aquella puerta guardaban la lancha cuando no la necesitaban, y casi con toda certeza debía de haber una escalera que subía al chalet. O un ascensor, ¡quién sabe! Se adivinaba que la gruta continuaba, pero la lancha impedía ver lo que había más allá.

¿Y ahora? ¿Se detenía allí? ¿O seguía adelante?

—De perdidos al río —se dijo Montalbano.

Se incorporó y entró en la gruta sin encender la linterna. Bajo sus plantas, sentía el piso de hormigón. Continuó avanzando hasta que su mano derecha rozó el hierro oxidado de la puerta. Acercó el oído, nada, silencio absoluto. Empujó con la mano y notó que cedía, solo estaba entornada. Una ligera presión bastó para que la puerta se abriera unos centímetros. Al parecer, los goznes estaban bien engrasados. ¿Y si alguien lo había oído y lo esperaba con

un kalashnikov? Mala suerte. Empuñó la pistola y encendió la linterna. Nadie le pegó un tiro, ni nadie le dijo buenos días. Allí era donde guardaban la lancha, el lugar estaba lleno de bidones. Al fondo se veía un arco excavado en la roca y unos peldaños. La escalera que conducía al chalet, como había imaginado. Apagó la linterna y entornó de nuevo la puerta. Avanzó tres pasos en la oscuridad y encendió la linterna. La escollera se prolongaba unos metros más y luego terminaba de golpe en una especie de mirador, pues la parte posterior de la gruta era un amasijo de rocas de distintos tamaños que conformaban una irregular cadena montañosa en miniatura bajo la altísima bóveda. Apagó la linterna.

¿Cómo se habían formado aquellas rocas? Le resultaba extraño. Mientras trataba de comprender por qué razón las rocas le habían parecido extrañas, percibió, en medio de la oscuridad y el silencio, un ruido que lo dejó helado. Había algo vivo en la gruta. Era un sonido reptante, continuo, punteado por unos ligerísimos golpes como de madera contra madera. Sintió que el aire que respiraba tenía un color amarillo podrido. Inquieto, encendió la linterna y volvió a apagarla. Pero había sido suficiente para ver que las rocas, verdes a causa del musgo y el agua, cambiaban de color en la parte de arriba porque estaban literalmente cubiertas por centenares, miles, de cangrejos de todos los colores y tamaños que se movían incesantemente, hormigueaban y se encaramaban unos encima de otros hasta formar unas gigantescas y horrendas piñas vivientes que, a causa del peso, caían al agua. Un espectáculo asqueroso.

Montalbano observó que esa parte de la gruta estaba separada del resto por una tela metálica que se levantaba medio metro por encima del agua y que iba de pared a pared. ¿Para qué serviría? ¿Para impedir la entrada de algún pez de gran tamaño? Pero ¿qué idioteces estaba pensando! Quizá en lo contrario, para impedir que algo saliera... Pero ¿qué?, si en aquella parte de la gruta no había más que rocas...

Y de pronto lo comprendió. ¿Qué le había dicho el doctor Pasquano? Que el cadáver había sido devorado por los cangrejos. Le habían encontrado dos en la garganta... Aquel era el lugar en el que Errera-Lococo, que evidentemente debía de haberse puesto gallito, había sido ahogado, y allí Baddar Gafsa había mantenido expuesto el cadáver, con las muñecas y los

tobillos atados con alambre, mientras centenares de cangrejos lo devoraban. Un nuevo trofeo que mostrar a los amigos y a todos aquellos que pudieran abrigar intenciones de traicionarlo. Después lo habían arrojado en alta mar. Y el cadáver, navega que te navega, había llegado hasta la costa de Marinella.

¿Qué más había que ver? Repitió el camino en sentido inverso, salió de la gruta, se tiró al agua, nadó, pasó por encima de la compuerta, rodeó la roca y, de repente, se sintió dominado por un mortal e infinito cansancio. Esta vez sí se asustó. No tenía fuerzas ni para levantar el brazo. Se había vaciado de golpe. Por lo visto, únicamente lo había mantenido en pie la tensión nerviosa y, ahora que había hecho lo que tenía que hacer, ya no quedaba en el interior de su cuerpo nada que pudiera darle un mínimo de empuje y energía. Se puso arriba e hizo el muerto; tarde o temprano la corriente lo llevaría hasta la orilla. En determinado momento tuvo la impresión como de despertarse; la espalda le estaba rozando contra algo. ¿Es que se había quedado dormido? ¿Era posible? Con aquel mar y en aquellas condiciones, ¿se había quedado dormido como si estuviera en la bañera de casa? Sea como fuere, comprendió que había llegado a la playa, pero no conseguía incorporarse, las piernas no lo sostenían. Se volvió boca abajo y miró a su alrededor. La corriente había sido piadosa con él, lo había llevado cerca del lugar donde había dejado los gemelos. No podía dejarlos allí. Pero ¿cómo alcanzarlos? Después de dos o tres fallidos intentos de incorporarse, se resignó a caminar a cuatro patas, como un animal. A cada metro debía detenerse, le faltaba el aire y sudaba. Cuando llegó a la altura de los gemelos, no consiguió cogerlos, el brazo no se estiraba, se negaba a adquirir consistencia, parecía un trémulo flan. Se resignó. Debería esperar, aunque no podía descuidarse. A las primeras luces del alba, los del chalet lo verían.

«Solo cinco minutos», se dijo, cerrando los ojos y acurrucándose de lado, como un niño.

Solo le faltaba meterse el dedo en la boca. De momento, necesitaba dormir un poco, recuperar fuerzas. De todas formas, en las condiciones en que se encontraba, no habría podido subir por aquella terrible y empinada escalera. Acababa de cerrar los ojos cuando oyó un ruido cercano y una violenta luz le perforó los párpados y desapareció.

¡Lo habían descubierto! Tuvo la certeza de que había llegado el final. Pero se sentía tan exhausto, y tan a gusto de permanecer con los ojos cerrados, que no quiso reaccionar y no cambió de posición, pensando que le importaba un carajo lo que con toda certeza estaba a punto de ocurrirle.

—Pégame un tiro y vete a que te den por saco —dijo.

—¿Y por qué quiere que le pegue un tiro? —preguntó la angustiada voz de Fazio.

La ascensión de la escalera la hizo deteniéndose cada dos escalones, a pesar de que Fazio lo empujaba por detrás con una mano apoyada en su espalda. Faltaban solo cinco peldaños para llegar arriba cuando no tuvo más remedio que sentarse. El corazón se le había subido a la garganta. Tenía la sensación de que en cualquier momento se le iba a salir por la boca. Fazio también se sentó en silencio. Montalbano no podía verle la cara, pero lo notaba nervioso y alterado.

—¿Desde cuándo me sigues?

—Desde anoche. Cuando la señorita Ingrid lo llevó a Marinella, intuí que usted volvería a salir. Y así fue. Logré seguirlo hasta la entrada de Spigonella, pero después lo perdí. Y eso que ahora me conozco la zona... Para encontrar su coche he tardado casi una hora.

Montalbano miró hacia abajo. El mar estaba agitado, azotado por un viento que presagiaba la cercanía del amanecer.

De no haber sido por Fazio, seguramente aún estaría medio desmayado en la playa. Había sido Fazio quien había recogido los malditos gemelos, lo había ayudado a levantarse, prácticamente se lo había cargado a la espalda y lo había hecho reaccionar. En una palabra, quien lo había salvado. Lanzó un profundo suspiro.

—Gracias... —Fazio no contestó—. Pero que te quede claro que tú no has estado aquí conmigo jamás...

Esta vez Fazio tampoco dijo nada.

—¿Me das tu palabra?

—Sí. ¿Y usted me da la suya?

—¿De qué?

—De que iré a un médico para que le eche un vistazo. En cuanto pueda. Montalbano tragó amargamente saliva.

—Palabra —dijo levantándose.

Estaba convencido de que cumpliría aquella palabra. No porque temiera por su salud, sino porque no se podía faltar a la palabra dada a un ángel de la guarda. Y reanudó la subida.

Circuló sin dificultad por las carreteras todavía desiertas, seguido por el coche de Fazio, a quien no había sido capaz de convencer de que podía llegar perfectamente solo a Marinella. A medida que el cielo se aclaraba, se iba encontrando mejor. El día parecía prometedor. Entró en casa.

—¡Virgen santa! ¡Han entrado ladrones! —exclamó Fazio cuando vio el estado en que se encontraban las habitaciones.

—He sido yo, buscaba una cosa.

—¿La encontró?

—Sí.

—Menos mal. ¡Si no, revienta las paredes!

—Oye, Fazio, son casi las cinco. Nos vemos en la comisaría a partir de las diez, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, *dottore*. Que descanse.

—También quiero que esté el *dottor* Augello.

Cuando Fazio se hubo ido, le escribió una nota a Adelina.

ADELINA, NO TE ASUSTES, NO HAN ENTRADO LADRONES. PONLO TODO EN ORDEN, PERO SIN HACER RUIDO. ESTOY DURMIENDO. PREPÁRAME ALGO DE COMER.

Abrió la puerta de la casa y fijó la nota con una chincheta para que la asistenta la viera al entrar. Descolgó el teléfono, fue al cuarto de baño, se duchó, se secó y se tumbó en la cama. El atroz ataque de debilidad había desaparecido milagrosamente. Bueno, para ser sincero, se sentía un poco cansado, pero no más de lo normal. Además, menuda nochecita, no se podía negar. Se pasó una mano por el pecho, como para comprobar si las dos

terribles punzadas le habían dejado alguna señal, alguna cicatriz. Nada, no había ninguna herida, ni abierta ni cerrada. Antes de quedarse dormido, tuvo un último pensamiento, con el permiso del ángel de la guarda: ¿de verdad era tan necesario ir al médico? No, concluyó, la verdad es que no veía ninguna necesidad.

Diecisiete

A las once se presentó en la comisaría muy atildado y, si no sonriente, al menos no con un humor de perros. Las horas de sueño lo habían incluso rejuvenecido, sentía que los engranajes de su cuerpo funcionaban mejor. De las dos terribles punzadas de la víspera y de la consiguiente debilidad, ni rastro. Justo en la entrada estuvo casi a punto de chocar con Fazio, que salía. Este, al verlo, se detuvo y se lo quedó mirando un rato. El comisario, por su parte, se dejó mirar.

—Esta mañana tiene muy buena cara —fue el veredicto.

—Me he cambiado la base de maquillaje —dijo Montalbano.

—La verdad es que usted, *Dottore*, tiene siete vidas, como los gatos. Vuelvo enseguida.

El comisario se plantó delante de Catarella.

—¿Cómo me encuentras?

—¿Y cómo quiere que lo encuentre, *dottori*? ¡Un dios!

En el fondo, en el fondo, el tan denostado culto a la personalidad no era tan malo.

Hasta Mimì Augello presentaba un aspecto descansado.

—¿Te ha dejado dormir tu mujer?

—Sí, hemos pasado una buena noche. Es más, casi no me deja venir a la comisaría.

—¿Y por qué?

—Quería que la llevara a dar un paseo, aprovechando el buen día que hace. Últimamente, la pobre no sale de casa.

—Aquí estoy —dijo Fazio.

—Cierra la puerta, que vamos a empezar.

—Primero haré una recapitulación general —dijo Montalbano—, aunque algunos de los hechos ya los conocéis. Si hay algo que no os convence, me lo decís.

Se pasó media hora hablando sin interrupción. Les explicó cómo Ingrid había reconocido a Errera y de qué manera la investigación personal del pequeño inmigrante ilegal había confluído poco a poco en la investigación del ahogado sin nombre. Y aquí reveló lo que a su vez le había revelado el periodista Melato. Al llegar al susto que se había llevado Marzilla en la carretera, cuando regresaba a su casa tras haber llevado al chalet a Jamil Zarzis y a otro hombre, fue él mismo quien se interrumpió diciendo:

—¿Alguna pregunta?

—Sí —contestó Augello—, pero antes quiero pedirle a Fazio que salga del despacho, cuente despacio hasta diez y vuelva a entrar.

Sin decir ni pío, Fazio se levantó, salió y cerró la puerta a su espalda.

—La pregunta es la siguiente —dijo Augello—. ¿Cuándo terminarás de hacer el capullo?

—¿En qué sentido?

—¡En todos los sentidos, coño! ¿Pero quién te has creído que eres, el justiciero de la noche? ¿El lobo solitario? ¡Tú eres un comisario! ¿Acaso lo has olvidado? ¡Le reprochas a la policía que no respete las leyes, cuando tú eres el primero en no hacerlo! ¡Incluso te haces acompañar en una operación arriesgada por una sueca, en vez de por uno de nosotros! ¡Una auténtica locura! ¡Deberías haber informado a tus jefes! ¡O al menos, a nosotros, y no ir en plan cazador de recompensas!

—¡Ah!, ¿y por eso hago el capullo?

—¿Te parece poco?

—Sí, me parece poco porque he hecho cosas peores.

Augello abrió la boca, asustado.

—¡¿Peores?!
—Y diez... —dijo Fazio, irrumpiendo en el despacho.

—Sigamos —dijo Montalbano—. Cuando Ingrid bloqueó el paso al coche de Marzilla, este creyó que se trataba del tipo que le daba las órdenes y pensó que iban a liquidarlo. Se meó encima mientras suplicaba que no lo

mataran. El nombre que pronunció, sin darse cuenta siquiera, fue el de don Pepè Aguglia.

—¿El empresario de la construcción? —preguntó Augello.

—Sí, creo que es él —confirmó Fazio—. Por el pueblo corre la voz de que es un usurero.

—De él nos ocuparemos mañana, pero conviene que alguien lo vigile desde ahora mismo. No quiero que se me escape.

—Yo me encargo —dijo Fazio—. Se lo diré a Curreli, que para eso es muy bueno.

Ahora venía la parte difícil de contar, pero tenía que hacerlo.

—Después de que Ingrid me llevara a casa, decidí regresar a Spigonella para echar un vistazo al chalet.

—Solo, naturalmente —dijo en tono sarcástico Mimì, removiéndose en su asiento.

—Solo fui y solo volví.

Esta vez el que se movió en el asiento fue Fazio. Pero no abrió la boca.

—Cuando el *dottor* Augello te ha hecho salir del despacho —dijo Montalbano, dirigiéndose a él—, era porque no quería que lo oyeras llamarme capullo. ¿Me lo quieres llamar también tú? Podéis hacerlo a dúo, si queréis.

—Jamás me permitiría tal cosa, *dottore*.

—Muy bien, pues si no me lo quieres llamar, estás autorizado a pensarlo.

Tranquilizado en cuanto al silencio y la complicidad de Fazio, describió el embarcadero, la gruta y la puerta de hierro con la escalera interior. Y les habló también de las rocas con los cangrejos que se habían zampado el cadáver de Errera.

—Y estos son los hechos hasta el momento —concluyó—. Ahora hay que trazar un plan. Si la información que me ha facilitado Marzilla es cierta, esta noche habrá desembarcos, y puesto que Zarzis se ha tomado la molestia de venir, significa que llegará mercancía para él. Y nosotros tenemos que estar allí en el momento del desembarco.

—De acuerdo —dijo Mimì—, pero nosotros no sabemos nada del chalet ni del terreno que lo rodea.

—Pedid la filmación que hice desde el mar. La tiene Torrissi.

—No es suficiente. Esta tarde iré a estudiar el terreno de cerca —dijo Mimì, adoptando una decisión.

—No me parece buena idea —terció Fazio.

—Si te ven y sospechan algo, se irá todo al carajo —dijo Montalbano, coincidiendo con Fazio.

—Tranquilos. Iré con Beba. Está deseando respirar un poco de aire de mar. Daremos un paseo y echaré un vistazo. No creo que sospechen de un hombre y una mujer con un bombo. A las cinco, como mucho, estaremos de vuelta.

—Está bien —concedió Montalbano. Luego se dirigió a Fazio—: Quiero un equipo de primera. Pocos hombres, pero decididos y de confianza. Gallo, Galluzzo, Imbrò, Germanà y Grasso. Augello y tú estaréis al mando.

—¿Por qué, no vendrás tú? —preguntó Mimì extrañado.

—Yo estaré abajo, en el puertecito, por si alguien intenta escapar.

—Entonces, el *dottor* Augello se queda solo al mando, ¡porque yo voy con usted! —dijo secamente Fazio.

Sorprendido por el tono, Mimì lo miró.

—No —dijo Montalbano.

—*Dottore*, mire que...

—No. Es una cuestión personal, Fazio.

Ahora Mimì miró a Montalbano, que a su vez miraba a Fazio, que le mantuvo la mirada. Parecía una escena de una película de Quentin Tarantino. Se apuntaban con los ojos, en vez de con los revólveres.

—A sus órdenes —dijo finalmente Fazio.

Para eliminar los restos de tensión que flotaban en el aire, Mimì Augello planteó una pregunta:

—¿Y cómo sabremos si esta noche habrá desembarcos? ¿Quién nos lo dirá?

—Podría pedirle información al *dottor* Riguccio —le sugirió Fazio al comisario—. Por lo general, hacia las seis de la tarde en la Jefatura de Montelusa ya tienen una idea bastante clara de la situación.

—No, a Riguccio ya le he pedido demasiadas cosas. Ese es un policía de verdad, podría sospechar algo. No, puede que haya otro modo... ¡La Capitanía de puerto! Allí llegan todas las informaciones, tanto de Lampedusa

como de las embarcaciones pesqueras, y ellos las transmiten a la Jefatura Superior. Lo que consiguen saber, claro, porque hay muchos desembarcos clandestinos de los que no se sabe nada. ¿Tú conoces a alguien de la Capitanía?

—No, señor, *dottore*.

—Yo sí —dijo Mimì—. Hasta el año pasado me veía a menudo con un subteniente. Aún está por aquí... el domingo nos tropezamos por casualidad.

—Muy bien. ¿Cuándo puedes ir a ver a ese subteniente?

—Esa subteniente —lo corrigió Mimì—: Pero no vayáis a pensar mal... Lo intenté, pero no hubo manera. En cuanto regrese de Spigonella, llevaré a mi mujer a casa e iré a verla.

—*Dottore*, ¿y qué hacemos con Marzilla? —preguntó Fazio.

—De ese nos encargaremos después de lo de Spigonella, así como del señor Aguglia.

* * *

Cuando abrió el frigorífico, sufrió una amarga decepción. Adelina, efectivamente, había ordenado la casa, pero de comer le había preparado solo medio pollo hervido. Pero ¿qué porquería era aquella? ¡Un plato de enfermo! ¡Prácticamente de extremaunción! Y aquí surgió en su mente una terrible sospecha, la de que Fazio le hubiera dicho a la asistenta que se encontraba mal y que, por consiguiente, había que tenerlo a dieta. Pero ¿cómo se las había arreglado para decírselo si el teléfono estaba descolgado? ¿Con una paloma mensajera? No, aquello tenía que ser sin duda una venganza de Adelina, enojada por el desorden que había encontrado en la casa. Sobre la mesa de la cocina había una nota en la que no había reparado cuando había preparado el café:

El dormitorio se lo arregla usia que aora está drumiendo alli.

Se sentó en la galería y engulló el pollo hervido con la ayuda de un bote entero de encurtidos. Justo cuando había terminado, sonó el teléfono. Por lo visto, Adelina había vuelto a colgarlo. Era Livia.

—¡Salvo, al fin! ¡Estaba muy preocupada! Anoche te llamé por lo menos diez veces. ¿Dónde te habías metido?

—Perdona, pero tenía trabajo y...

—Quería darte una buena noticia.

—¿Cuál?

—¡Voy mañana!

—¡¿De veras?!

—Sí. Me puse tan pesada que me han dado tres días.

Montalbano se sintió inundado por una oleada de alegría.

—Bueno, ¿no dices nada?

—¿A qué hora llegas?

—A las doce del mediodía, en Punta Raisi.

—Si no puedo ir yo, enviaré a alguien a recogerte. Estoy...

—Bueno, ¿tanto te cuesta decirlo?

—No. Estoy muy contento...

Antes de echar una cabezadita, arregló el dormitorio; de lo contrario, no habría podido pegar ojo.

«Tú eres peor que un hombre de orden —le había dicho en cierta ocasión Livia, molesta porque él le había echado en cara que dejaba sus cosas de cualquier manera por la casa—. Porque, además, eres un hombre ordenado».

Mimì Augello se presentó pasadas las seis, seguido por Fazio.

—Veo que te lo has tomado con calma... —lo reprendió Montalbano.

—Pero vengo cargado.

—¿Qué quieres decir?

—En primer lugar, esto.

Sacó del bolsillo una docena de instantáneas tomadas con polaroid. En todas aparecía Beba, muy sonriente con su bombo, y a su espalda, desde todos los ángulos posibles, el chalet de Spigonella. En dos o tres de ellas, se veía a Beba apoyada contra los barrotes de la verja, que estaba cerrada con una cadena y un cerrojo de gran tamaño.

—¿Le has dicho a Beba lo que habéis ido a hacer y quién hay en el chalet?

—No. ¿Para qué? Así ha salido más natural.

—¿No has visto a nadie?

—A lo mejor nos vigilaban desde dentro, pero fuera no ha salido nadie. Quieren dar la impresión de que la casa está deshabitada. ¿Ves el cerrojo? Pura apariencia. Introduciendo la mano entre los barrotes se puede abrir fácilmente.

Eligió otra fotografía y se la extendió al comisario.

—Esta es la fachada derecha. Se ve la escalera exterior que conduce al piso de arriba. La puerta grande de abajo debe de ser la del garaje. ¿Te dijo Ingrid si el garaje estaba comunicado con la casa?

—No, no lo está. En cambio, hay una escalera interior que une las dos plantas, aunque Ingrid jamás la ha visto. Al parecer, se accede a ella a través de una puerta cuya llave Errera decía no tener. Y estoy seguro de que hay otra escalera que comunica la planta baja con la gruta.

—A primera vista, en el garaje caben dos coches.

—Uno seguro que hay, el que atropelló al niño. Por cierto, cuando los hayamos atrapado, no olvidéis que el coche tiene que ser examinado por la Científica. Me juego las pelotas a que encuentran sangre del niño en él.

—Según usted, ¿cómo ocurrió lo del pequeño? —preguntó Fazio.

—Muy sencillo. El niño era consciente del peligro que corría e intentó fugarse nada más desembarcar. Pero esa primera vez no lo consiguió, por mi culpa. Entonces lo llevaron a Spigonella. Allí debió de descubrir la escalera interior que conducía a la gruta. Seguramente escapó por allí. Alguien lo vio y dio la voz de alarma. Entonces Zarzis cogió el coche y no paró hasta encontrarlo.

—¡Pero si ese Zarzis llegó anoche! —dijo Augello.

—Al parecer, va y viene. Siempre está cuando hay que clasificar la mercancía y cobrar el dinero, como ahora. Él es el responsable de estas operaciones ante su jefe.

—Quiero hablarte de los desembarcos —dijo Mimì.

—Adelante —dijo Montalbano. La idea de tener a Zarzis al alcance de la mano le infundía una sensación de bienestar.

—Mi amiga me ha dicho que se trata de una auténtica emergencia. Nuestras patrulleras han avistado cuatro embarcaciones maltrechas y con exceso de carga que se dirigen a Seccagrande, Capobianco, Manfia y Fela. Solo esperan que consigan llegar a tierra antes de hundirse, porque ¡ni hablar

de transbordos o cambios de ruta! Lo único que pueden hacer los nuestros es permanecer cerca, preparados para recoger a los náufragos en caso de que ocurra alguna desgracia.

—Comprendo —dijo en tono pensativo Montalbano.

—¿Qué es lo que comprendes? —le preguntó Mimì.

—Que estos cuatro desembarcos son una mera maniobra de distracción. Seccagrande y Capobianco se encuentran al oeste de la zona Vigàta-Spigonella, y Manfla y Fela, al este. Por consiguiente, todas las aguas desde Vigàta hasta Spigonella carecen de vigilancia, así como su costa. Una embarcación que conozca la existencia de este pasillo puede pasar por él sin ser vista.

—¿Entonces?

—Entonces, querido Mimì, eso significa que Zarzis irá a recoger su carga a alta mar con la lancha neumática. No sé si os he dicho que en el piso de arriba del chalet hay una emisora a través de la cual se comunican. ¿Tu subteniente...

—No es mía.

—... te ha dicho a qué hora están previstos los desembarcos?

—Hacia medianoche.

—Entonces, tenéis que estar con vuestros hombres en Spigonella a las diez. Lo haremos de la siguiente manera. En las dos rocas de la bocana del embarcadero hay sendos faros. Supongo que los encenderán cuando salga la lancha y, luego, a la vuelta. Estos dos pequeños faros y la compuerta los acciona, sin duda, el tercer hombre, el vigilante del chalet. Tendréis que actuar con mucha precisión. Solo neutralizaréis al vigilante después, repito, después, de que haya vuelto a encender los faros al regreso de la lancha. Dispondréis de muy poco tiempo. Esperaréis a que Zarzis y el otro entren en la casa y los pillaréis por sorpresa. Pero cuidado: llevan niños consigo, y son capaces de todo. Ahora poneos de acuerdo vosotros dos. Suerte y a por ellos.

—Y tú, ¿qué harás ahora? —preguntó Augello.

—Pasaré un momento por Marinella y después iré a Spigonella. Pero repito: vosotros a lo vuestro y yo a lo mío.

Abandonó el despacho y, al pasar por delante de Catarella, le preguntó:

—Catarè, ¿puedes preguntarle a Torretta si tiene unos alicates y un par de botas altas de goma, de esas que llegan hasta medio muslo?

Tenía ambas cosas. Alicates y botas hasta medio muslo.

En su casa de Marinella, se puso un grueso jersey negro de cuello cisne, un par de pantalones negros de terciopelo que remeti6 en el interior de las botas y un gorro de lana negro con pomp6n tambi6n negro en la cabeza. Con una pipa en la boca habría sido la viva imagen del típico lobo de mar de las películas americanas de serie B. Se mir6 en el espejo. Lo mejor que podía hacer era tomárselo a risa.

—¡Avante toda, viejo bucanero!

Lleg6 al chalet blanco y rojo de Spigonella a las diez, pero, en lugar de dirigirse al *bungalow*, sigui6 el camino de la primera vez, cuando había ido con Fazio. El último tramo lo recorri6 con las luces apagadas. El cielo estaba cubierto y no se veía un carajo a un paso de distancia. Baj6 del coche y mir6 a su alrededor. A mano derecha, a algo más de cien metros, vio la mole oscura del chalet. De sus hombres, nada. O no habían llegado o, si lo habían hecho, se habían camuflado muy bien. Con los alicates en la mano y la pistola en el bolsillo, ech6 a andar por el borde del acantilado hasta descubrir una escalera distinta a la de la otra vez. En esta ocasi6n el descenso no fue tan difícil, bien porque esta no era tan vertical o bien porque lo tranquilizaba saber que sus hombres estaban por allí.

Había recorrido la mitad de la escalera cuando oy6 el rugido de un motor. Comprendió que se trataba de la lancha neumática. El rugido son6 amplificado por el silencio y por la gruta, que actuaba a modo de caja de resonancia. Se detuvo de golpe. En la bocana del embarcadero, el agua del mar se había teñido de repente de rojo. En la posici6n en la que se encontraba, no podía ver el pequeño faro encendido, porque quedaba oculto tras la roca, pero aquel reflejo rojo no podía significar otra cosa. Y por aquel reflejo vio pasar la silueta de la lancha neumática, aunque no consigui6 distinguir cuántas personas iban a bordo. Inmediatamente después, el reflejo desapareci6 y el rugido del motor se fue alejando en la distancia como si se tratara del zumbido de un moscard6n, hasta que dej6 de oírse. Todo iba como

había previsto. Mientras reanudaba el descenso por los escalones, tuvo que reprimir el impulso de ponerse a cantar a grito pelado, pues hasta ese momento todo iba sobre ruedas.

Sin embargo, su alegría duró muy poco, porque enseguida tuvo que enfrentarse con la dificultad de caminar sobre la arena con aquellas botas de goma. En diez pasos tendría rota la espalda; y si se acercaba a la orilla para pisar sobre la arena mojada y compacta, corría el peligro de ser visto. Se sentó en el suelo para quitarse la primera bota. Esta se deslizó un poquito por el muslo, pero se negó obstinadamente a rebasar la rodilla. Se levantó y repitió el intento de pie. Peor aún. Empezó a sudar y a soltar maldiciones. Al final, acertó a encajar el tacón entre dos piedras que sobresalían en la pared rocosa y consiguió su propósito. Luego repitió la operación con la otra bota. Reanudó la marcha descalzo, sosteniendo en una mano los alicates y en la otra las botas de goma. En medio de la oscuridad, no reparó en la presencia de un matojo lleno de pinchos, y lo pisó. Unas cien espinas se le clavaron alegremente en las plantas de los pies. Se desanimó. No, no tenía que hundirse, no había sido nada. Cuando llegó al borde del foso, se sentó y volvió a ponerse las botas de goma mientras un sudor frío le empapaba la piel a causa del dolor que le causaban los pinchos al contacto con la suela.

Se sumergió en el pequeño foso y tuvo la satisfacción de comprobar que sus cálculos habían sido correctos: el agua le llegaba a medio muslo, justo un dedo por debajo del lugar donde terminaba la protección de las botas. Ahora tenía delante el primero de los dos farallones que conformaban el pequeño puerto. Se ajustó los alicates al cinturón y, tanteando con la mano, descubrió dos asideros. Se levantó a pulso con la fuerza de los brazos. La escalada le fue facilitada por las suelas de goma, que se adherían a la roca. Resbaló una vez, pero consiguió sostenerse con una sola mano. Agarrándose como un cangrejo, llegó hasta la tela metálica. Cogió los alicates y empezó a cortar el alambre por abajo. El seco clac metálico resonó en el silencio como un disparo de revólver o, por lo menos, eso le pareció a él. Se quedó paralizado sin atreverse a mover ni un dedo. No ocurrió nada, nadie emitió un grito, nadie se acercó corriendo. Y un clac tras otro, intercalando entre ellos una cautelosa pausa, consiguió cortar en media hora los alambres de la tela metálica que estaba fijada al poste de hierro, que a su vez estaba fijado a la

pared de roca. Se abstuvo de cortar los dos alambres de la parte superior que mantenían suspendida la tela metálica, para que diera la impresión de que esta se encontraba todavía intacta. Esos los cortaría a su debido tiempo. Ahora tenía que irse de allí. Dejó los alicates en el suelo y, agarrándose con ambas manos a la parte superior de la roca, estiró una pierna, buscando asidero para el pie. Creyó haberlo encontrado, introdujo en él la punta de la bota y dejó caer el peso. Fue un error. El orificio era poco profundo y resbaló roca abajo, intentando frenar la caída con los dedos a modo de garra. Se sintió como el gato Silvestre en uno de sus mejores lances cómicos. Se despellejó las manos y cayó directamente al foso. ¿Por qué no había funcionado el principio de Aristóteles, o mejor dicho, de Arquímedes? Ese principio decía que un cuerpo sumergido en un líquido recibe un impulso hacia arriba equivalente a la cantidad de líquido que desaloja. En cambio, él no había recibido ningún impulso. La que sí lo había recibido era el agua, que le llegó como una fuente hasta más arriba de la cabeza. El jersey se le quedó empapado y el agua chapoteó alegremente entre sus cojones, penetrándole en el interior de las botas. Para colmo, le pareció que la caída había hecho el mismo estruendo que el de una ballena retozando en el agua. Prestó atención y, una vez más, nada, ni un grito ni un ruido. Como el mar estaba un poco movido, a lo mejor el vigilante había pensado que era una ola fuerte que había roto contra las rocas. Salió del foso y se tumbó en la arena.

Y ahora, ¿qué hacía? ¿Contar hasta mil millones? ¿Tratar de recitar de memoria todas las poesías que conocía? ¿Intentar recordar todas las maneras posibles de preparar los salmonetes? ¿Pensar en todas las explicaciones que debería dar al jefe superior y al ministerio público por haber llevado aquel asunto a la chita callando, sin el pertinente «permiso de la superioridad»? De repente, le entraron ganas de estornudar. Trató de reprimirlo, pero no lo consiguió, y tuvo que amortiguar el ruido tapándose la nariz con la mano. Tenía la sensación de que le había entrado medio litro de agua en cada bota. ¡Solo le faltaba pillar un resfriado! Comenzaba a sentir frío. Se levantó y empezó a caminar pegado a la pared. ¡Qué se le iba a hacer si al día siguiente le dolía la espalda!... Tras haber recorrido unos pasos, volvió atrás. Repitió el recorrido unas diez veces. ¿Frío? ¡Y un cuerno! Ahora tenía calor y estaba sudando. Decidió descansar un poco y se sentó en el suelo. Después se tumbó

del todo. Al cabo de media hora, empezó a sentir una molesta somnolencia. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, despertado por el zumbido de un moscardón, sin poder calcular cuánto tiempo había pasado.

¿Un moscardón?! ¡Aquello era la lancha que regresaba! Rodó rápidamente hacia el foso y permaneció quieto. El zumbido se convirtió en ruido, y el ruido en estruendo, cuando la lancha llegó al embarcadero. El estruendo cesó de golpe. Seguro que ahora la lancha estaba aprovechando el impulso para recorrer el canal y penetrar en la gruta. Montalbano se encaramó a la roca sin dificultad. Su fuerza y su lucidez se debían a la certeza de que no tardaría en experimentar la tan ansiada satisfacción. Cuando su cabeza sobrepasó la altura de la tela metálica, vio un gran haz luminoso proveniente de la gruta. Oyó también las enfurecidas voces de dos hombres y el llanto y los gemidos de unos niños que le partieron el corazón y le revolviéron el estómago. Esperó con las manos sudadas y temblorosas, no por la tensión sino por la rabia, hasta que ya no se oyó ni una voz, ni el menor ruido procedente de la gruta. Cuando estaba a punto de cortar los dos alambres que quedaban, la luz se apagó. Buena señal, significaba que la gruta estaba despejada. Cortó los alambres sin ninguna precaución, luego deslizó el gran cuadrado de tela metálica a lo largo de la roca y lo dejó caer al foso. Pasó por entre los dos postes de hierro y saltó a la arena en medio de la oscuridad. Un salto de más de tres metros, pero Dios lo amparó. En esos momentos le pareció que había envejecido más de diez años. Amartilló el arma, colocó el cartucho en la recámara y entró en la gruta. Oscuridad densa y silenciosa. Avanzó por la estrecha escollera hasta que su mano rozó la puerta de hierro entreabierta. La traspasó y, moviéndose con tanta rapidez como si pudiera ver, llegó hasta el arco, subió el primer peldaño y se detuvo. ¿Cómo era posible que estuviera todo tan tranquilo? ¿Por qué sus hombres no habían empezado a hacer lo que debían? Un pensamiento cruzó por su mente, dejándolo empapado de sudor: ¿y si hubieran tenido un contratiempo y no hubieran llegado? ¡Y él allí, solo, en medio de la oscuridad, con la pistola en la mano y vestido de bucanero como un imbécil! Pero ¿por qué no se decidían? Dios santo, ¿estaban gastándole una broma? ¿Y entonces el señor Zazis y sus dos amiguitos se irían de rositas? Pues no, aunque tuviera que subir él solo al chalet y armar un follón descomunal.

Justo en ese momento oyó estallar casi simultáneamente, aunque amortiguados por la distancia, varios disparos de pistola, unas ráfagas de ametralladora y voces alteradas. ¿Qué hacer? ¿Esperar allí o acudir en ayuda de los suyos? Arriba, el violento tiroteo sonaba cada vez más cercano. De pronto, una intensa luz iluminó la escalera. Alguien se disponía a escapar. Oyó con toda claridad unos pasos que bajaban precipitadamente. Sin pérdida de tiempo, el comisario salió del arco y se apartó a un lado, con la espalda pegada a la pared. Un instante después apareció un hombre, dando una especie de saltito desde el último escalón, como una rata cuando sale de una alcantarilla.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Montalbano, adelantándose un paso.

Pero el hombre no se detuvo. Sin apenas volverse, levantó la mano que empuñaba un enorme revólver y disparó a ciegas a su espalda. El comisario sintió un fuerte zarpazo en el hombro izquierdo, tan fuerte que toda la parte superior de su cuerpo giró a la izquierda. Sin embargo, los pies y las piernas se quedaron en su sitio, clavados en el suelo. El hombre había alcanzado la puerta que daba a la gruta, cuando el primer y único disparo de Montalbano lo alcanzó entre los omóplatos. El hombre se quedó paralizado, extendió los brazos, soltó el revólver y cayó boca abajo. El comisario se le acercó despacio, pues no podía caminar más rápido, y con la punta de la bota le dio la vuelta.

Jamil Zarzis parecía sonreírle con su boca desdentada.

En cierta ocasión alguien le preguntó si alguna vez se había alegrado de matar a alguien, y él había contestado que no. Y esta vez tampoco estaba contento, pero sí aplacado. «Aplacado» era la palabra más apropiada.

Se arrodilló despacio. Tenía las piernas blandas como el requesón y se estaba muriendo de sueño. La sangre brotaba como un surtidor por la herida y estaba empapándole el jersey. El disparo debía de haberle hecho un buen agujero.

—¡Comisario! ¡Dios mío, comisario! ¡Avisaré a una ambulancia!

Mantén los ojos cerrados, pero reconoció la voz de Fazio.

—Nada de ambulancias. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Hemos esperado a que encerraran a los pequeños para poder actuar con más libertad de movimientos.

—¿Cuántos son?

—Siete. Parece un parvulario. Todos están a salvo. Uno de los dos hombres está muerto, y el otro se ha rendido. Al tercero le ha disparado usted. Salen las cuentas. Y ahora, ¿puedo llamar a alguien para que me eche una mano?

Recuperó el conocimiento en el interior del coche, que conducía Gallo. Fazio iba a su lado en el asiento de atrás, rodeándolo con sus brazos para reducir el impacto de los brincos provocados por los baches. Le habían quitado el jersey y le habían puesto un vendaje provisional. La herida no le dolía, puede que el dolor lo sintiera después. Trató de hablar, pero le costaba porque tenía los labios resecos.

—Esta mañana... en Punta Raisi... a las doce... llega Livia.

—No se preocupe —dijo Fazio—. Uno de nosotros irá a recogerla.

—¿Adónde... me lleváis?

—Al hospital de Montechiaro. Es el más cercano.

Y aquí ocurrió algo que asustó a Fazio. Porque comprendió que el ruido que hacía Montalbano no era un acceso de tos o un carraspeo, sino una carcajada. ¿Qué tenía aquello de gracioso?

—¿Por qué se ríe, *dottore*? —preguntó, preocupado.

—Yo quería joder... al ángel de la guarda... y no ir al médico... pero ahora él... me jode a mí... llevándome al hospital.

Al oír la respuesta, Fazio se aterrorizó. Estaba claro que el comisario empezaba a delirar. Pero más aún lo aterrorizó su repentino grito.

—¡Para!

Gallo frenó bruscamente y el coche derrapó.

—Eso de ahí delante... ¿es... el cruce?

—Sí, señor *dottore*.

—Coge el desvío de Tricase.

—Pero, *dottore*... —terció Fazio.

—He dicho que cojáis el desvío de Tricase.

Gallo avanzó despacio, giró a la derecha y al poco Montalbano le ordenó que se detuviera.

—Pon las luces de cruce.

Gallo cumplió la orden y el comisario se asomó por la ventanilla para mirar. El montículo de grava ya no estaba, lo habían utilizado para nivelar el camino.

—Mejor así —dijo el comisario, como hablando para sus adentros.

De pronto, lo asaltó el agudo dolor de la herida.

—Vamos al hospital.

Volvieron a ponerse en marcha.

—Ah, Fazio, otra cosa... —añadió Montalbano con gran esfuerzo, pasándose inútilmente la árida lengua por los resecos labios— recuerda... recuerda avisar... a Poncio Pilato... se hospeda en el hotel Regina.

¡Virgen santísima! ¿Y ahora a qué venía lo de Poncio Pilato? Fazio le habló en tono indulgente, como se hace con los locos.

—Claro, comisario, tranquilícese. Le avisaremos. Será lo primero que haga.

Hablar le suponía un esfuerzo excesivo, y Montalbano se abandonó, medio inconsciente. Entonces Fazio, empapado de sudor a causa del susto que se había llevado al oír todas aquellas cosas para él incomprensibles, se inclinó hacia delante y le dijo en un susurro a Gallo:

—Corre, por el amor de Dios, corre. ¿No ves que al *dottore* se le está yendo la cabeza?

Nota del autor

Los personajes de esta novela, así como sus nombres y las situaciones en las que se encuentran y actúan son, naturalmente, imaginarios.

En cambio, son reales los datos sobre la inmigración clandestina de menores, que he extraído de la investigación de Carmelo Abbate y Paola Ciccioi, publicada en la revista *Panorama* el 19 de septiembre de 2002, como también son reales las referencias al jefe de los negreros y su organización, extraídas de un artículo del diario *La Repubblica* del 26 de septiembre de 2002. La historia del falso muerto me la sugirió una reseña de la crónica de sucesos (*Gazzetta del Sud*, 17, 20 y 25 de agosto de 2002).

A. C.

Última revisión por UMDN: 25 de noviembre de 2021

